
HARLEQUIN
Jazmin
CON TODO EL CORAZÓN
TRISH WYLIE



CON TODO EL CORAZÓN

Trish Wylie



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Con todo el corazón, n.º 2141 - mayo 2018
Título original: Rescued: Mother-To-Be
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-183-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

BIENVENIDO a casa, Eamonn.

Colleen McKenna forzó una sonrisa al verlo apoyado contra el quicio de la puerta del despacho. Había dado a su voz un tono sosegado, incluso se había pasado de amable.

No había cambiado lo más mínimo. Insultantemente atractivo, capaz de imponerse por su mera presencia, además de su estatura. Y, tras quince años, aún lograba que ella sintiera la boca seca y el estómago lleno de mariposas. No era justo.

Una mujer de treinta años ya tendría que haber superado un amor quinceañero no correspondido. ¿O no?

De repente, ella sintió la ridícula necesidad de arreglarse los cabellos. Como si ese sencillo gesto lograra hacer que pareciera menos desaliñada. Claro que a Eamonn Murphy nunca le había preocupado el aspecto que tuviera.

Ella no podía competir con él. Vestía unas inmaculadas botas, vaqueros oscuros de talle bajo y un grueso jersey de color chocolate que sugería su corpulencia tanto como la ocultaba.

En cambio, Colleen se sentía como una bolsa de té usada, y sabía que también lo parecía.

Unos ojos color avellana enmarcados por unas gruesas y oscuras pestañas se fijaron en ella y se detuvieron en su rostro para estudiarlo antes de que apareciera un destello de reconocimiento.

–Colleen McKenna –una sonrisa elevó la comisura de sus labios–. Te has hecho mayor.

–Son cosas que suceden. Podría decir lo mismo de ti –ella se recostó en la vieja silla del despacho, su cuerpo oculto por el escritorio, mientras estudiaba detenidamente su rostro.

¿Era posible que con los años se hubiese vuelto más atractivo? Ella intentó recordar esos rizos que formaban una incontrolable masa de bucles que enmarcaba su rostro y llegaba hasta el cuello. Rizos que invitaban a ser acariciados.

Ella continuó con el repaso mental de sus atributos, mientras comparaba sus antiguos recuerdos con la realidad. ¿Era tan alto? Sí, lo recordaba bien. Pero su delgadez había dado paso a unos

anchos hombros que le hacían parecer más corpulento de lo que ella recordaba.

Algunas personas mejoraban con los años. Como el buen vino, según decían. De todos modos, últimamente no bebía nada de alcohol. Aunque le hubieran venido bien unos tragos.

Mejor así. Si hubiese empezado a beber para olvidar sus problemas, no hubiese podido parar.

Eamonn dejó de mirarla y echó un vistazo a la oficina, reparando en el habitual caos organizado, lo que hizo que Colleen se pusiera nerviosa.

Sabía que tarde o temprano él aparecería. Podría haber limpiado un poco, archivado papeles y recogido todo. Aunque no sería más que un lavado de cara.

No habría conseguido ocultar la horrible verdad que tendría que contarle.

Pero antes, lo menos que podía hacer era dejar que se acomodara. De nada servía sufrir por lo que se avecinaba.

A la porra con todo.

–Lo siento –ella carraspeó–, no pudimos retrasar el funeral hasta tu llegada. Lo siento de veras, Eamonn. Sé que te hubiera gustado estar presente...

Su voz se apagó, contestada por unos anchos hombros que se encogieron, y por una voz profunda y dura.

–No es culpa de nadie, Colleen. No hubieras podido localizarme aunque hubieses sabido dónde buscarme. Allí no hay teléfono.

Ella se sentía culpable a pesar de todo. Pero ¿qué más podía decirle? Recordaba cómo la gente se había esforzado por decirle a ella lo correcto al fallecer sus padres. Ella hubiese preferido que no dijeran nada, que escribieran unas líneas, le dieran un abrazo o un apretón en el brazo.

Sin embargo, no se sentía capaz de ofrecerle un abrazo. Un apretón en el brazo, a lo mejor.

–¿Otra gran aventura? –ella retomó la conversación.

–Más o menos.

Ella asintió. Seguía tan hablador como siempre. Siendo adolescente, la mayor parte del tiempo se mostraba esquivo y de mal humor, lo que había alimentado los sueños románticos de Colleen. En su mente adolescente, ella iba a ser quien lo domara, quien hiciera brotar su sonrisa y brillar sus ojos. Incluso se había hecho ilusiones por su actitud cuando estaba con ella: reía, le gastaba bromas y la miraba tal y como ella siempre había

soñado…

En ese momento, mientras paseaba por el despacho, ella era consciente de haber vivido mucho desde entonces. Ya no era una adolescente ni una soñadora romántica. Un par de golpes habían logrado cambiarla.

Él se giró mientras se apoyaba en uno de los mostradores.

–Debo decir que me siento algo sorprendido. Este lugar tiene un aspecto horrible. ¿Papá se descuidó durante los últimos años?

–No es justo echarle la culpa a Declan –el deje americano en su acento la distrajo un poco de sus palabras. Pero cuando las asimiló, se puso tensa–. Tras el segundo infarto no podía realizar esfuerzos. No lo dirías si le hubieras visto cómo estaba.

–Este lugar era su orgullo y pasión –Eamonn la miró fijamente–. Sólo algo muy importante le hubiera impedido atenderlo.

–Yo diría que un par de infartos es algo importante. ¿No crees?

De repente, Colleen se sintió como un insecto bajo la lupa. En el fondo sabía que su defensa no tenía tanto que ver con Declan como con su parte de responsabilidad en el aspecto derruido de la propiedad.

–¿Te quedarás mucho tiempo? –ella apretó los labios con fuerza y luego soltó el aire.

–Depende.

–¿Te quedarás por lo menos esta noche?

–Por lo menos.

–Siempre fuiste parco en palabras –sus ojos azules estudiaron el rostro de él durante unos interminables segundos. Luego se inclinó hacia delante y sonrió–. Ya no me acordaba.

–Ya veo que vas al grano –él enarcó una ceja y torció las comisuras de los labios.

–Bueno, podría enzarzarme en un duelo verbal contigo, pero dudo que ganara. La vida es demasiado corta para tanto esfuerzo, y no soy tan lista. Prefiero pensar que las personas sienten lo que dicen. A pesar de que me recuerdan constantemente que no es así.

–¿Una optimista?

–Lo intento –no le había quedado otro remedio. Sin el optimismo no tenía muchas cosas que celebrar en la vida–. Sólo se vive una vez y es una estupidez estar todo el día deprimido –ella se inclinó hacia delante y apoyó sus finos brazos sobre el escritorio, luego ladeó la cabeza y arqueó desafiante las cejas.

–Y pensar que solías ser tímida –Eamonn la recompensó con una sonora y masculina carcajada.

–Ya lo he superado.

–Eso es evidente. Has superado muchas cosas por lo que veo. Y no lo has hecho nada mal.

Sus ojos la miraron chispeantes y, por un instante, el corazón de ella se encogió. «De eso nada», pensó. No iba a aparecer, con su fabuloso aspecto, para coquetear con ella. Llegaba quince años tarde. Y era tan de fiar como un cubito de hielo bajo el sol.

Colleen ya tenía bastantes problemas. Gracias, pero no.

En el patio se oyó el sonido de unos cascos de caballo que se aproximaban. Eamonn se giró, se apartó del mostrador y alcanzó la ventana en un par de zancadas.

Aunque resultaba tentador contemplar su perfil iluminado tras la ventana, Colleen se contuvo. Se limitó a mirar sus rizos que se volvían de color marrón chocolate con la luz, y se levantó del escritorio para colocarse tras él.

Con sus ojos expertos, ella revisó cada uno de los caballos que pasaba frente a la ventana, mientras evaluaba sus proporciones, su estado, su zancada, y estudiaba a cada uno íntegramente en no más de unos segundos. El resto de Inisfree Stud tendría un aspecto descuidado, pero los caballos seguían siendo de primera clase. Era el único motivo de orgullo que le quedaba.

–¿Sigues sin soportarlos? –ella lo miró de refilón.

–No es que me apetezca salir ahí a darles unas zanahorias –Eamonn volvió su rostro hacia ella y la miró a los ojos, cerca e íntimamente. No hubo el menor destello en su mirada avellana, ni en su rostro. Ni rastro de felicidad o remordimiento.

Después de tantos años, Colleen se sintió repentinamente abrumada al sentir su aroma masculino tan cerca. Olía a almizcle, especias y un toque dulzón. Y allí, tan cerca, la proximidad provocó en ella sensaciones que hacía mucho tiempo que no sentía, si es que las había sentido alguna vez.

No era justo. Debía de haber alguien ahí arriba que la odiaba mucho. Tenía que volver ahora.

–La mayor desilusión de papá.

Las palabras la pillaron por sorpresa, y durante un segundo se quedó boquiabierta.

–Eamonn, eso no es verdad. No seas bobo. No puedes obligarte a que te gusten si no es así.

–Tendría que haberlo hecho. Era mi destino.

–A todo el mundo no le gustan tanto los caballos como a...

–¿Como a ti?

–Iba a decir como a tu padre –ella sonrió–. Pero supongo que

tienes razón. Lo llevo dentro.

–Entonces no podrás entender cómo me siento, no más de lo que lo entendía papá.

¿A qué venía eso? ¿Qué más le daba lo que ella pensara? Ella estaba a punto de preguntárselo cuando él se giró y, sin darse cuenta, rozó su barriga con el brazo. Frunció el ceño y bajó la mirada, sorprendido. Después volvió a mirar hacia arriba con ojos muy abiertos.

–No te preocupes –Colleen sonrió con tristeza–. No paro de chocar contra todo últimamente. No es culpa tuya. Forma parte del lote.

–No lo sabía.

–No, bueno, es que no puse ningún anuncio en el periódico de Mongolia Exterior, o donde quiera que estuvieses –sentía arder sus mejillas, repentinamente avergonzada por su estado.

–Perú.

–Bueno, pues Perú –ella se apartó y volvió al escritorio con las manos apoyadas en la espalda.

–No sabía que te hubieras casado.

–No hace falta casarse para conseguir estar así.

–¿De modo que no estás casada? –preguntó él sin prestar atención a su sarcasmo.

–No –ella se sentó en la vieja silla, que crujió ligeramente bajo su peso–. No estoy casada.

–¿Prometida?

–No, no verás ningún anillo en estas manos.

Ya no.

–Entonces, ¿te prometerás pronto? –Eamonn parecía sorprendido.

–No, ya lo intenté y no salió bien –le divertía su perplejidad y se entretuvo ordenando papeles–. Se marchó. Estamos solos, yo y el bebé –ella lo miró–. No sabía que fueras tan anticuado.

–En algunas cosas soy anticuado. Como en que un crío debe tener dos padres.

–Pues éste se las tendrá que apañar únicamente conmigo.

–¿Qué pasó? –Eamonn no pudo reprimirse tras mirarla en silencio largo rato.

Ella sabía que la pregunta era inocente y sin mala intención. En otras circunstancias se hubiera emocionado por su interés. Pero él no tenía ni idea de la carga que llevaba esa pregunta, ni de las repercusiones que tendría la respuesta en su vida. Ni de lo que había supuesto para su padre.

Colleen jamás se perdonaría el error cometido. Porque, por su culpa, el padre de Eamonn estaba muerto. ¿Cómo se las iba a arreglar para explicarle algo así?

Sin dejar de mirar esos ojos color avellana con los que tanto había soñado en su adolescencia, ella se dio cuenta de que no podía hacerlo. No podía contárselo. Todavía no. Lo haría en algún momento. Pero todavía no. Ese día no.

–Acabó mal.

–Siento oírlo.

Mucho menos de lo que lo sentía Colleen.

Capítulo 2

EAMONN no sabía qué esperar al volver a Killyduff, el pequeño pueblo que una vez llamó hogar. Pero entre lo que no se esperaba estaba...

Colleen McKenna. Se había hecho mayor, y estaba muy bien. Él recordaba una cría delgaducha que lo seguía por toda la granja como un perrillo. Por aquel entonces era un chicazo, siempre con vaqueros o con pantalones de montar, y con las botas llenas de barro.

Pero ya no era así.

Al contemplar el paisaje a su alrededor, los recuerdos se agolparon en su mente. Muchos de ellos nefastos, o felices, pero con un regusto agridulce. Y al entrar en el despacho, por un momento, pensó que vería a su padre sentado tras el escritorio.

Una parte de él habría deseado que el anciano estuviera allí. Sólo una última vez. Un fantasma que ahuyentara a los demás fantasmas, o más bien demonios.

La mujer adulta de ojos brillantes le había pillado por sorpresa. Necesitó varios segundos para reconocerla. Su manera directa de hablar le divertía, y le fascinaba su modo de desviar la mirada para volver a fijarla en él.

Pero la imagen de ella embarazada. Tan femenina y radiante. Eso le había dejado de una pieza.

Y luego descubrir que algún idiota la había abandonado en ese estado...

No sabía muy bien por qué esa idea le irritaba tanto. Puede que fuera simplemente porque con todos los malos recuerdos que tenía de ese lugar, una vez llamado hogar, le hubiera gustado quedarse con uno bueno. Que la Colleen que él recordaba era feliz.

Si ella hubiese estado casada, él no se sentiría tan mal por lo que iba a hacer. Esperaba que ella estuviese en disposición de quedarse con la propiedad si lo deseaba. Pero no lo parecía.

¿Qué haría ella cuando naciera el bebé? ¿Cómo se las arreglaría sola? ¿Cómo se ganaría la vida? Eran preguntas que no tendrían que preocuparle tanto. No era de su incumbencia. Y la visita fugaz que había planeado parecía que se iba a alargar un

poco.

Respiró hondo. «Maldita sea», sólo le faltaba eso. Él no era responsable de Colleen McKenna.

Tras pasear por la vieja granja, sacó algunas cosas de su bolsa y rebuscó en la cocina algo que comer para despejarse.

Ya oscurecía cuando se dirigió a la parte trasera de la casa y echó un vistazo por el patio vacío.

Y allí estaba Colleen, empujando una enorme carretilla.

¿Pero qué...?

–¿Qué demonios crees que haces? –en menos de dos minutos la alcanzó frente al establo.

–Limpiar las cuadras para la noche –Colleen se sobresaltó al oír su voz, y el enorme caballo gris junto a ella relinchó–. ¿Qué pensabas que hacía? ¿Bailar la danza del vientre?

–No deberías hacerlo –Eamonn sonrió ante su respuesta–. ¿No hay nadie más que pueda?

–Las dos empleadas que nos quedan hacen la mayor parte, pero siempre hago una ronda de comprobación antes de irme a la cama.

–¿Tú sola?

–Sí. Yo sola –parecía sorprendida por su incredulidad–. Estoy embarazada, Eamonn. No paralítica. Y es bueno que me mantenga activa.

–Pero no que empujes una carretilla por ahí.

–¿Ahora eres ginecólogo?

–No me hace falta. Es de sentido común –entornó los ojos cuando el enorme caballo se acercó. Metió las manos en los bolsillos y separó los pies, preparado para un ataque, lo que hizo que Colleen soltara una carcajada.

–Te diría que Bob no muerde, pero mentiría. Y si tienes las manos metidas en los bolsillos, pensará que llevas comida.

Eamonn sacó las manos, se las mostró al caballo y desvió su atención hacia Colleen.

Ella recogía los excrementos con una horca.

–Bob, atrás.

Bob se alejó obedientemente de la puerta.

–Un poco más. Atrás –Bob reculó para dejar sitio a Colleen, quien depositó los excrementos en la carretilla y luego echó un vistazo a su alrededor–. Acabaré en un minuto. Sólo queda esta fila.

–No me gusta que empujes esa carretilla en tu estado.

–Muy considerado, pero he sobrevivido sin tu ayuda hasta ahora.

–¿Siempre eres tan cabezota?

–Siempre lo he sido –ella enarcó una ceja–. ¿Ya no te acuerdas?

–Te recuerdo a menudo como un grano en el…

–Ah, sí –ella rió–. Eso también.

Él apartó la carretilla para que ella saliera, tras darle una palmada al caballo y atrancar la puerta.

–Si no puedo lograr que lo dejes, al menos empujaré yo la carretilla –dijo Eamonn mientras señalaba con su cabeza el siguiente establo–. De modo que date prisa.

–Puedo hacerlo perfectamente sin tu ayuda.

–Te creo –la testarudez de ella le divertía y casi le hizo sonreír–. Pero ahora estoy yo aquí, y tendrás que aprender a vivir con ello. De modo que date prisa, hace un frío de mil demonios.

–Hacía más calor en Borneo, ¿a que sí?

–En Perú. Y sí, hacía más calor –volvió a señalar con la cabeza–. Vamos.

Tras dudar un momento, ella suspiró y se dirigió al establo siguiente.

–Atrás, Meg.

–¿Siempre te obedecen a la primera? –Eamonn se mostró menos sorprendido en esa ocasión.

–Saben bien quién manda.

–De todos modos, te arriesgas al entrar ahí, y lo sabes.

–Cualquiera que trabaje con caballos corre riesgos. Son gajes del oficio.

Eso ya lo sabía él. Mejor que muchos. Lo había visto en persona y no lo había olvidado. Tenía diez años el día que su madre sufrió una mala caída. Fue la última vez que ella montó a caballo, y cinco años después dejó de intentarlo por su marido. Luego se marchó.

–¿Ya no vive aquí ninguna de las chicas de la cuadra? –miró a su alrededor mientras los viejos recuerdos taladraban su mente y su corazón.

–No desde que se marchó el último mozo. Prefieren vivir en la ciudad. Hay más animación.

–De manera que estás aquí sola, sin que nadie pueda oírte si gritas –dedujo Eamonn.

–Eso es –ella pasó la mano por el costado del caballo–. Meg, quita. Buena chica.

–¿O sea, que podrías sufrir un accidente y no vendría nadie a ayudarte hasta mañana? –preguntó él con el ceño fruncido mientras ella vaciaba los excrementos en la carretilla.

–En efecto –ella se paró y estudió su rostro, apoyada en la horca. Luego sacudió la cabeza y sonrió. Rebuscó en su bolsillo y sacó un móvil–. Puedo llamar, ¿ves? Ésa soy yo: preparada para cualquier emergencia. De manera que ya puedes dejar de preocuparte por mí. Ya soy mayorcita.

–Pues mientras yo esté aquí, no lo harás sola.

–¿Es que ahora eres mi ángel de la guarda?

–De momento –contestó él tras asentir brevemente.

La firmeza de sus palabras hizo que los ojos de ella se abrieran de par en par. Eamonn sonrió y le invadió una gran calidez. ¿Cuándo fue la última vez que había sonreído así?

Desde su vuelta a casa, era la primera vez que sentía tener el control. También hacía mucho tiempo que no había tenido un contrincante tan capaz. Una victoria era una victoria, por pequeña que fuera.

La mirada azul de ella se fijó en un punto sobre la cabeza de él.

–¿Qué? –tras unos segundos, él levantó la cabeza y miró hacia arriba, antes de mirarla a ella.

–Creo que se te ha torcido un poco el halo.

Y así, la victoria le fue arrebatada. Una carcajada surgió de su boca. Hacía mucho que nadie le hablaba como ella. Resultaba condenadamente refrescante.

–De acuerdo –Colleen lo recompensó con una radiante sonrisa–. Mueve la carretilla. Meg, atrás.

Él seguía sonriendo mientras recorrían los establos. Al tiempo que observaba con recelo a los caballos, comprobó la destreza de Colleen en su manejo, evidencia de su confianza y capacidad física, a pesar de su estado.

Era muy diferente de cualquier mujer que hubiera conocido durante su vida adulta. Cuando salía, lo hacía en Nueva York, su cuartel general. En Nueva York tenía un trabajo que costeaba sus frecuentes viajes por el mundo en busca de algo que nunca había encontrado. Allí llenaba su tiempo entre el trabajo y los viajes con profesionales de las citas, mujeres que sabían cómo comportarse con el tipo que tenían enfrente. Llevaban vestidos ceñidos, se hacían la manicura y sus peinados tenían un aspecto muy natural. Pero Colleen...

Colleen era como era. Sus mejillas estaban sonrosadas por el frío y por el esfuerzo del trabajo. Su cabello rubio se escapaba de la goma que se suponía debía sujetarlo en una cola de caballo. Las largas pestañas que enmarcaban sus increíbles ojos azules no llevaban rastro de rimel, ni sus labios carmín. Unos labios rojos

por su manía de mordérselos con sus blancos dientes.

Al parecer era cierto lo que decían de las mujeres embarazadas. Era la mujer más bella que hubiera visto jamás. Y, por primera vez en su vida, Eamonn encontraba enormemente atractiva a una mujer embarazada.

¿Y qué? No iba a pasar nada. Su vida estaba en Nueva York, y en los lugares a los que viajaba. Y la de ella en ese diminuto rincón de Irlanda del que él había huido. Una relación puramente física también era impensable. Porque, además de los impedimentos obvios, se trataba de Colleen. Prácticamente era de la familia.

Estaba claro que se sentía agotado. Y hacía tiempo que no había tenido una pareja con quien distraerse. Tendría que ponerle remedio a su vuelta a casa.

Eamonn reflexionaba sobre ello mientras empujaba la carretilla. La eficacia de Colleen era evidente. ¿Qué hacía él empujando la carretilla y ejerciendo de ángel de la guarda? No es que fuera precisamente famoso por ser un ángel.

Pero algo en Colleen hacía que él sintiera la necesidad de protegerla. Sería por su embarazo.

Sonrió ante la idea. ¡Qué va! Si fuera eso, se dedicaría a perseguir a toda mujer embarazada, y no lo hacía. Cierto que en el tren o el autobús le cedería el asiento. Pero él nunca iba en tren o autobús.

Más que educación era un sentimiento de culpa. Y eso le hizo fruncir el ceño. ¿Cómo iba a borrar los errores del pasado por empujar una carretilla?

Entre todos los recuerdos que había decidido olvidar de su casa, siempre surgía la esperanza de que las cosas hubiesen mejorado. Que hubiera surgido algo de felicidad. A lo mejor surgía si ayudaba a Colleen.

Al menos la haría feliz antes de dejarla en la calle. Y él se sentiría mejor llegado el momento.

–Acabarás con dolor de cabeza.

–¿Cómo? –él pestañeó mientras se acercaba a la puerta.

–De tanto pensar –sonrió con dulzura y lo miró con ojos divertidos–. Te dará dolor de cabeza.

Su franqueza pilló a Eamonn por sorpresa. ¿Cuándo fue la última vez que alguien le había dicho lo que pensaba a bote pronto?

–¿En América la gente no conversa? –del establo surgió una risita infantil.

–Sí, pero no estoy acostumbrado a que sea tan directa como tú.

–¿Nunca has pensado que lo provocas tú? –Colleen alzó la barbilla y pestañeó un par de veces–. Nunca fuiste un gran conversador, ¿sabes? La gente se pone a la defensiva.

–Todos los días hablo con gente. Por mi trabajo.

–¿Y cuándo fue la última vez que hablaste con alguien por un tema que no fuera de trabajo?

Buena pregunta.

–Eso me parecía a mí –dijo ella en voz baja.

–¿Nunca piensas para ti misma, sin soltarlo en voz alta? –la carretilla no se movió y ella quedó atrapada en el establo mientras Eamonn la escudriñaba y sacudía la cabeza.

–Si siempre digo lo que pienso –dijo Colleen tras un momento de silencio–, los demás no tendrán que leer entre líneas y habrá menos malentendidos. Y así se cometen menos errores.

Eamonn percibió que tras esa respuesta había algo más, pero no tuvo ocasión de preguntar.

–Pensé que ibas a ayudarme –dijo ella mientras señalaba la carretilla.

Él decidió no preguntar. Era lo más fácil. Aunque quería saberlo. Sentía curiosidad por ella.

Sin embargo, la curiosidad no entraba en sus planes. No se quedaría el tiempo suficiente, y cuando se fuera dejaría de importar. Porque no pensaba volver jamás. Nada le retenía en Irlanda.

Si Colleen no hubiera estado embarazada, se habría quedado un tiempo, para descubrir qué escondía esa máscara de independencia y eficacia. Era humano. Y le gustaban los retos.

Mejor que estuviera embarazada. Así no estaba a su alcance. Ella quedaba a salvo y las cosas se complicarían menos.

Pero le gustaba lo que había visto hasta el momento. Y sólo por eso, y por respeto, intentaría incluirla en sus planes.

Pero antes necesitaba dormir. Así no se distraería tanto por ella.

Capítulo 3

COLLEEN no durmió bien.

Podría echarle toda la culpa al bebé, pero era injusto responsabilizarle antes siquiera de nacer. Su insomnio tenía tanto que ver con el tiempo pasado junto a Eamonn, como con un inquieto bebé por nacer.

Durante los breves momentos en que había conciliado el sueño, la habían asaltado unos sueños impropios de su estado. Aunque lo que hacía en esos sueños era lo que la había llevado a ese estado. Claro que el protagonista era otro...

Mientras cruzaba el patio a la mañana siguiente temprano, acarició su barriga, en un intento de colocar un diminuto trasero en una posición más cómoda, y de olvidar sus sueños.

Se suponía que los bebés sabían cómo salir. Pero si el suyo había heredado el sentido de la orientación de su madre y su abuela, estaría empujando en la dirección equivocada.

Resultaba muy incómodo, casi doloroso.

Pero ni la mitad de doloroso que encontrarse a Eamonn, que charlaba con las empleadas del establo, a la vuelta de la esquina. Ellas reían nerviosamente y una de ellas tenía una postura insinuante. Para Colleen fue como un navajazo en el corazón.

¿Cuántas veces había doblado una esquina, o entrado en una habitación o el autobús para encontrarse una escena parecida? Docenas de veces. Y siempre la mataba. Porque él les sonreía como nunca le había sonreído a ella, y reía con ellas como nunca lo hacía con ella. Por eso, cada vez que le encontraba flirteando con alguna, ella se sentía un don nadie, porque él nunca flirteaba con ella. Pero esa mañana no era sólo por el recuerdo de sus celos de juventud. Tenía mucho más que ver con una humillación reciente.

No era culpa de Eamonn, ni de las chicas del establo. No eran culpables de los pecados de otros.

Una de las chicas captó su contrariedad y propinó un codazo a la otra mientras Eamonn se dirigía hacia Colleen, luego se dirigieron a su trabajo.

–Buenos días.

La voz de él era tan dulce como la sonrisa que le dedicó, y ella

deseó tener su antigua figura para poder adoptar una postura insinuante. Durante años, después de su marcha, ella había soñado que él volvía a buscarla. Como una especie de caballero andante.

Algo bastante poco probable, habida cuenta de su falta de amor por todo lo equino.

Pero en sus fantasías, ella era bella, arrebatadora, irresistible. No una mesa camilla con los tobillos hinchados.

–Pareces cansada.

–Adulador –su sonrisa desapareció.

–Hablaba con las chicas sobre la posibilidad de que trabajaran un poco más por la tarde.

–¿Un poco más? –Colleen pestañeó–. ¿Exactamente cuánto?

–Sólo hasta que nazca el bebé –Eamonn se encogió de hombros.

–¿Por qué? –ella lo miró boquiabierta con la mano en su barriga.

–¿Por qué crees tú?

Eso no estaba pasando. ¿Eamonn Murphy cuidaba de ella? ¿Se preocupaba por ella? ¿Por qué? ¿Tan patética resultaba?

–Ya te lo dije. No soy una inválida. Y las chicas y yo nos las hemos apañado bien hasta ahora. No necesito que me organices la vida.

–Sólo intento ayudar –intentó poner paz en la conversación mientras caminaba a su lado y la miraba de reojo.

–Pues te ha salido mal.

–He dado una vuelta por aquí esta mañana y me parece que te vendría bien más personal.

–¿Y dónde estabas tú cuando hacía falta ayuda, Don Importante? –sus palabras la habían dejado helada, antes de hacerle saltar.

La sonrisa de él se borró de golpe.

Aunque se sentía culpable, Colleen no habría podido evitar su estallido. No debía haberlo dicho, no tenía derecho a cargar sobre las espaldas de él, por anchas que fueran, su propio sentimiento de culpa. Su presencia allí tampoco habría cambiado nada, pero...

–Mientras tú te dedicabas a recorrer Madagascar, algunos de nosotros intentábamos conseguir que esto saliera adelante. Algunos pensamos que merecía la pena luchar por esta propiedad.

El derechazo fue directo a la mandíbula y ella observó cómo él entornaba los ojos y respiraba hondo. Después, se acercó todo lo posible hasta ella y habló en voz baja.

–Nunca he estado en Madagascar. Y si hubiera sabido el estado

en que se encontraba esto, habría hecho algo antes. ¿Te crees que si papá me hubiese pedido ayuda no se la habría prestado? Sabía lo que esto significaba para él, Colleen. Y le hubiese ayudado si me lo hubiese pedido.

A pesar de que la voz de la razón le decía que se callara, ella le miró de nuevo a los ojos. Si se concentraba en sus ojos, podría desviar la atención de la aceleración de su pulso por la proximidad. Podría aparentar control sobre su corazón. Podría intentar controlar su respiración.

Pero mirarle a los ojos no sirvió. Veía tonos dorados en el color avellana, un oro que parecía centellear ferozmente cuando él la miraba. Se enfadó por su propia falta de control.

–Tu padre y el mío construyeron este lugar con amor. Aunque lo inundaras de dinero, no sería lo mismo. Tu padre jamás habría aceptado tu dinero, y lo sabes. Lo que necesitaba no era tu dinero.

–El dinero le hubiera permitido mantener esto como a él le gustaba –el oro centelleaba–. Y ambos sabemos que este lugar significaba más para él que cualquier otra cosa, ¿verdad? –sonrió amargamente–. El mundo no gira alrededor del amor.

–Eso ya lo sé –Colleen se quedó sin respiración. Y tuvo que luchar contra una oleada de dolor para responder–. Lo sé mejor que la mayoría de las personas. Gracias.

Una enorme mano agarró su brazo cuando estaba a punto de marcharse. Lo sujetó con fuerza durante un instante, hasta que ella lo volvió a mirar a los ojos. Su mirada decía claramente: «O cedes, o te las verás conmigo».

–¿Tanto te cuesta dejar que alguien se preocupe por tu bienestar? –Eamonn aflojó la presión en el brazo y lo acarició con su pulgar–. ¿Aunque sólo sea un tiempo?

El corazón de ella latía con fuerza y tuvo que respirar varias veces para tranquilizarse mientras se liberaba del agarre. Miró su brazo y se frotó la zona que él había sujetado con tanta fuerza, como si con ello pudiera borrar la sensación de su contacto.

–No te quedarás tanto tiempo, Eamonn. No sirve de nada que me acostumbre a que me cuides.

Eamonn no se movió mientras los ojos de ella subían lentamente hasta encontrarse con los suyos.

–Soy una chica grande –ella forzó una sonrisa–. Sé cuidar de mí misma. Agradezco lo que haces, pero, de verdad, no es necesario. Las amantes de los caballos somos muy duras.

–Podrás luchar todo lo que quieras contra mí, Colleen –él no se había movido cuando ella se alejó, pero su voz sonó alta y fuerte–,

pero vas a recibir mi ayuda.

Colleen se quedó clavada, pero sin mirarlo. No podía. Su corazón aún latía con fuerza. ¿Qué había querido decir? No tenía ningún sentido.

–¿Por qué? –fue lo único que fue capaz de decir.

–Porque resulta evidente que la necesitas, lo reconozcas o no –se acercó a ella con una gran zancada–. Llámame machista si quieres, pero así son las cosas. No harás que cambie de idea –tras una breve pausa, continuó–: He encontrado tus cosas en casa esta mañana. Vives allí y no en la casa del guarda. ¿Dónde estabas anoche mientras me evitabas?

–La casa del guarda está alquilada –las mejillas de Colleen ardían. No había vuelto allí desde que su mundo se vino abajo. Pero si se lo decía, abriría la caja de los truenos, y no estaba preparada para ello–. Dormí en una de las habitaciones encima de la cuadra.

–¿Por qué?

–Porque, técnicamente, ahora es tu casa –ella desvió su mirada–. No me parecía bien, eso es todo. No te evitaba. Respetaba tu intimidad.

–Bueno –un pequeño suspiro y las cejas arqueadas dejaron claro que él no se lo tragaba–, preferiría que te quedaras en la casa. Ha sido tu hogar desde hace tiempo, a juzgar por la cantidad de cosas que tienes allí.

–A tu padre le costaba moverse. Le venía bien estar acompañado por si necesitaba ayuda.

–No sabía que estuviera tan mal –la expresión de Eamonn se volvió sombría.

–No –ella suspiró y lo miró a los ojos–. Pero no fue culpa tuya, no del todo. No te lo hubiera dicho. Era demasiado orgulloso para pedirte ayuda. Era muy testarudo.

–Entonces puede que no fuésemos tan distintos –él la miró durante un momento. Después respiró hondo y la miró a los ojos detenidamente. Como si buscara algo–. Te quedarás en la casa, Colleen, sea mía o no. Y aceptarás mi ayuda hasta que nazca el bebé. No admito discusiones. Así se hará, y ya está.

Ella abrió la boca para protestar, pero él habló de nuevo.

–Puede que no estuviera aquí para ayudar cuando debiera haberlo hecho. Pero ahora estoy aquí. Vas a recibir mi ayuda. Acostúmbrate.

Colleen se quedó parada mientras él se alejaba a grandes zancadas. Aunque el bebé se había colocado en otra posición que

le hacía menos daño, otro dolor había surgido, en su pecho.

Seguramente él intentaba corregir algunos de sus errores pasados al ayudarla. Errores que para él serían monumentales, pero nada comparado con lo que ella había permitido que sucediera. Puede que recordara el día de su partida tanto como ella, las palabras que padre e hijo se habían dirigido. Pero él no había sido responsable de la muerte del anciano.

Colleen sí. Indirectamente.

No tenía derecho a aceptar ninguna clase de ayuda de Eamonn. Por mucho que la deseara. Y por mucho que admitiera que la necesitaba.

A pesar de todo, incluso en condiciones ideales, no serviría de nada llegar a depender de él. Porque él no iba a quedarse. Ese lugar no iba con él. Nunca había ido.

Por mucho que la joven Colleen hubiera soñado con su cariño, el hecho era que nunca lo había sentido por ella.

Y si entonces no se había fijado en ella, ahora que era material de segunda mano, no lo haría jamás. Incluso antes de saberlo todo.

No. Inisfree era lo único que le quedaba. El que estuviera en tan mal estado y el que ella no pudiera permitirse más empleados, ni siquiera hasta que naciera el bebé, era culpa de ella. La carga era únicamente suya.

Y cuanto antes volviera Eamonn a su elegante mundo, mejor.

Pero eso no impedía que le doliera el corazón mientras estaba sola, de pie en medio del patio, y le observaba alejarse.

Capítulo 4

CUÁNTO crees que te quedarás?

Eamonn sujetó el auricular contra el cuello mientras trabajaba con su portátil y su compañero hablaba.

–Dime más o menos.

–De verdad que no lo sé, Pete. La cosa es más complicada de lo que creía.

–Bueno, no me importaría que vinieras. Marcy no me deja en paz por todas las horas extra que hago. Para cuando vuelvas, puede que ya nos hayamos divorciado.

–Lo dudo –Eamonn sonrió–. Aunque sigo sin entender cómo se casó contigo. Es demasiado buena para ti.

–Puede. Pero ahora que me tiene, casi me gustaría que siguiera conmigo. Al menos, cuando tu trasero amante del trabajo estaba aquí, ella conseguía verme de vez en cuando.

–Ya era hora de que te ocuparas de algo. No iba a seguir yo encargándome de todo eternamente.

Se escucharon risas al otro lado del teléfono. Era mentira, y ambos lo sabían. A Eamonn le había tocado la lotería al conocer a Pete. Irlandés de cuarta generación, el amable hombretón había acogido al recién llegado Eamonn bajo su protección. Sin su ayuda no lo habría conseguido en esa gran ciudad. Y nunca lo olvidaría.

–Tengo aquí la información sobre el proyecto Queens –Eamonn sonrió–. Le echaré un vistazo y te mandaré un correo si me surge alguna idea. ¿De acuerdo?

–Sin problema, amigo –y tras una pausa, dijo–: ¿Estás bien?

–Claro que sí –pero según lo decía, se preguntaba si no sería mentira.

–No debe de ser fácil perderse el funeral de tu padre.

Eamonn respiró hondo y se pasó el auricular de una oreja a la otra. No, no era fácil. Lo menos que podía haber hecho era estar ahí para rendirle homenaje. Para disculparse por no haber vuelto antes. Siempre pensó que había tiempo, que los puentes que habían empezado a tenderse por teléfono serían los primeros pasos hacia el reencuentro cara a cara. Sin embargo, lo único que se produjo fue una silenciosa vigilia bajo un cielo gris que derramaba

las lágrimas que él no podía derramar. Eso fue semanas después de la muerte de su padre. No se sentía muy hombre.

–Tengo un par de asuntos que solucionar. Pero estoy bien, Pete, de verdad. No te preocupes.

–De acuerdo. Escucha: espero que la visita a casa te siente bien. Llevas algún tiempo inquieto.

Y era cierto. Durante años había intentado enterrarse en el trabajo y había logrado una gran fortuna. Pero no bastaba. Había salido con preciosas mujeres, pero no había durado. Y había viajado, visto partes del mundo con las que sólo podía soñar cuando vivía en Irlanda.

Pero seguía a disgusto.

Y en esos momentos intentaba reorganizar su vida para prolongar una visita que debería haber durado sólo unos días, y todo por cuidar de alguien que no quería su ayuda.

–Te mandaré esto dentro de un rato, Pete –volvió a respirar hondo–. Mándame por correo electrónico cualquier otra cosa que surja. Nos las apañaremos así hasta que vuelva.

–De acuerdo. Hablaremos pronto.

–Dale un beso a Marcy.

–Lo haré. Si es que vuelvo a verla.

Eamonn colgó el teléfono y se quedó un rato con la mirada fija en la pantalla del portátil. «¿Qué estoy haciendo?».

La próxima vez que viera a Colleen tendría que confiar en la fortaleza de ella y explicarle el verdadero motivo de su vuelta. Lo que pensaba hacer para cerrar definitivamente las heridas.

Habría resultado más fácil si ella hubiera podido adquirir la propiedad. Sus planes la privarían de aquello que, obviamente, más le importaba. Pero él necesitaba hacerlo para cortar los últimos lazos con Irlanda. Después, nunca más tendría que volver.

Se trataba de negocios. Nada más.

Colleen lo evitó todo lo que pudo. Pero al final pudo más el hambre y, aunque por ella hubiera aguantado, tenía que pensar en el bebé. Como si advirtiera su testarudez, el bebé volvió a apoyarse fuerte contra ella.

–De acuerdo, cariño –ella acarició la barriga–. Ya te oigo. Iremos a comer.

Eamonn ya estaba en la enorme cocina cuando ella entró, con el portátil abierto sobre la enorme mesa de madera.

–¿Te encuentras bien? –él levantó la vista y estudió su rostro

durante un buen rato.

–¿Me lo vas a preguntar cada vez que me veas? –Colleen enarcó una ceja.

Él la miró con ojos brillantes. A veces se ponía muy a la defensiva, decidida a retarle, y eso le divertía. ¿De qué otro modo iba a reaccionar un hombre con una mujer en estado? Era su obligación mostrarse considerado, aunque no fuera el padre. Eso hacían los chicos buenos.

Lo que más le divertía era que a su lado él pensaba en sí mismo como en un buen chico. Siempre le había ido mejor con las mujeres siendo un chico malo.

–En cuanto me tomo una taza de té, tengo que ir al baño –ella ladeó la cabeza y continuó–: Me duele la espalda, pero no tanto como los pies, y el bebé lleva todo el día intentando abrir un boquete en mi estómago con su trasero. Aparte de eso, estoy genial. ¿Te basta con eso o necesitas más detalles?

–Uff –él emitió un silbido–. Pues sí que estás gruñona.

–¿Gruñona? –ella pestañeó–. Cuando la naturaleza decida que los hombres tengáis los bebés, entonces podrás llamarme gruñona.

–La raza humana se extinguiría.

–Ya te digo.

Él rió y se le formó un hoyuelo en la barbilla, e hizo que ella sonriera. Pero ella no pudo aguantarle la mirada mucho tiempo. Sintió un escalofrío en la nuca y miró hacia el frigorífico.

–He venido a comer algo. ¿Has comido ya?

–No –no era nada nuevo. Él era la clase de persona que aguantaba desde el desayuno hasta la cena siempre que hubiese café. Le incomodó no haber pensado en Colleen. Vaya un buen chico–. Siéntate –dijo mientras se levantaba de la silla–. Nos prepararé algo.

–Ya has vuelto a hacerlo –Colleen sacudió la cabeza mientras recogía un mechón rizado tras la oreja–. Me prepararé un sándwich. De todos modos, gracias.

–Siéntate –él la miró con un destello de amenaza en la mirada mientras señalaba la mesa con el dedo.

Sin saber por qué, ella obedeció. La rabia que sentía contra sí misma hizo que empezara a hacer pucheros, sintiéndose como una cría. «Maldito seas».

–¿Hay algo que no debas comer?

–¿Es que me encuentras gorda?

Tras un momento de tenso silencio, él se echó a reír.

–Nooo. Sólo preguntaba por si hay algo que te siente mal.

–Pues no –ella reflexionó un momento antes de suspirar aparatosamente–. Ya se me pasó esa época. Pero si añades vinagre a lo que sea, estará muchísimo mejor.

En pocos minutos, él había preparado sándwiches, con cebollas en vinagre para ella, y dos tazas de humeante té.

Para no mirarlo tanto, Colleen desvió su atención a la pantalla del portátil. Pero no consiguió reducir su pulso.

–Trabajo –él se sentó junto a ella.

–No hay descanso para los pecadores –ella se sonrojó por haber sido descubierta mirando lo que podría ser información privada y evitó su mirada.

–Al parecer no. De modo que he debido de ser realmente malvado en algún momento.

Concentrada en su sándwich, ella hizo una rápida traducción de «realmente malvado», y lo miró de reojo.

–¿Sharon Delaney sería un buen ejemplo?

–¿Lo sabías? –Eamonn abrió los ojos de par en par.

–La mitad del pueblo lo sabía.

–En realidad no sucedió nada –él no tenía por qué darle explicaciones, pero siguió–: Ya tuvimos bastantes problemas sólo por pasar fuera toda la noche.

–Me acuerdo.

La atención de Eamonn pasó de los burlones ojos azules a la boca que mordía el sándwich. Observó sus labios, que se cerraban sobre el pan, y su lengua, que lamía las migas. Era lo más sensual que hubiera visto jamás. ¿Quién iba a decir que un sándwich produciría ese efecto?

–¿Qué más recuerdas?

–Tengo memoria de elefante –Colleen sonrió–. Como el resto de mí.

–Deja de decir eso. No estás tan enorme. Vas a tener un bebé, y es una de las cosas más maravillosas que pueda hacer una mujer.

Las tiernas palabras le llegaron al corazón. Ella lo miró, pero él evitaba su mirada y sólo le ofrecía su perfil mientras comía el sándwich.

Era una de las cosas más bonitas que le habían dicho últimamente. Y no le venía mal un piropo en esos momentos. Bambolearse por ahí todo el día no le hacía sentirse maravillosa.

Pero el sentimiento de culpabilidad seguía ahí, y eso le impedía saber cómo contestarle. Ella no se merecía sus halagos.

–¿Cuánto hace que se marchó? –preguntó él sin cambiar de postura y mientras miraba al frente.

–Seis meses –el calor de sus palabras anteriores desapareció de golpe.

–¿Qué pasó? –él la miró de frente mientras ella se inclinaba sobre el sándwich.

–Se marchó con una de las chicas de las cuadras –ella dejó el sándwich en el plato y alcanzó la humeante taza de té–. Llevaban juntos algún tiempo.

Eamonn era muchas cosas, pero lento no. A lo mejor por eso se mostró tan a la defensiva cuando lo vio hablar con las chicas. Le había traído malos recuerdos. Pero decidió dejarlo. «Poco a poco, Eamonn», pensó. Forzar a Colleen no siempre daba los resultados deseados.

–¿No tenías ni idea de lo que ocurría?

–Creo que, en el fondo, sí. Pero ya sabes lo cabezota que soy. Pensé que todo se arreglaría –ella hablaba con los labios apoyados en la taza–. Él podía ser encantador, y creo que en parte me embrujó. Por lo menos al principio. De modo que no puedo culpar a una chica inocente por enamorarse de él. Supongo que, a veces, vemos lo que queremos ver.

–¿Sabía que estabas embarazada?

–Sí. Cualquier hombre a punto de convertirse en padre debería saberlo. ¿No crees?

–A mí me gustaría saberlo si fueras a tener un bebé mío –Eamonn asintió.

Colleen casi se ahogó con el té. «Cielo santo». ¿Se imaginaría él el efecto que esas palabras tendrían sobre una mente repleta de las imágenes soñadas la noche anterior?

–Y desde luego, si fuera mío, nunca me habría marchado.

¡Venga ya! Ella lo miró con los ojos muy abiertos. ¿Por qué decía esas cosas? ¿Por qué lo decía como si tal cosa? ¿De verdad no se imaginaba los sueños que ella había albergado de adolescente? ¿No se imaginaba la bofetada que esas palabras suponían para una mujer que había elegido mal al padre de su bebé?

–De modo –dijo ella cuando fue capaz de articular palabra–, que eso harías. Aunque eso implicara quedarte a vivir en un lugar que odias. Tiene mucho sentido.

–Yo no odio este lugar.

Ella soltó un bufido de incredulidad.

–Sentía que no encajaba aquí, y era joven. Pensaba que la vida debía ser algo más que esto. Necesitaba descubrirlo.

–¿Y lo descubriste?

Hubo una breve y tensa pausa mientras él la miraba a los ojos. Luego, se encogió de hombros.

–Desde luego he ganado más dinero en Estado Unidos del que podría haber ganado aquí.

–¿Y eso te basta? ¿Eres feliz, Eamonn?

Su nombre pronunciado por tan dulce voz lo sobresaltó. Sin pensarlo, llevó su mirada de nuevo a su boca, donde se detuvo largo rato, ensimismado, antes de mirarla a los ojos. Pestañeó un par de veces y alargó una mano para recogerle de nuevo el mechón rebelde de sus cabellos tras la oreja. Después, se echó hacia atrás y habló en voz baja.

–No estoy seguro de que sea bastante –y al ver la expresión sorprendida de ella, sonrió amargamente–, y para que conste: es la primera vez que lo digo en voz alta.

Capítulo 5

UNA MUJER adulta, madura y en plena posesión de sus facultades no debería sentir timidez. Pero al entrar en la casa por la noche ella se sentía como si tuviera de nuevo quince años.

Durante toda la tarde, mientras hacía llamadas y pedidos, organizaba visitas y comprobaba las provisiones, su mente seguía obsesionada con el breve roce de su mano y la confesión realizada.

Y eso le había llevado a plantearse varias preguntas, sobre todo ¿qué le había sucedido tras su marcha?

Alguien con su aspecto, seguro que no había estado solo. Por lo menos no mucho tiempo. Colleen no había olvidado cómo las chicas revoloteaban a su alrededor. Por aquel entonces, ella las odiaba, a cada una de ellas.

Pero su expresión había reflejado una profunda sensación de soledad, casi de necesidad. La parte de ella que tanto le quiso años atrás deseaba desesperadamente conocer los motivos. Aunque lo único que podría hacer sería escucharle, si es que él se dignaba a hablar.

Era una complicación añadida. Algo que retrasaba su propia confesión, que debería salir a la luz lo antes posible. Retrasarlo sólo lo empeoraría todo.

Mientras se quitaba las botas junto a la puerta trasera, escuchó un sonido desconocido. A medida que se acercaba a la cocina, el sonido se hacía más fuerte y, para cuando llegó al salón, era ensordecedor.

Al asomarse por la puerta no pudo reprimir una sonrisa.

La cabeza de Eamonn se movía al ritmo de la música, mientras con las manos simulaba tocar la guitarra. De repente, su voz sonó, alta y claramente desafinada.

Colleen se tapó la boca con la mano mientras reía sin poder reprimirse.

Era evidente que él no la había oído. Volvió a sacudir la cabeza, alborotando sus rizos, y luego levantó los brazos mientras simulaba tocar la batería.

Con la mano aún sobre la boca, ella lo miró desde su posición de seguridad. Lo miró desde los rizos de su cabeza, pasando por su

ancha espalda, hasta la curva de su trasero. Un travieso diablillo en su interior pedía a gritos que lo agitara. Sólo una vez. Por favor.

Por supuesto, ése fue el momento que él eligió para darse la vuelta y mirarla.

Los ojos de ella se encontraron con los suyos.

Lenta, muy lentamente, él bajó las manos y, con una sonrisa algo triste se acercó al viejo tocadiscos y bajó el volumen.

–Encontré parte de mi vieja colección en mi habitación –tras aclararse la garganta, su voz profunda retumbó en el silencio.

–Ya lo oigo. Por cierto, qué bien cantas –dijo ella mientras se armaba de coraje y entraba en el salón.

–Nunca tuve buena voz para cantar –la risa hizo que sus hombros se sacudieran.

Colleen se acercó al sofá y se sentó sobre los gastados cojines, mientras apoyaba sus pies sobre un mullido taburete. Después suspiró aliviada mientras se deslizaba para acomodarse y su barriga se elevaba ante sus ojos. A veces todavía le costaba asociar esa barriga con su persona.

Eamonn sustituyó la música de rock por algo más suave mientras observaba de reojo cómo Colleen acariciaba su barriga. Se había dado cuenta de que repetía ese gesto muy a menudo a lo largo del día. Tras dudar un instante, se sentó junto a ella y apoyó su cabeza sobre el respaldo del sofá.

Se quedaron allí sentados largo rato mientras escuchaban el disco.

Eamonn se dio cuenta de que nunca antes había estado tanto tiempo en silencio con una mujer. Y la experiencia no era del todo desagradable.

Después, se volvió hacia ella y la vio empujar un abultamiento irregular bajo su blusa roja. Sus dedos lo rodeaban, lo empujaban y lo volvían a rodear. Al mirar su rostro, vio que tenía los ojos cerrados. Pero sonreía.

–¿Eso que empujas es un pie? –preguntó en voz baja.

–Eso creo –ella abrió los ojos, inclinó la cabeza hacia delante hasta que su barbilla descansó sobre el pecho, y contempló su mano que tensaba la tela de la blusa para que el bulto resaltara más.

–¿No duele?

–No tanto como cuando mi tesoro empuja con su trasero –ella se sorprendió por la expresión fascinada de su rostro–. Eso puede resultar muy incómodo.

–¿Lo hace él a menudo? –los destellos dorados de sus ojos color avellana eran cálidos.

–¿Él? –Colleen sonrió, divertida–. ¿Por qué estás tan seguro de que es un niño?

–Entonces, ¿ella? –sus labios se curvaron, sin dejar escapar una sonrisa. Lo hacía muy a menudo, como si sintiera la necesidad de controlarse.

–No tengo ni idea –ella sonrió abiertamente–. Me gustan las sorpresas.

La música terminó y el silencio lo invadió todo mientras Colleen miraba a Eamonn a los ojos, quien seguía con la mirada fija en la mano de ella sobre la barriga.

Ése era uno de los momentos más íntimos compartidos por ella con un hombre, y aun así resultaba adecuado y no tan extraño como debería haber parecido. No era como si estuvieran cruzando una raya, pero tampoco como si, tras quince años separados, fueran unos perfectos extraños.

Todo aquello que ella le ocultaba se esfumó por un instante. Durante un breve momento eran dos personas cautivadas por el milagro del niño por nacer. Colleen sabía que tardaría en olvidar esa sensación. Tampoco quería hacerlo. Lo que quería era disfrutar de ella, retenerla y guardarla para recurrir a ella cuando estuviera sola. Porque ésos eran los momentos que debería haber disfrutado. Era una sensación de unidad, de compañerismo, que le había sido negada por la persona que debería haberla compartido con ella.

–¿Tienes miedo, Colleen? –sus pestañas acariciaron su piel bronceada–. Por tener un bebé.

–Supongo que sí –el corazón le latía con fuerza. Ella desvió la mirada de su rostro y la fijó en la mano, con su perfecta manicura, apoyada en el muslo–. No creo que haya nadie que no lo tenga. Es normal tener miedo. Pero no soporto tenerlo, y por eso intento ignorarlo.

Él alzó la barbilla mientras ella hablaba. Esperaba que ella lo mirara a los ojos para poder hundirse en ese mar azul. Para intentar leer algo tras sus palabras, en su mente. Se le ocurrió que quizás, sólo quizás, ella se escondía tras esas valientes palabras.

–Algunos días no parece real –ella seguía sin mirarlo–. Como si no fuera a dar a luz a esta pequeña vida de la cual soy enteramente responsable y que se convertirá en el centro de mi vida.

Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración, y él se quedó fascinado ante la sensualidad del sencillo movimiento.

–Al principio –continuó–, puedes engañarte, cuando tu cuerpo aún no ha cambiado y no has engordado casi nada. Hasta la primera vez que el bebé se mueve y debes aceptar que es real. Entonces estalla ante ti. Y a mí, bueno, a mí me preocupa. Me preocupa no poder darle al bebé todo lo que necesite, ser una buena madre –calló un instante–. ¿Tiene sentido?

Sus miradas se encontraron, y él se quedó helado. De repente, la respuesta era tremendamente importante para él.

Nunca había tenido que reflexionar sobre algo así. A fin de cuentas era un hombre. A lo mejor en alguna parte de su interior siempre había pensado en tener hijos algún día. Pero no le había puesto fecha al suceso, ni pensado en la mujer que llevaría a su hijo dentro. Faltaba mucho. No lo había planeado, ni pensado en cómo se sentiría llegado el momento.

Tampoco se había molestado en pensar en cómo se sentiría la mujer en esa situación. Lo asustada que debería estar la primera vez. Por no hablar de si tenía que pasar por ello sin una pareja o una familia.

Pero en ese momento, sentado al lado de Colleen mientras ella le explicaba lo que sentía, sí reflexionó sobre ello. Y supo que a él también le preocuparía si le sucediera, si un hijo suyo estuviera a punto de llegar al mundo y cambiar su vida para siempre. Estaría muerto de miedo. ¿Sería un buen padre? ¿La clase de padre que un niño merece?

¿Sería mejor padre que hijo?

Aunque no tenía las respuestas a sus preguntas, una cosa sí sabía: lo intentaría.

Sin apartar sus ojos de los de ella, simplemente asintió y ella le correspondió con una trémula sonrisa. Pero cuando él le sonrió abiertamente en respuesta, ella apartó la vista antes de sorprenderle con otra confesión.

–Nunca imaginé que fuera a ser así. Siempre pensé que tendría todo el lote: marido, un hogar feliz, y todo eso. Pero no cambiaría nada en este instante, al menos no del todo. Sólo me preocupa no poder arreglármelas yo sola.

–No estás sola –Eamonn buscó la mano que descansaba sobre el diminuto pie–. Yo estoy aquí.

El bebé empujó contra los dedos entrelazados, y él se quedó paralizado por la magia del momento. Una magia que jamás había experimentado y que inundó su alma de calor.

Pero Colleen rompió el hechizo al ponerse rígida y soltar la mano antes de volverse hacia él y hablarle en voz baja y prosaica.

–Pero no puedo confiar en ello ¿verdad? No te quedarás mucho tiempo. Tienes tu propia vida. Saldré adelante, no te preocupes. Siempre lo hago.

Eamonn se quedó callado mientras ella se ponía en pie. Tendría que responderle algo, algo que la convenciera de que él estaría allí para ayudar. Pero ella tenía razón. No podía confiar en que él se quedara.

–Pronto te irás –ella volvió a sonreír al pararse en la puerta–, y la vida seguirá como antes, supongo. Tendré que intentar ser lo bastante buena para este bebé. Así son las cosas. Estaremos bien.

Tras salir de la habitación, Colleen se quedó largo rato con la vista fija en la barandilla de la escalera.

¿Cuándo había empezado a sentirse tan sola?

Porque así se sentía, ¿no? De otro modo no se explicaba que le hubiera contado todas esas cosas a alguien que llevaba tanto tiempo fuera de su vida. Alguien que, tras marcharse de nuevo, seguramente no volvería jamás. Ya no le quedaría nada por lo que volver.

Con un profundo suspiro, ella pensó que a lo mejor por eso le había hecho tantas confidencias. Podía hablar con él, compartir algunos de sus temores más íntimos, porque sabía que no habría repercusiones.

Nunca podría utilizar sus miedos e inseguridades contra ella para herirla en el futuro.

Por eso era seguro.

Durante un breve instante, en la calidez del ambiente del salón, mientras sonaba la música y la intimidad caldeaba su corazón, le había resultado fácil confiar. Pero sólo durante un instante.

Justo hasta que agarró su mano y el bebé reaccionó con un movimiento. Entonces volvió a sentir ese agujero en su pecho, volvió a sentir la inminente pérdida de algo que ni siquiera había obtenido de él.

No era la primera vez en seis meses que las lágrimas afloraban a los ojos de Colleen. Dios, ¿cómo se había metido en ese lío? ¿En qué se había convertido su vida?

¿Y cómo iba a poder mantenerlo todo bajo control cuando se sentía tan vulnerable con Eamonn allí?

Con una furiosa sacudida de su mano, apoyó el pie en el primer peldaño. Después alzó la barbilla y subió mientras buscaba fuerzas en el pozo interior que se agotaba.

¿Por qué no se marchaba ya?

¿Por qué no dejaba ella de remolonear y le contaba aquello que

él tenía derecho a saber? Eso bastaría para conseguir que él hiciera las maletas.

A lo mejor era por eso. La parte de ella que se resistía a hablar era la parte de ella que no quería que se marchara. La misma parte que nunca quiso que se fuera la vez anterior.

La parte que debería haber aprendido la lección.

Porque Eamonn no era sinónimo de «felices para siempre».

No para ella.

Capítulo 6

YO ESTOY aquí. No estás sola.

Eamonn pasó media noche preguntándose por qué demonios le había dicho eso. No tenía pensado quedarse más de un par de semanas, exactamente dos semanas más de lo que había pensado quedarse al principio. Llegar, solucionar lo que tenía que solucionar y marcharse. A fin de cuentas no eran más que negocios.

Luego podría volver a su vida. Volver al lugar donde tenía el trabajo, un elegante apartamento y amigos. Volver a seis meses de intenso trabajo antes de que la tradicional inquietud volviera a instalarse en él...

Pero habían bastado quince o veinte minutos en una cálida atmósfera, y presenciar un pequeño milagro, para que de repente le apeteciera quedarse.

¿Qué significaba eso?

Tras una noche agitada, decidió concentrarse en los detalles prácticos. Un trabajo más físico le evitaría dar vueltas a la cabeza y obsesionarse con el recuerdo de la mano de Colleen en la suya y en el movimiento de su pecho al respirar. Decididamente iba a necesitar mucho trabajo físico.

A primera hora de la mañana se puso lo más parecido a ropa de trabajo que tenía y salió a inspeccionar la propiedad. Habría que hacer algunos arreglos. Aumentaría su valor.

Pero antes de que pasara una hora ya estaba de mal humor. La propiedad era un ejemplo de dejadez, muy diferente a como él lo recordaba. Cuando él vivía en ese lugar, las vallas estaban limpias y perfectas, los pastos bien cuidados, los cercados libres de malas hierbas y las puertas se abrían al empujar con una mano. Lo que se encontró fue vallas rotas, malas hierbas por todas partes, y las puertas atadas con trozos de cuerda.

Se puso furioso.

Aquel lugar pedía dinero a gritos. ¿Por qué no le había pedido su padre ayuda? Inisfree lo era todo para él. ¿Y por qué no se había tragado Eamonn su maldito orgullo y vuelto a casa antes? Habría visto el deterioro con sus propios ojos. ¡Y podría haberlo

solucionado!

Durante media vida había trabajo duro para tener éxito, pero tendría que haber llamado más, escrito más, vuelto más a menudo. Lo único que le importaba era su propio éxito. Puede que para impresionar a Declan Murphy.

Si no podía concederle a su padre su mayor deseo, quedarse en Inisfree y amarlo como él, tenía que triunfar en otra cosa. ¿Había sido su éxito lo que había impedido a Declan Murphy reconocer su propio fracaso? ¿Tanto se había degradado la relación padre-hijo?

¿Se hubiera sentido Eamonn menos culpable si le hubiera entregado dinero a su padre? Nunca lo sabría.

En lugar de mejorar su ánimo, el paseo por la propiedad y los pensamientos que le acompañaron le pusieron de peor humor que al principio.

–Necesito las llaves del jeep.

Colleen se sobresaltó al oír su voz. Lo miró de reojo y se dirigió a Lorna, la más veterana de los mozos de cuadra.

–Genial, Lorna. Está mucho mejor de la pata hoy. Dile al herrador que adelante y que le coloque las herraduras.

Cuando la chica desapareció con el caballo, Colleen se volvió hacia Eamonn. Al ver su mirada gélida y sus labios apretados, lo supo. Estaba enfadado. La mandíbula estaba rígida y los hombros tensos, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

–Ya no tenemos jeep. Lo vendimos.

–¿Y cómo transportáis los artículos de peso?

–Nos los entregan –ella lo miró de reojo–. Cuando hacemos un pedido.

–Lo cual no sucede muy a menudo, ¿verdad? –Eamonn enseguida leyó entre líneas.

–Hemos tenido que definir las prioridades. Y lo primero es el bienestar de los caballos.

–Parte de su bienestar es un pasto decente y unas vallas seguras.

–¿Resulta que nos hemos leído un libro sobre caballos? –ella lo volvió a mirar.

–Si quieres que este lugar sea rentable, Colleen –él ignoró su burla–, tendrás que cuidar su aspecto. Y ahora mismo parece que hace tiempo que a nadie le importa un bledo.

–A mí me importa –ella se quedó helada y se volvió furiosa hacia él–. No tienes ni idea de lo que significa ocuparse de esto. Lo que intentas es tranquilizar tu conciencia por no haber vuelto antes de la muerte de tu padre, y por eso intentas embellecer este

lugar. Pero no hace falta.

–Si yo fuera tú –la acusación le había herido; no tenía derecho a hablarle así–, me sentiría igual de culpable por el estado de este lugar.

Colleen palideció y abrió los ojos desmesuradamente

–En todos estos años –Eamonn contraatacaba con la misma dureza–, no me has informado ni una sola vez de lo que él me estaba ocultando. Eso te convierte en responsable, tanto como él, por no pedir ayuda.

–Claro, porque eras tan accesible, ¿verdad? Además, eso sería conspirar a espaldas de tu padre. Para ti está clarísimo, pero no tienes ni idea. Porque tú… tú no estabas aquí. ¡Yo sí!

No pudo evitarlo. Las lágrimas inundaron sus ojos. Era demasiado. A pesar de que llevaba semanas preparándose para el estallido de ira de Eamonn.

Pero después de la noche anterior…

Ella desvió la mirada de su rostro y se concentró en un gato que se aseaba en el patio. No se movió hasta que no recuperó el control para seguir hablando.

–Durante mucho tiempo todo fue bien –su voz sonaba ronca–. Mientras tu padre seguía vivo, a pesar de no poder realizar esfuerzos, lo supervisaba todo. Todo seguía inmaculado. Todo esto es más reciente.

–¿Exactamente cómo de reciente?

–Empezó este año –ella lo miró brevemente a los ojos. No tenía derecho a hablarle así, y lo sabía. No había pensado en cómo contarle la verdad. Si no hubiera vuelto, le habría escrito una carta. Pero antes, habría intentado solucionarlo ella todo.

El silencio era abrumador.

Mientras ella buscaba las palabras, él hizo lo último que ella se esperaba. Su mirada furiosa se suavizó, alzó la vista y respiró hondo como si se esforzara en conservar la calma. Cuando volvió a fijar su mirada en ella, había recuperado el control, aunque su voz sonaba apagada.

–No es culpa tuya. No te culpo. Esperabas un bebé y tenías que cuidar de un hombre enfermo. No podías ocuparte de todo. Tiene arreglo. Pero debemos discutirlo con calma, tú y yo.

Ella se quedó sin aliento. Él no tenía ni idea. ¿Cómo podía saber por lo que ella había pasado? Y casi todo por culpa de ella. No serviría de nada intentar razonar con él.

–No lo entiendes –de algún modo ella consiguió que las palabras surgieran.

–Lo que yo entiendo es que no es justo que aparezca yo aquí y te acuse como lo he hecho. Y puede que tengas razón. Seguramente, en parte es sentimiento de culpa. Debería haber estado aquí. Podría haber ayudado. No tendrías que haber cargado tú sola con toda esta responsabilidad.

–No, Eamonn –ella reculó un paso y lo miró a los ojos.

Pero se quedó sin habla cuando él se acercó de nuevo y posó sus manos sobre los brazos de ella. Sus dedos se cerraron en torno a ellos mientras los apretaban suavemente para mantener su atención. Los reflejos dorados de sus ojos brillaban ferozmente y su rostro estaba tan cerca que Colleen no pudo evitar pensar en lo poco que costaría que la besara.

Si a los quince años le había parecido intenso, lo de ese momento no tenía comparación.

El corazón de ella se detuvo un instante antes de reanudar su marcha a un ritmo endiablado.

Las oscuras pestañas de él ocultaron ligeramente los ojos mientras estudiaban su rostro, y se detuvieron en sus labios entreabiertos. Después, respiró hondo antes de volver a mirarla a los ojos en silencio.

Colleen tragó saliva con dificultad. Eso no era bueno. No en ese momento. No podía volver a sentirse atraída por él.

–Podemos solucionarlo si procuras no estar tan a la defensiva, y yo intentaré hacer lo mismo.

Ella volvió a tragar saliva. ¿Cómo? ¿De qué habían estado hablando?

–Arreglaremos este lugar para que vuelva a tener buen aspecto –los pulgares de él acariciaban sus brazos–. Volverá a estar como antes.

Entonces lo recordó. Tenía que explicárselo. Era el mejor momento. Pero, a pesar de reconocerlo ella misma, y tras hacer acopio de coraje para decírselo, era consciente de que al hacerlo se alejaría de ella. Nunca más volvería a tenderle la mano de la amistad como acababa de hacer. Nunca más la miraría con esa intensidad y ternura.

En su vida estaría más cerca de ver cumplidos sus sueños de juventud. A unos centímetros de ese primer beso que la había atormentado durante años. Pero el beso que había estado a punto de hacerse realidad unos segundos antes, seguiría siendo un sueño nada más.

Tenía que decírselo.

–Tengo que contarte algo –ella retorció los brazos e intentó

recular de nuevo, para poner distancia entre sus cuerpos. Porque, en teoría, dolería menos si era ella la que se lo contaba.

–Calla Colleen –no sólo no la soltó, sino que aumentó la presión y sonrió–. Por una vez. Basta. No tienes que explicarme nada. Lo hecho, hecho está. Ahora hay que seguir adelante. Haremos algo por este lugar –luego la soltó y se separó de ella–. Ordenaré el almacén y pondré todo en marcha. Me vendrá bien estar ocupado.

–Pero...

–No hay pero. Me divertirá. Hace mucho que no hacía este tipo de cosas –su rostro se iluminó ante la idea del trabajo físico–. Prepárame una lista de lo que hace falta, también para los caballos, y lo encargaremos. Cualquier cosa. Volveré en una hora.

A continuación se giró y salió del patio.

Todavía sonreía cuando empezó a preparar el inventario del almacén. Y se preguntaba por qué.

La única respuesta que se le ocurrió fue que no había mentido cuando le dijo a ella que no estaba sola. No lo estaba. Él estaba allí para cuidarla.

Hasta que Colleen tuviera a su bebé y se hubiera asentado, él no iba a ninguna parte.

Algo bueno tendría que surgir de los errores del pasado. Al final podría arreglar algo. Le hacía sentir más cercano al chico bueno que pretendía ser.

Y hacer algo productivo era bueno. No estaba acostumbrado a quedarse sentado. Podía destinar unas pocas semanas de su vida a hacer algo constructivo.

Puede que incluso lograra hacer una amistad, y dejar Irlanda sabiendo que la persona más próxima a un familiar que tenía estaba bien y que acudiría a él en caso necesario.

A su padre le hubiera gustado.

Capítulo 7

EL HOMBRE era un torbellino. En una tarde había encargado de todo: madera, clavos, pintura, fertilizante, herbicida, puertas nuevas. De todo.

Durante todo el día hubo un continuo trasiego de entregas. Y aún faltaba más. Cada vez que había una entrega, allí estaba él, ayudando a descargar los bultos.

Parecía tan feliz como un cerdo en un lodazal.

Sorprendente en alguien que no se parecía en nada a un cerdo. De hecho, iba demasiado bien vestido. Parecía un anuncio de ropa masculina, colocado en medio de una granja por cuestión de marketing. Su jersey y sus exclusivos vaqueros no volverían a ser los mismos.

A Colleen, esa mezcla de exhuberancia y buenas intenciones la hacía sentir cada vez más culpable. Cuando ya no podía soportarlo más, o cuando su corazón estaba a punto de romperse, entraba en el despacho y empezaba a pasear arriba y abajo. Tenía que decírselo. No podía aceptar un cariño y una consideración que no merecía.

Le debía la verdad. Él intentaba hacer algo bueno, ayudarla, incluso tenderle una mano amiga. Ella sabía que no lo hacía por amor hacia Inisfree. Y tampoco intentaba compensar a un padre ya desaparecido. No. Lo que él intentaba era cuidar de ella, por surrealista que pareciera.

Y ella no se lo podía permitir.

Se frotó la barriga y ensayó en voz alta:

–Eamonn, necesito contarte la verdad sobre este lugar...

No, así no. Se interrumpió y frunció el ceño.

–Eamonn, no es que no aprecie lo que haces...

Dejó caer una mano. ¿Apreciar lo que haces? Lo que hacía era proteger su mitad de Inisfree. Ella no podía impedírselo. Al fin de cuentas, era su herencia, tanto como de ella. Ahora eran socios, como lo habían sido sus padres. No hacía más que lo que hubiese hecho ella de haber podido. Pero no podía dejarle hacer sin que supiera cómo había llegado a ese punto de deterioro.

Ella nunca pensó que él quisiera volver y ayudarle a llevar el

negocio. Siempre había dado por hecho, al igual que Declan, que sería un socio en la sombra, que le ofrecería su mitad a bajo precio. Eso era lo que ella esperaba que sucediera... antes.

Antes de que Adrian hubiera desfalcado todo el dinero y se hubiera largado con una chica de apenas veinte años.

–Lo que sucedió, Eamonn –ella volvió a su ensayo–, es que ese idiota al que estuve prometida se llevó todo el dinero, y yo fui la estúpida que le trajo aquí. Todo es culpa mía. Aunque él fuera un inútil hijo de...

De repente, el bebé se movió. Ella colocó la mano sobre la barriga y lo tranquilizó.

–Shhh. Está bien, bebé. No es culpa tuya que tu padre sea un inútil.

De repente notó una enorme tensión. Muy incómoda. Inesperada. Se quedó helada.

El malestar aumentó, acompañado de una sensación de desgarro en la pelvis.

«Oh, no, ahora no», pensó.

–Ésa era la última entrega. Me preguntaba... –por supuesto, Eamonn eligió ese preciso momento para aparecer. Se quedó parado en seco y abrió los ojos desmesuradamente–. ¿Qué sucede?

–No lo sé –Colleen contestó con voz débil y desesperada mientras lo miraba fijamente.

–¿Estás de parto? –de una zancada, él se puso a su lado mientras la sujetaba por los codos.

–¿Cómo demonios voy a saberlo? –ella lo miró, furiosa. Aunque, para ser justos, debería saberlo. Había dado por hecho que, llegado el momento, ella lo sabría. Pero eso, eso no parecía bueno.

Eamonn miró a su alrededor, buscando entre todo el caos algo que sirviera de ayuda. De repente pareció tomar una decisión y empezó a empujarla hacia el escritorio.

–¿No crees que deberías tumbarte?

–¿Sobre el escritorio? –ella dio un salto–. ¿Pretendes que dé a luz sobre una mesa de despacho?

–No, no seas boba –él frunció el ceño–. Siéntate... ahí –la condujo al otro lado de la mesa sin dejar de mirarla como si estuviera a punto de romperse ante sus ojos. Con sumo cuidado la ayudó a sentarse en la silla, y sólo entonces la soltó–. Ahí, mucho mejor.

Una oleada de dolor le agarrotó el estómago.

–¿Otra contracción? –Eamonn torció el gesto.

–Creo que es la misma –ella lo miró a la cara–. No aguantaré otras dos semanas.

–A veces se adelantan, ¿no?

–¿Ahora resulta que eres un experto? Parece que has aprovechado bien el tiempo.

–Deberíamos llamar al doctor Donaldson –dijo él mientras la miraba a los ojos.

–Pues tendrás que gritarle bien fuerte –Colleen soltó una risita–. Murió hace cinco años.

–¿Y cómo demonios iba a saber yo eso?

–No podías saberlo –ella se reclinó y frotó su barriga. Tenía que dejar de estar tan a la defensiva con él. Hacía lo que podía y era de lo más considerado y atento–. Claro que no. Era una broma.

–Ya lo sé –él se movió, inquieto, y luego, mientras le sujetaba la mano libre, le dedicó su sonrisa más devastadoramente sensual y le habló en voz baja–. Deja que llame a quien quiera que sea el médico, para estar seguros. Si no quieres que lo haga por ti, deja que lo haga por mí.

Tenía razón. Ella no debería correr ningún riesgo con el bebé. Asintió y le señaló el listín telefónico sobre la mesa. Luego esperó a que él buscara el número y llamara. Su voz era más tranquila que las miradas de soslayo que le dedicaba continuamente.

–Vendrá en media hora –enseguida estuvo de nuevo agachado a su lado mientras le sujetaba la mano y la miraba con dulzura–. Dime qué puedo hacer hasta entonces.

¡Maldita sea! Ella no podía resistirse cuando él se mostraba tan cariñoso.

–¿Podrías sentarte conmigo un ratito? –preguntó ella sin dejar de frotar su barriga–. Hasta que llegue el médico. Cuéntame algo sobre América.

–Pero ¿qué pasa si estás realmente de parto?

–Lo sabremos dentro de poco.

Los ojos color avellana se detuvieron largo rato en la mano de Colleen. Cuando ella ya pensaba que iba a intentar convencerla de que se tumbara sobre el escritorio, él empezó a hablar con una voz profunda que la distrajo de su malestar.

–Nunca había visto tantos rascacielos. Hace que te sientas pequeño, y muy solo, la primera vez que los ves. Los primeros dos meses, quise volver a casa muchas veces. Pero...

–Pero eras demasiado cabezota para ceder.

–Sí, lo era –la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa cálida mientras sus ojos emitían destellos dorados–. Había montado tal

escándalo al marcharme, que volver con el rabo entre las piernas menos de tres meses después me habría matado. Supongo que ya te lo figurabas.

Colleen sonrió mientras asentía.

Él sacudió la cabeza y bajó la mirada hasta las dos manos entrelazadas. Con el pulgar, le acarició los nudillos, oculta su sonrisa de la mirada de ella. Luego continuó:

–El primer año trabajé en la construcción para aprenderlo todo. Y luego conocí a Pete, y él me acogió.

–¿Quién es Pete?

–Mi socio. Montamos juntos la empresa.

–¿Qué aspecto tiene?

–Parece Gulliver en el país de Lilliput –él rió mientras la miraba de nuevo–. Mide casi dos metros.

–¡No puede ser! –ella rió débilmente–. Nadie es tan alto.

–Pues sí –él asintió–. Es el único capaz de detenerme en una pelea de bar tras unas cuantas cervezas de más. Dice que yo peleo como un debilucho.

–Y supongo que la primera vez que te dijo eso, intentaste zurrarle.

–Exactamente.

–¿Y qué tal te fue?

–Me tumbó como a un debilucho.

–Me hubiera gustado verlo –ella rió de nuevo.

–Pues, por un lado, me alegro de que no fuera así –él volvió a concentrarse en su mano–. Preferiría que siguieras viéndome como la masculinidad en persona.

«Por eso no sufras», pensó ella.

–Claro que si hubieses estado allí cuando tumbé a los gemelos McNally...

–Menos mal que tenías a Pete para mantenerte fuera de la cárcel.

–Nos hemos divertido de lo lindo.

–Ya me lo imagino.

Él no dejaba de sonreírle, ni de acariciarla con su pulgar con un movimiento rítmico que generaba un calor que, poco a poco, ascendía por el brazo, directo hasta el pecho. No era justo. Ella lo miró con los ojos inundados de lágrimas. De nada servía intentar retenerlas.

–¿Qué sucede? –Eamonn dejó de sonreír–. ¿Vuelves a sentirte mal?

Ella negó con la cabeza.

–¿Entonces?

Al ver su preocupación, ella se derrumbó. Nadie se había preocupado tanto por ella jamás. Seguramente era culpa suya. Siempre estaba tan ocupada, que ocultaba sus momentos de debilidad o de depresión. Los demás daban por hecho que estaba estupendamente y que no necesitaba apoyo o consuelo.

Pero sí lo necesitaba.

Y era Eamonn quien se lo ofrecía. La última persona en el mundo a la que ella habría acudido.

–Venga, vamos –él volvió a entrelazar sus manos con las de ella–. No te preocupes. Estás bien y yo estoy aquí. El médico llegará enseguida. Estarás bien. Yo cuidaré de ti, te lo prometo.

–No –ella no pudo reprimirse más y empezó a sollozar–, no lo entiendes.

–Prueba.

No le fue fácil, pero de algún modo consiguió soltar su mano y levantarse de la silla. Eamonn tuvo que ponerse en pie y dejarle paso.

De pie, con los ojos inundados de lágrimas, seguía sin encontrar las palabras. Estaba furiosa consigo misma por llorar así delante de él. Lo miró a la cara y agitó su mano.

–Tengo que irme. Necesito... necesito un pequeño... –acercó el pulgar al dedo índice–, minuto.

–De acuerdo –él frunció el ceño, claramente incómodo ante la visión de una histérica llorona–. ¿Quieres que...?

–No, no –ella volvió a agitar la mano–. Sólo necesito un minutillo.

Atónito, Eamonn la observó huir de la habitación. ¿Qué había pasado?

Tras unos minutos de silencio sacudió la cabeza y salió tras ella.

Capítulo 8

NO VOLVIÓ a aparecer hasta horas después de la visita del médico. A pesar de que le dijo que todo iba bien, ella se quedó un buen rato llorando.

Eamonn no soportaba oír su llanto, a pesar de que procuraba llorar en privado y en silencio. Y lo peor era lo inútil que se sentía. Lo único que se le ocurría era ofrecerle un pañuelo, era de los pocos hombres que aún utilizaban pañuelos de tela, y darle una palmadita en el hombro.

Pero ver a la eficiente y vital Colleen derrumbarse así...

Eso le había afectado mucho. Abrió una profunda herida en su interior. Quería solucionarlo, fuera lo que fuera. Quería que las cosas mejoraran para ella. Pero no sabía cómo.

Como buen hombre de acción, intentó documentarse mientras esperaba a que volviera. Preparó café, encendió su portátil y buscó «embarazo» en Google.

Al fondo escuchaba los sollozos sofocados. Se dijo a sí mismo que le daría veinte minutos más antes de subir.

Un rato después se hizo el silencio, únicamente se oía el zumbido de su portátil. El café se enfriaba.

Cielo santo. ¿Por qué tenían bebés las mujeres? ¿Tenían idea de lo que ocurría?

Cuando ya le dolía el cuello de ver fotos de mujeres dando a luz, se dijo basta. Se levantó de la silla, echó el café por el fregadero y se acercó a la escalera para escuchar.

Nada.

Entró en el salón y encendió el televisor. Pero tras recorrer los ocho canales disponibles, no encontró nada que le distrajera.

Volvió a escuchar. Silencio. Debía de haberse quedado dormida. ¡Maldita fuera!

Estaba a punto de subir cuando su vista se fijó en la puerta al otro lado del pasillo. El estudio de su padre. Allí vio a su padre por última vez, vio la desilusión dibujada en el rostro del hombre tras la agria discusión antes de que hiciera su maleta, llamara a un taxi, subiera a un avión y se marchara del lugar que le vio nacer.

Nunca olvidaría la mirada de su padre. Nunca había permitido

que se disculparan cara a cara.

Con un suspiro, se dirigió a la puerta de madera y dudó. Después, respiró hondo y entró.

Colleen durmió hasta que los movimientos del bebé volvieron a despertarla. Enseguida se acordó de la escena vivida junto a Eamonn. Jamás, en toda su vida, había sido una llorona.

Al menos no sin motivo.

Había ocultado sus emociones tras las duras palabras de Adrian antes de marcharse, tras explicarle a Declan lo que había sucedido y ver cómo se le partía el débil corazón. Se las había apañado sola mientras engordaba por el embarazo.

Tantas emociones retenidas tenían que salir tarde o temprano. Y había sido ante Eamonn.

Eamonn, frente a quien debía mostrarse fuerte cuando le contara la verdad. Para poder soportar su reacción.

Ya era hora. Hacía tiempo que ya era hora.

Se lavó la cara y cepilló el pelo. Luego fue en su busca.

–Estás despierta. ¿Te sientes mejor?

Ella se quedó parada al verle sentado en la silla de Declan, tan parecido a su padre en muchas cosas. No era justo que no hubieran llegado a conocerse, a pasar tiempo juntos en vida de Declan.

Si hubiera estado allí cuando empezaron los problemas, a lo mejor habría hecho algo para impedirle a ella elegir el camino de la destrucción. Su padre estaba casi siempre demasiado cansado para agobiarle con sus crecientes dudas. Y cuando tuvo la certeza, ya era demasiado tarde. Si Eamonn hubiese estado allí... a lo mejor...

–Sí, gracias, mucho mejor –sintió calor en las mejillas–. Siento lo de antes. No suelo ser así.

–No tienes que explicarme nada –Eamonn alzó una mano–. Estuve investigando, y es un milagro que no te eches a llorar cada cinco minutos. Sabiendo lo que se te viene encima.

¿Estuvo investigando?

–¿Estuviste investigando?

–Eso hacen los hombres –sus ojos brillaron divertidos–. Nuestra ruta de escape es siempre la opción práctica. Todo lo vemos desde un punto de vista práctico. Acumulamos información para tener siempre una respuesta, mientras que las mujeres os guiáis por las emociones.

–¿En serio? –ella arqueó una ceja.

No es que estuviera del todo en desacuerdo con él. Sólo con su manera de expresarlo, con esa diversión en la mirada. De repente se sintió humillada por haberse dejado guiar por el corazón, en lugar de haber pensado más.

–Encontré algunas de las cosas de papá –él sonrió brevemente.

–Su álbum de fotos –Colleen se acercó un poco más a él para averiguar qué miraba con tanto interés–. Lo adoraba. Casi todos los días le echaba un vistazo.

Eamonn la miró, sorprendido al descubrir que el álbum no sólo contenía fotos de caballos, tal y como esperaba. Había encontrado un relato fotográfico de la relación entre sus padres y de su propia infancia. Verlo le había producido una gran cantidad de emociones. Felicidad ante las primeras fotos, amargura ante las escenas de su infancia, tristeza por la relación rota, pesar por todo lo que había olvidado.

–¿Casi todos los días? ¿Desde cuándo? –pensar que su padre pudo haber sentido lo mismo que él al contemplar las fotos, le hacía sentirse más unido al anciano, pero también le partía el alma.

–Desde que yo recuerdo. Siempre lo tenía sobre el escritorio, o junto a la caja que guardaba con cosas tuyas.

–¿Qué caja con cosas mías? –Eamonn se quedó helado y frunció el ceño.

–Guardaba una caja con todas las cosas que le mandaste –Colleen se sorprendió por su pregunta–, y con cualquier noticia sobre ti. Empezó al poco de marcharte. Estará por...

–¿Dónde está? –él empezó a buscar a su alrededor–. ¿Cómo es?

–Más o menos así de grande –ella separó las manos–, y de cartón. No puede estar muy... ahí está.

Eamonn siguió su dedo con la mirada hasta la parte baja de una estantería. Descubrió la caja y la puso sobre el escritorio y, mientras Colleen se acercaba a él, la abrió.

Su mano quedó paralizada un momento, y después avanzó hacia un pequeño escudo.

–«Al corredor más rápido» –Colleen sonrió tras él.

–El último año de la escuela primaria –Eamonn asintió–. Esto lo había olvidado –dijo mientras dejaba a un lado el escudo y agarraba un recorte de periódico.

–Baile escolar con Sheelagh McCartney –ella no lo había olvidado–. Qué atractivo estabas con tu pajarita.

Ella no podía ver si él sonreía, pero sus manos temblaban

mientras dejaba a un lado fotos y diplomas y escogía una revista. La ojeó hasta encontrar el artículo. Hablaba sobre el joven empresario que había puesto patas arriba la construcción en Nueva York, con su habilidad para descubrir zonas sin desarrollar antes de que fueran populares, haciendo una fortuna con ello.

Desde la revista, un Eamonn más joven sonreía. Recordaba claramente el día en que se hizo la foto, lo orgulloso que se sintió.

–Estaba muy orgulloso de ti –Colleen habló al ver que él permanecía en silencio–. No paraba de contarle a todo el mundo el éxito que tenías. En unos pocos años conseguiste más de lo que él creía haber logrado en toda una vida, y eso hizo que se sintiera mejor por haberte dejado marchar. Aunque te echaba de menos.

Ella no tenía ni idea del efecto de sus palabras. Eamonn fruncía el ceño mientras intentaba mantener el control. Luego, habló con dificultad.

–Podría habérmelo dicho. Podría haber ayudado.

–Sí que lo hizo –ella estaba confusa–. Le oí hablar contigo por teléfono cuando te dijo lo contento que estaba por lo bien que te iba.

–Pensé que se sentía obligado a decirlo –Eamonn forzó una sonrisa–. Para ocultar lo desilusionado que estaba porque no me quedé. Le defraudé al marcharme. Lo sé. Soñaba con tenerme aquí, como tu padre contigo.

Colleen soltó un juramento mientras él la miraba, sorprendido. Ella negó con la cabeza, confusa por su interpretación y, sin pensárselo dos veces, le dio un apretón en el brazo.

–No puedes decir eso. Él nunca te habría obligado a hacer algo que no querías sólo por cumplir con un deber. Eso deberías saberlo. Lo que más daño le hizo fue tenerte tan lejos. Al menos es lo que yo creo. Nunca llegó a recuperarse de vuestra pelea el día que te marchaste. Se sentía culpable porque ése fuera el último recuerdo que tuvieses de él.

Eamonn asintió. Lo comprendía. Él sentía esos mismos remordimientos.

Dejó la revista de nuevo en la caja y descubrió un periódico en el que había un artículo sobre la transformación de un edificio histórico en un bloque de apartamentos.

–Lo dos dijimos muchas cosas ese día que después lamentamos –por primera vez se confiaba a alguien–. Al menos por mi parte. Teníamos el mismo genio, y la misma testarudez. Hizo falta el primer infarto para que yo le llamara. Él nunca lo habría hecho.

–Lo habría hecho –dijo ella en un susurro–. Simplemente fuiste

más rápido.

Él alzó la mirada y se encontró con los ojos de ella. La sonrisa que apareció en su rostro reflejaba gratitud por las palabras que ella acababa de pronunciar. Era como si necesitara oír esas palabras en voz alta. Y ella le devolvió la sonrisa.

Ella se alegraba de haberle podido decir aquello que obviamente necesitaba oír.

–¿Cómo consiguió estas cosas? –preguntó Eamonn sin dejar de mirar a Colleen.

De inmediato, ella se sonrojó y él comprendió.

–¡Tú te encargaste de reunir todo esto! ¿Cómo?

–Yo... verás –ella no sabía qué decir y echó mano de su reacción a la defensiva–. No eres la única persona que sabe manejar un ordenador.

–¿Has estado pendiente de mi carrera? –preguntó él sin hacer caso de su comentario–. ¿Me investigaste? ¿Encargaste periódicos y revistas?

–Sí –ella alzó la barbilla, desafiante. Pero evitó sus ojos–. Pensé que tu padre debería saber cómo te iba.

–¿En serio lo hiciste?

–Sí. Se metió a fondo en ello. Incluso aprendió a manejar un programa de búsqueda hará un año. Era su tarea semanal.

–Pero al principio eras tú quien buscaba por él, ¿verdad? –sus ojos lanzaban destellos dorados.

–¡Sí! –contestó ella en un tono exageradamente alto.

La sonrisa de él era escandalosamente sensual y decía claramente que no se lo había tragado, que la había pillado en su mentira.

–De eso nada, Eamonn Murphy –ella rió sarcásticamente–. Yo tenía mejores cosas que hacer con mi tiempo que soñar contigo tras tu marcha.

–¿Eso quiere decir que soñabas conmigo antes de mi marcha?

Colleen se quedó helada. Acababa de cavar su tumba.

–¿Lo hiciste, Colleen? –Eamonn dejó a un lado el periódico y se volvió hacia ella–. ¿Soñaste conmigo? ¿Por eso empezaste a buscar noticias sobre mí para saber cómo me iban las cosas?

En cualquier momento a ella se le ocurriría una respuesta adecuadamente sarcástica. En cualquier momento. Pero, de algún modo, ya le ocultaba demasiadas cosas y no podía volver a mentirle.

No podía.

Pestañeó varias veces mientras pensaba en cómo negarlo. Se

humedeció los labios y abrió los ojos cuando la mirada de él se posó en su boca.

Maldita sea.

–No tenía ni idea –la voz de él era suave y seductora–. Pero entonces la diferencia entre nuestros dieciocho y quince años era mayor que ahora. Supongo que te debo una disculpa. Y mi agradecimiento por todo lo que hiciste... por mi padre.

Ella sonrió. Y entonces él bajó la cabeza.

«Oh, no».

«Ahora no. Nunca», gritaba su corazón. «Pero, sobre todo, ahora no».

Ella apoyó una mano en el pecho de él y sintió su calor.

–Para –sus propias palabras casi la mataron. Sobre todo porque ella no quería que él parara.

Él arqueó las cejas.

–Tengo que contarte algo –ella respiró hondo y apartó la mano de su pecho–. Ya no puedo ocultártelo más tiempo. Debería habértelo dicho cuando llegaste.

Capítulo 9

EL ROSTRO de Eamonn decía muchas cosas. Sus cejas arqueadas hablaban de curiosidad, el brillo de sus ojos decía que no quería parar, que tenía intención de besarla, aunque sólo hubiera sido un impulso repentino por puro agradecimiento.

Y su boca entreabierta decía que estaba a punto de hacerle una pregunta.

Ella se separó de él para poner distancia por medio. Pensaba que era mejor que se separara ella que sentirse humillada al ver cómo lo hacía él. Porque lo haría.

–Tengo que hablarte sobre Adrian.

–¿Quién es Adrian? –preguntó Eamonn mientras la miraba fijamente.

–Mi novio –contestó Colleen tras respirar hondo.

–¿Estás comprometida? –para Eamonn fue como un puñetazo en el estómago–. Dijiste que no.

¿Y si lo estaba? ¿Por qué mentir sobre ello? Y, sobre todo, ¿dónde estaba él cuando obviamente más lo necesitaba ella?

Ella humedeció de nuevo los labios y le vio fruncir el ceño. ¿Por qué estaba siempre tan pendiente de ella? De cada uno de sus gestos y movimientos, como cuando respiraba hondo cada vez que estaba a punto de hablar, elevando momentáneamente su pecho, y él desviaba la mirada de su rostro a ese punto.

¿Por qué estaba tan pendiente de ella?

–No lo estoy. Ya no. Te lo dije: se marchó.

–¿Es el padre de tu bebé? –preguntó Eamonn tras escapársele un suspiro de alivio–. ¿El que se largó con la chica del establo? ¿Ese tipo?

–Sí, ese tipo –sus mejillas volvieron a enrojecer.

–No es asunto mío –dijo Eamonn al verla pasear delante de él con la mano en la barriga–. Y no tiene nada que ver con mis ganas de besarte.

Ella se paró en seco, antes de volverse de nuevo hacia él.

–A no ser que sigas enamorada de él –dijo Eamonn con voz impersonal–, y sientas que un besito sin importancia sea como si le traicionaras.

–Para nada –ella soltó una risita nerviosa–. Ese barco ya zarpó para siempre.

–Entonces no veo por qué tengo que saber nada sobre él.

Pero según decía las palabras, él sabía que mentía. Porque quería saber. Quería saber qué clase de energúmeno la había dejado embarazada, la había abandonado cuando más lo necesitaba, había abandonado a su propio hijo y se había largado con una adolescente. Alguien que nunca podría ser tan fascinante como la, habitualmente, combativa Colleen. Alguien que nunca se habría preocupado tanto por un hombre que no era su padre como para arreglar la situación entre éste y su tozudo hijo. Como había hecho Colleen.

El hecho de que el hijo le hubiera interesado tanto como para vigilar sus progresos también inundaba de calor el corazón de Eamonn. Le gustaba que ella se hubiera interesado tanto como para seguir su carrera desde la distancia, como una especie de ángel de la guarda.

–Debes oírlo. Ojalá no tuvieras que hacerlo.

Ella se había quedado pálida, y Eamonn frunció aún más el ceño. Él quería saber, pero no a costa de que ella sufriera al contárselo.

–Colleen...

–¡Por favor! –suplicó ella con voz aguda–. Por favor, no me interrumpas. No ahora que me he armado de valor para contártelo todo. Siempre quise hacerlo, pero no sabía por dónde empezar. Es, bueno, no es fácil para mí. Pero debes saberlo.

Era evidente que estaba decidida a contárselo. Y aunque el temblor de su voz hizo que él sintiera un escalofrío en la columna, de algún modo sabía que tenía que oírlo. Era importante para ella. Y eso lo convertía en importante para él. Ella no tenía ni idea del regalo que le había hecho al decirle que su padre estaba orgulloso de él. Y se dijo que escucharla era un modo de devolverle el favor.

–Adelante.

–Vino muy recomendado.

–¿Como novio?

–Como capataz –ella frunció el ceño por su intento de burla–. Había trabajado en dos yeguadas en el oeste y tenía un magnífico currículum. Apareció cuando necesitábamos a alguien que nos ayudara a ampliar el negocio, construir una página Web para criadores extranjeros. Ese tipo de cosas –ella empezó a pasear de nuevo mientras Eamonn asentía–. Y era tan encantador. Gustaba a todo el mundo. Y parecía tan franco, tan de fiar...

–¿Por eso te enamoraste de él? ¿Porque era encantador y de fiar? –Eamonn no se podía creer que eso hubiera bastado. Ella merecía algo más. ¿Por qué conformarse con menos?

–¿Y eso qué tiene que ver? –ella se volvió, confusa, hacia él.

–¿Bastó con unos cuantos violines?

–¿A ti qué te importa si me enamoré de él? No tiene nada que ver con lo que intento decirte.

–Sólo intento hacerme una idea del conjunto.

El rostro de ella reflejaba una profunda contrariedad. Después, pareció tomar una decisión y suspiró. Evitó mirarle a la cara y se fijó en la habitación mientras titubeaba.

–No sé explicarlo. Sobre todo ahora que sé la clase de persona que es en realidad. Pero entonces era... no sé... divertido. Le entusiasmaba tanto este lugar, se preocupaba tanto como yo y, simplemente, tenía sentido. Eso es todo. Encajaba en mi vida.

Era todo lo que Eamonn no era. Él lo leyó claramente entre líneas. Le hizo sentirse poco importante. Casi indigno. Como si no tuviera derecho a desear besarla, ni siquiera por un impulso.

–Adelante –insistió.

–No supe que nos robaba dinero hasta que descubrí lo de Catherine –sin más, soltó la bomba–. La chica con la que huyó.

Hubo una tensa calma. Y después, como si un dique cediera, todo salió a borbotones.

–Al segundo cheque devuelto, el banco llamó para contármelo. Fue entonces cuando descubrí que teníamos serios problemas. Fue toda una estafa. El dinero para la página Web, el dinero para material, para publicidad, para invertir en un semental que mejorara la línea. Él rellenaba todos los cheques, y nosotros... pensábamos que eran para lo que él decía.

–¿De ahí todos los problemas de ahora? –Eamonn aprovechó una breve pausa.

–Sí.

–¿Y no acudiste a la policía?

–No –ella se volvió a sonrojar.

–¿Por qué demonios no, Colleen? ¿Creías estar tan enamorada de ese bastardo como para dejarle marchar? ¿Sin más?

Colleen dio un respingo cuando él se inclinó sobre el escritorio para escupirle sus palabras. Durante un segundo pareció que fuera a desmayarse de desesperación. Pero luego se irguió y lo miró directo a los ojos.

–Yo firmé esos cheques.

–¿Tú hiciste *qué*? –Eamonn se quedó sin aliento–. ¿Cómo

consiguió que lo hicieras?

–Yo... pues... él hacía todo el papeleo, los pedidos y las facturas. Yo me limitaba a firmar los cheques por la misma cuantía. No pensé...

Eamonn soltó un juramento mientras cerraba los puños. Ese tío había sido un profesional. ¿La seducción formaría parte del plan para ganarse su confianza? ¿La oportunidad era demasiado buena para desperdiciarla? Hijo de...

El embarazo debía de haber complicado todo el asunto. Si Eamonn se cruzaba con él algún día...

–Cuando se lo conté a Declan –la voz de Colleen se quebró.

Eamonn necesitaba golpear algo. Lanzar cosas al suelo. Rugir airado ante todo lo que ella había tenido que sufrir. Pero consiguió mantener el control, con los puños apretados y la mandíbula tan rígida que le dolían los dientes.

–Él intentó desesperadamente ayudar a sacar adelante el trabajo –Colleen se aclaró la garganta–. Durante una semana tras la marcha de Adrian, bajó a las cuadras a diario. Pero fue demasiado para él.

Su voz se quebró de nuevo. Eamonn se quedó helado. De repente lo vio todo claro, como una película que aparecía al cerrar los ojos. Dios santo. Menudo lío. Él tenía que haber estado allí.

–Él... él se derrumbó en el patio. Y... y ya había muerto cuando llegaron al hospital.

Él abrió los ojos y la miró. Estaba completamente pálida. Incluso los ojos estaban en blanco, como si ella ya no estuviera en esa habitación con él, sino cinco meses atrás. Cuando Declan Murphy murió. Mientras su hijo disfrutaba tumbado bajo el sol de Perú.

Eamonn ya no podía escuchar más. Contempló las lágrimas que inundaban las mejillas de Colleen. Era normal que ella estuviera tan a la defensiva con él cuando le había hablado sobre el estado de la propiedad. Ella se lo había callado todo, había tenido que pasar por todo ella sola.

Ella no había malversado el dinero ni arruinado Inisfree. Ella no había obligado a su padre a realizar esfuerzos muy por encima de su capacidad.

Y aun así, ella era quien aceptaba la responsabilidad de darle explicaciones a Eamonn. Decirle cómo había sido utilizada, humillada y abandonada. Nunca debería haberle sucedido. Colleen no se lo merecía.

–Ya basta. Es más que suficiente –dijo él cuando ella respiró

hondo para proseguir.

Ella bajó la cabeza para que él no pudiera contemplar su rostro.

–Necesito un tiempo para tranquilizarme, Colleen. Lo siento –y lo sentía de veras. Sentía no ser lo bastante fuerte para aparcar su ira contra un hombre que no conocía, para ofrecerle su consuelo a Colleen.

Por el momento, ella tendría que conformarse con su disculpa. Hasta que se calmara y recuperara el control.

Nunca había estado tan enfadado. Pero no lo estaba con Colleen. Lo estaba consigo mismo.

Capítulo 10

COLLEEN se había preparado para la ira de Eamonn, sus gritos y recriminaciones. Pensaba que se lo merecía. De modo que estaba lista para todo eso, y más.

Cuando él confesó en voz alta que iba a besarla, ella casi se vino abajo, dispuesta a ceder a la necesidad de ser besada y abrazada, aunque sólo fuera un momento.

Pero ella no se lo merecía, no de Eamonn.

Hubo un momento, cuando él alzó la voz y preguntó cómo había sucedido y por qué no había llamado a la policía, en que ella pensó que era el comienzo del estallido de ira tan esperado.

Para lo que no se había preparado era para la tranquilidad mostrada por él. Ni para el vacío que quedó en la casa cuando se marchó tras dar un portazo.

Y para lo que de ninguna manera se había preparado era para la sensación de soledad que la invadió.

Había vuelto hacía tres días, ¿o eran cuatro? Ya no lo recordaba. Pero incluso mientras ella se dedicaba a evitar lo inevitable, al menos no había estado sola.

En ese momento sí lo estaba. Sola y vacía. Sin rastro de emociones. Sola con sus pensamientos.

¿Qué iba a pasar?

Inisfree era el único hogar que ella había conocido. Sólo se sentía en paz rodeada de caballos. ¿Iba a querer él que ella continuara allí? ¿Tenía ella siquiera el derecho a estar allí? Ella fue quien llevó el mal a la casa, y quien permaneció ciega y sorda mientras todo se derrumbaba a su alrededor.

Con esos pensamientos debería haber estado llorando. Pero no le quedaban lágrimas. No le quedaba nada.

Recorrió las habitaciones vacías y al final se sentó a la mesa de la cocina, con una taza de té. Se quedó allí, con la mirada en el vacío mientras el té se enfriaba.

Cuando él volvió era casi de madrugada.

Se quedó parado en la entrada mientras la miraba. Pero no dijo nada.

El silencio era abrumador, pero Colleen guardó silencio. Ya no

podía decir o hacer nada más. Le tocaba a él mover ficha.

Al final, él desvió la mirada de su rostro y entró en la cocina. Cerró la puerta y se dirigió al fregadero mientras le daba la espalda.

Colleen esperó, con la espalda recta y dolorida de estar en la misma postura.

–¿Llevas levantada toda la noche? –él cerró el grifo y se secó las manos.

–Sí –contestó ella.

–Tenemos que hablar un poco más sobre este asunto –dijo él tras respirar hondo y girarse.

–Sí –asintió ella mientras se concentraba en su taza de té frío.

Tras una pausa, él se bajó las mangas del jersey y se apoyó contra el lavabo mientras la miraba fijamente.

–Lo entenderé si decides que no quieres verme más aquí –Colleen sabía que él la estaba mirando, pero fue incapaz de levantar la vista–. Si quieres que me vaya, lo entenderé. Lo que hice...

–¿Lo que tú hiciste? –alzó la voz, incrédula–. Tú no hiciste nada.

El estallido la sorprendió y levantó la vista para mirarlo a los ojos. Tenía el ceño fruncido. Pero no como unas horas antes. Esta vez era de incredulidad. Colleen no conseguía entenderlo.

–Pero si ya te lo expliqué. Te dije que...

–Me dijiste que te habías enamorado de un perfecto cretino. Eso no fue culpa tuya. Como tampoco lo fue el infarto de mi padre.

¿Acaso no había escuchado ni una palabra de lo que ella había dicho?

–Pero yo traje a Adrian aquí, fue idea mía. Confié en él. Si no hubiese...

–Si no hubieses sido una persona de buen corazón que confía en los demás, ¿habrías descubierto la clase de persona que era?

Colleen lo miraba con los ojos muy abiertos.

–No fue culpa tuya –insistió Eamonn en un tono de voz más bajo.

–No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho –ella se levantó de la silla, contrariada.

–He escuchado cada una de tus palabras desde que volví a casa –respondió él, igualmente contrariado.

A Colleen no le quedaban lágrimas, de modo que su única salida era la ira. ¿Cómo podía decirle eso? ¿Cómo podía quedarse

ahí, tan tranquilo y no odiarla? ¡Debía ser alguna clase de cruel venganza! La ira era preferible a la comprensión. O a la simpatía.

–No, no me has escuchado. No puedo creer que seas tan estúpido. ¡Yo se lo permití! Creí en todo lo que me decía sin pensármelo dos veces. Si hubiera dedicado tan sólo cinco minutos a reflexionar sobre el tema, nunca habría permitido que sucediera. ¡Y por mi culpa, tu padre está muerto!

Eamonn se quedó quieto mientras ella le gritaba. Pero su gesto se hizo más sombrío y su mandíbula se volvió rígida. Sus ojos echaban chispas, pero sin asomo de ira o recriminación. De repente, se separó del fregadero y se acercó a ella con una mirada decidida.

Colleen dio un paso atrás, pero fue demasiado lenta. Él la sujetó por los brazos antes de que pudiera moverse.

Eamonn salvó la poca distancia que quedaba entre ellos y la rodeó por completo, dominándola con su estatura y su calor mientras acercaba su rostro al de ella.

–Ahora escúchame, Colleen McKenna, y escúchame bien. La única culpa que tienes en este asunto es la de dejar que tu corazón te impidiera ver sus defectos, porque sientes la necesidad de creer en la bondad de las personas. Pero me juego lo que quieras a que era todo un profesional. Jugó contigo, de principio a fin.

–Pero tu padre…

–Mi padre estaba mal del corazón. Habría sucedido en cualquier momento –le sujetó los brazos con más fuerza–. Esa semana de trabajo duro no tuvo nada que ver. Si de verdad nos parecíamos tanto, entenderás por qué lo hizo. No habrías podido impedírselo. Tenía que ser lo que él dijera. Y murió haciendo lo que más le gustaba hacer –tras mirarla a los ojos, la sujetó con menos fuerza–. No creo que nadie pueda pedir más.

Colleen lo miró sin aliento. ¿Por qué era tan indulgente? No lo entendía. Durante meses ella se había torturado por lo sucedido, sin apenas poder dormir mientras le daba vueltas a la cabeza. Se dedicó a trabajar sin descanso para intentar arreglar lo que había permitido que sucediera.

Había estado tan concentrada en su propia culpabilidad, y en la pérdida de alguien que lo había sido todo para ella desde la muerte de sus padres, que no lo había considerado desde otro punto de vista. De lo contrario se habría convertido en una víctima, y ella siempre se resistía a reconocerlo.

Y justo cuando pensaba que ya no le quedaban lágrimas, notó cómo afloraban a sus ojos. Pero no podía llorar delante de él. No

quería correr el riesgo de que le volviera a ofrecer su consuelo.

Lo único que le quedaba era su fuerza, y a él le sería muy fácil arrebatársela. Bastaría con una mirada, el roce de su mano o una palabra dicha con dulzura.

–Llevas meses preocupada por esto, ¿verdad? –él no había terminado aún–. Sin nadie con quien poder hablar mientras luchabas por sacar esto adelante.

Ella tragó con dificultad. No quería llorar.

Él dejó de sujetarla con fuerza y comenzó a acariciarla con los pulgares, mientras ella luchaba contra las lágrimas.

–Si yo no hubiese venido, habrías seguido igual hasta el momento de tener el bebé, y habrías vuelto a trabajar de inmediato, ¿verdad? Matándote a trabajar en lugar de dedicarte a tu bebé.

Colleen tenía que alejarse de él. Ya no podía luchar por más tiempo. Dolía demasiado.

–Pues eso se acabó –él insistía–. No le darás a ese hombre más de lo que ya se ha tomado. No te lo permitiré. De modo que ya puedes empezar a dejar de culparte a ti misma.

–No puedes... –ella intentó hablar en un tono normal mientras tragaba con dificultad.

–Sí puedo. Porque eres lo más parecido a mi familia. Y no me quedaré a ver cómo pagas una penitencia por algo que no has hecho.

–Eamonn... –ella susurró su nombre con dificultad, moviendo el pecho al ritmo de la respiración, muy cerca del suyo, mientras intentaba recuperar fuerzas para continuar.

En lugar de hacerla callar con palabras, él hizo lo único contra lo que ella no podía luchar. Lo único que la dejaría momentáneamente sin habla.

–Colleen, calla –él susurró las palabras con los labios pegados a su boca.

No fue un beso apasionado. Ella habría podido luchar contra la pasión. Y él seguramente lo sabía. Fue la dulzura de una boca firme contra unos labios suaves. Un beso que pretendía curar mil heridas.

Ella nunca imaginó que algo así pudiera, al mismo tiempo, partirle el alma.

Era un beso de consuelo. Aunque sólo duró un instante, iba a terminar con meses de dolor. Pero la partió en dos, porque ella anhelaba mucho más que un beso suyo.

Él la soltó mientras levantaba la cabeza y la miraba con ojos

brillantes.

–Después de todo lo que hiciste por papá todos estos años, lo menos que puedo hacer es ayudarte ahora. Te lo debo.

Él levantó la mano con los nudillos vueltos hacia el rostro de ella, pero justo cuando esos nudillos iban a acariciar sus mejillas, las mangas se le bajaron y ella vio las marcas rojas.

–¿Qué te ha pasado en la mano? –estaba tan pegada a su rostro, que tuvo que retirarse para verlo mejor.

–No tiene importancia.

–¡Sí que la tiene! –ella le sujetó la muñeca, giró la mano y le arremangó la camisa. Allí estaban, a lo largo de sus nudillos y el dorso de sus largos dedos. Heridas furiosas y abiertas.

–¿Qué has hecho, estúpido? –ella lo miró furiosa mientras agarraba la otra mano.

–Puede que descargara parte de mi ira en el cobertizo antes de darme un paseo para aclarar las ideas –él miraba las pequeñas manos que sujetaban sus muñecas.

–Por todos los... –Colleen soltó un juramento y tiró de él hacia el fregadero.

–No vuelvas a llamarme estúpido –dijo él mientras intentaba soltarse–. Ya has tenido suerte de haberte librado dos veces.

–Es que fue una estupidez hacerte eso en las manos –ella no lo soltó mientras lo miraba furiosa. Después, buscó algodón y un desinfectante en el armario de la cocina–. Descargar tu ira sobre los pobres sacos de pienso, cuando deberías...

–Ni se te ocurra pensar que debía haber entrado aquí y desahogarme contigo –él giró la mano y apresó la muñeca de ella.

El repentino giro la pilló desprevenida. Ella desvió la mirada de su rostro mientras se concentraba en sujetar la otra muñeca bajo el chorro de agua.

–¿De verdad pensaste que yo haría algo así? –su voz se hizo más dulce–. ¿Tan mala opinión tienes de mí? –continuó cuando ella negó con la cabeza.

–¡Pues espero que no! –Colleen nunca había pensado que él descargaría su ira sobre ella, al menos físicamente. Incluso el dulce beso, cuya sensación aún persistía en sus labios, hablaba de ternura, no de ira–. Estaba preparada para tu enfado.

–Nunca me enfadaría tanto.

–Lo sé –ella se obligó a mirarlo a los ojos para demostrarle que le creía–. Pero esto... no lo esperaba de ti.

Eamonn la observó mientras ella cambiaba de mano y seguía lavándole las heridas. Sonrió dulcemente, mientras estudiaba sus

movimientos. Al inclinarse hacia delante, el mechón rebelde se escapó de detrás de la oreja.

–Esperabas que te sermoneara, que te gritara y que te culpara tanto como ya te habías culpado tú misma, ¿verdad?

–Sí –ella se mordió el labio inferior antes de contestar.

–Supongo que no se aprende tanto de la personalidad de alguien simplemente leyendo unos recortes de periódicos durante años, ¿no crees?

Su pequeña burla la hizo sonreír. Y él respondió a esa sonrisa con una mirada tan intensa, que aceleró su corazón antes de que consiguiera desviar su mirada.

–¿No crees?

–De acuerdo –ella suspiró y asintió.

Tras un tenso silencio, Colleen se concentró en la tarea de desinfectar las heridas. Eamonn la dejó hacer hasta que ella le echó el desinfectante.

–¡Oye! Que eso duele, ¿sabes?

–No seas crío –ella sonrió.

–Vas a ser un demonio de madre –soltó un juramento cuando ella insistió. Retiró su mano y la miró–. Que Dios ayude al pobre crío si alguna vez se le mete algo en el ojo.

Ella se echó a reír. Eamonn sonrió y la sujetó por los hombros. Sentía que parte de la tensión se había roto.

–Eso está mejor. Si nos preparas una taza de té, hasta puede que te cuente lo que se me ha ocurrido para solucionarlo todo. Porque podemos hacerlo. Tú y yo. Juntos.

Capítulo 11

A LA HORA de la comida, ella ya no podía más, lógico tras todas las emociones experimentadas en veinticuatro horas, unido al hecho de que su patrón de sueño estaba completamente alterado.

Frente a una taza de té, Eamonn le había expuesto su plan, mientras intentaba mostrarse autoritario. Algo que Colleen apreciaba. Realmente. Pero al mismo tiempo, hacía mucho, muchísimo tiempo que nadie había sentido la necesidad de cuidarla. Y no estaba del todo segura de sentirse cómoda con que fuese él quien lo hiciera.

Sobre todo después del efímero beso.

A ella le costó mirarle a los ojos cuando él comenzó a hablar de nuevo, a pesar de las risas compartidas. Porque la vocecilla en su cabeza, vocecilla que ella había ignorado cuando Adrian estuvo allí, gritaba alto y claro. Era su señal de alarma. Y ella no estaba dispuesta a volver a ignorarla. Lo que le decía era que sus fantasías de adolescente no habían desaparecido del todo. Y cada vez que Eamonn se mostraba atento con ella, con cada aspecto de su personalidad revelado ante ella, crecía una fantasía de adulto. Y ésa no era una gran idea.

–Veamos –él se inclinó sobre la mesa con una mirada decidida–. Ahora vas a comer algo, y luego a dormir. Necesitas descansar.

–Pero pronto habrá que ir a los establos –protestó ella, aunque sabía que él tenía razón.

–Me da igual. Yo ayudaré a las chicas y me encargaré de todo –sonrió ante su mirada de incredulidad–. Soy un chico grande. Podré con ello.

Colleen no lo dudaba ni por un instante. Pero le parecía increíble que lo intentara. Y todo por ella.

–Debes dedicarte a cuidarte –señaló su barriga con el dedo índice–. Y a ese bebé. Ésa debe ser tu prioridad ahora. Yo puedo encargarme de lo demás.

–Pero las cuentas…

Él la volvió a interrumpir, algo que empezó a irritarla bastante. Más tarde, ella reconocería que era su manera de mantener el

control. Algo muy dulce. Más o menos. Y muy masculino.

–Eso pertenece a mi campo –él sonrió–. Eso es algo que puedo solucionar.

–No permitiré que pongas dinero –ella salió de su ensoñación–. Trabajaste muy duro para conseguirlo, y no estás hecho para este lugar.

Los ojos de él brillaron divertidos, irritándola profundamente. ¿Acaso la trataba como un bebé? ¿Era ésa su manera de encargarse de todo? Si tratarla como una cría que había cometido algunos errores inocentes, en lugar de como a una mujer que tendría que haber tenido más cuidado, era su manera de actuar, ella casi hubiese preferido su ira.

–Tú no deberías avalar este lugar después de que yo...

–No lo hago. Se basta por sí mismo. Este lugar tiene suficientes activos como para sacarse a sí mismo del apuro.

Y sin más le explicó su plan para que la propiedad volviese a levantarse.

Horas después, reclinada en la gran silla del despacho, mientras luchaba contra sus pesados párpados, Colleen seguía sin creerse que no se le hubiera ocurrido a ella antes.

Al principio ella pensó que él vendería los caballos. No es que le entusiasmaran precisamente. Y ella le había dejado claro que no podía venderlos. Sin caballos no había Inisfree. Ella se moriría si desaparecían.

–Por tentador que me resulte, cariño –él sonrió–, tengo mejores planes. Tus amigos de cuatro patas producirán más dinero con lo que tengo pensado.

Ella casi gritó cuando él la llamó «cariño», con suma arrogancia y sin dejar de observarla. Ella no era capaz de entenderle, ni de predecir su siguiente movimiento. Cuando ella esperaba que fuese a la izquierda, él giraba a la derecha. Era agotador.

–El día que llegué me llamó la atención la cantidad de casas nuevas que se están construyendo. Este lugar está despegando desde el punto de vista inmobiliario.

–Sí –Colleen asintió sin comprender adónde quería ir–. La mayoría son parejas jóvenes. Ahora estamos bien comunicados con Dublín, y resulta más barato comprarse una parcela de...

–Ésa es mi chica –él rió mientras ella hacía encajar las piezas–. Ahora hablamos el mismo idioma.

–Pero no podemos desprendernos de tantas tierras.

–No hace falta. Tres cuartos de acre, o un acre, no es gran cosa. Y con la tierra que linda con la carretera, y permiso para construir,

nos debería dar lo suficiente para sacarnos de apuros.

Eso era. Tan sencillo. Una salida.

Horas después, cuando Colleen hubo estudiado el asunto desde todos los ángulos, aún se preguntaba por qué no se le había ocurrido a ella antes.

Era tan sencillo que resultaba casi genial. Un par de acres no era nada si salvaba a Inisfree de su hundimiento.

Él había encontrado el modo de salvar la propiedad. De lograr que funcionara. Sólo había necesitado unas cuantas horas tras conocer el problema, mientras que ella llevaba meses a la espera de un milagro.

Se sentía completamente idiota.

Nunca se había considerado la clase de mujer que se apoyaba en un hombre para salir de apuros. Gracias a haber trabajado desde pequeña con caballos, había aprendido a ser organizada, eficiente, observadora... una chica que valía para todo.

Hasta que Adrian la dejó fuera de combate.

Había necesitado sentir una fe ciega por el hombre equivocado para averiguar que no era infalible, para minar su confianza. Pero ella había intentado salir adelante, un día tras otro.

En esa ocasión se trataba de otro hombre, uno por el que no sentía ninguna confianza, uno que le recordaba que debía haberse esforzado más. Un hombre que ponía a prueba su independencia cada día con su fuerza y consideración.

Sin saber por qué, aunque le gustaban sus atenciones, parte de ella lo odiaba por poner en evidencia su propia debilidad. Por tomar las riendas y corregir los errores que ella había cometido.

–Tendré que aprender sobre proyectos, cómo solicitarlos y demás –había sido su tímido intento de recuperar parte del control, de demostrarle que era capaz de hacer algo productivo una vez conocida la solución.

–No, eso es cosa mía –Eamonn negó con la cabeza mientras se cruzaba de brazos–. Ése es mi oficio. Y soy malditamente bueno. Ya te lo dije, ahora estás en mi terreno. Dedícate a cuidarte hasta que llegue el bebé. Volveremos a discutirlo cuando todo se haya calmado.

Ella debería haberse sentido aliviada por lo bien que él se tomaba las cosas. Además, había descargado su ira contra unos sacos de pienso y no contra ella. Ni siquiera le había recriminado nada, ni había aprovechado la oportunidad para echarla de Inisfree. Debería sentirse agradecida por todo ello, aunque nunca se libraría del todo de la sensación de culpa que tenía desde que

había regresado.

Por mucho que le costara admitirlo, ella quería ser mejor que él. Quería haber tomado mejores decisiones y tener un negocio boyante que mostrarle a Eamonn. Quería impresionarle. Sólo un poco.

En un mundo ideal, ella habría sido delgada, preciosa, triunfadora y segura de sí misma. Él la habría mirado y habría caído prendado de ella. Pero no podía ser.

Colleen suspiró y cerró los ojos un momento.

Lo cierto era que mientras que él había estado fuera, triunfando en su vida, ella había convertido la suya en un completo desastre.

Seguro que había alguna mujer elegante que le esperaba en Nueva York. Una mujer delgada, preciosa, triunfadora y segura de sí misma. Alguien contra quien Colleen ni siquiera se atrevería a competir.

Con una profunda respiración, ella volvió a abrir los ojos mientras se inclinaba hacia delante y continuaba con la lista de lo necesario para atender a los caballos.

Lo mejor era seguir adelante. No había ninguna posibilidad de que él viera algo en ella que no hubiera visto ya. Se había estado engañando a sí misma. Eso la destrozaba.

Eamonn la ayudaría a hacer lo necesario. Inisfree volvería a resurgir y, de paso, protegería su legado. A lo mejor con vistas al futuro. Sin embargo, él se volvería a marchar. Y ya no tendría ningún motivo para volver. Ella lo sabía desde el principio.

Colleen sabía que la situación era la que era. Eamonn hacía más de lo que ella hubiera esperado que hiciera.

–Si sale bien, Inisfree te devolverá todo lo que has gastado. Es lo justo –le había dicho ella mientras decidía no hacer nada por impedir que se marchara de nuevo.

–Ya veremos qué pasa durante los próximos meses –contestó él tras una breve pausa.

¿Meses? ¿En plural? Ella se quedó de una pieza.

–¿Qué pasa con tu trabajo en Nueva York?

–Para eso tengo un socio –consultó la hora en su reloj de pulsera–. Es demasiado pronto para llamarle ahora, lo intentaré más tarde. Estará bien. Pete lleva en esto más tiempo que yo. Y es un chico grande, más que yo. Podrá con ello.

De no haber sido por las soluciones aportadas por él, Colleen le hubiera recriminado por interrumpirla de nuevo cuando estaba a punto de protestar.

–Ya basta de charlas –dijo mientras la ayudaba a ponerse en pie–. Hora de que te vayas a la cama. ¿Cómo voy a trabajar contigo por aquí? –sin dejar de sujetarla por los codos, acercó su rostro al de ella–. Todo va a salir bien. Te lo prometo. Confía en mí.

Colleen lo miró con el corazón en un puño. Deseaba que la volviera a besar, sentir su boca sobre la suya. Deseaba tener el derecho a ello. Si no hubiera estado tan gorda por culpa del bebé de otro hombre, ella misma habría tomado la iniciativa. Habría hundido sus manos en la espesa cabellera de él para atraerlo hasta su boca. Sería como perderse en una versión más madura de sus fantasías de adolescente.

Pero lo que hizo en realidad fue asentir, desviar la mirada de sus cálidos ojos y soltarse de su agarre. Y en ese mismo momento y lugar se prometió a sí misma que se mataría a trabajar para que el negocio saliera adelante y él se pudiera marchar.

No podía dejar de recordarse que él se iba a marchar. No podía permitir que su corazón albergara de nuevo la esperanza de que no lo hiciera.

Capítulo 12

QUÉ ASPECTO tiene esa mujer?

–Bueno, para empezar –Eamonn suspiró mientras observaba a Colleen cepillar a un caballo en el patio–, seguramente es la mujer más testaruda que he conocido en mi vida. Por mucho que le digo que descanse, ella sigue adelante.

–¿Cuánto dices que le queda?

–Cuando vine aquí le faltaban un par de semanas para salir de cuentas, de modo que ya debe de estar a punto. Puede que incluso se haya pasado.

–Marcy se pasó con Shay, supongo que te acuerdas. Cada vez que sonaba el teléfono estaba a punto de darme un infarto.

En aquella ocasión, Eamonn se había burlado sin piedad de su socio. Pero, de repente, la situación no parecía tan divertida. Estaba a punto de volverse loco.

No era su hijo, y no tendría por qué estar preocupado, ni por qué vigilar cada paso que ella daba.

Pero no podía evitarlo.

–Lo que me recuerda –continuó Pete–, que le pregunté a Marcy sobre esos dolores que tenía Colleen y ella me dijo que seguramente eran las contracciones de Braxton Hicks. Es una especie de falso parto. Algunas mujeres las sufren, y otras no.

–Sí –asintió Eamonn–. El doctor lo mencionó, y yo lo estuve investigando.

–Tú y tus malditas investigaciones. Siempre trabajando en un proyecto.

–Ella no es un proyecto.

–De acuerdo, entonces, ¿qué es?

Ahí estaba. La pregunta del millón. Había hablado con Pete casi a diario desde que anunció que no volvería durante un tiempo. Y en cada conversación, Pete le había hecho preguntas acerca de Colleen. Una o dos en cada llamada, pero lo suficiente como para hacerse una buena idea del conjunto, y de lo que le había sucedido antes de que Eamonn volviera a casa.

Era cuestión de tiempo que la pregunta fuera de índole más personal.

Él volvió a suspirar. ¿Qué era ella?

–Ella es Colleen. Es de la familia, Pete –hizo una pausa mientras la observaba moverse alrededor del caballo, consciente de lo simplista de su respuesta–. Es cabezota, llena de vida y malditamente eficaz en su trabajo. Y me gustaría pensar que somos amigos. Eso es todo.

Pero eso ni siquiera se acercaba a la realidad, y Pete le conocía lo suficiente como para notarlo al otro lado de la línea. Sabía que hacía falta bastante más que eso para sujetar a Eamonn en un lugar. Sobre todo un lugar que había dejado tan atrás.

–¿Eso es todo?

–¿Qué quieres que te diga? –la pregunta de Pete le había irritado.

–Pues podrías empezar por admitir que es algo más que de la familia. Sería un comienzo. Porque ella no es de la familia. Y nunca te he oído hablar de una mujer como amiga. De modo que tiene que haber algo más. Eso, en el caso de que lo quieras admitir.

No lo había hecho. Pero las palabras de Pete le hicieron pensar. Formaba parte de los cometidos de Pete: ejercer de abogado del diablo. Así, Eamonn tenía más tiempo para pensar. Su amistad le había enseñado a contemplar los hechos cuidadosamente y con sinceridad. Verlo todo desde todos los ángulos.

Pero había olvidado hacerlo en el caso de Colleen.

Ella... ella se le había metido bajo la piel. Hacía que se confundiera.

Eamonn siempre había sido la clase de hombre que remaba a favor del viento. Tras asegurarse bien de cuál era el punto de destino.

Pero Colleen... Colleen le había hechizado hasta el punto de que ya no veía claro y no le quedaba más remedio que seguir sus instintos. En cierto modo era divertido.

A lo mejor se debía a que era la primera mujer que le impresionaba. Ella hacía que él quisiera hacer más, ser más, dar más y, por primera vez en su vida, intentar impresionar a alguien.

Él siempre había querido tener éxito en todo, demostrar de lo que era capaz a pesar del remordimiento de haber destrozado los sueños de su padre. Y había tenido éxito. Pero aquello era diferente.

En esos momentos no intentaba demostrar nada, ni hacer fortuna. Sólo intentaba ser mejor persona. Anteponer el bienestar de otra persona al suyo propio.

Pero ¿para qué? ¿Adónde le llevaría? ¿Qué sentido tenía, aparte de hacerle sentir mejor que la última vez que se marchó de allí?

–¿Sigues ahí? –la voz de Pete sonó en su oído–. ¿Estás reflexionando?

–Cállate, Pete.

–Esa chica te está afectando, amigo –sonó una carcajada–. Tengo que conocerla.

–Adiós, Pete.

–Bueno, todos caemos alguna vez –sonaron más risas–. Demasiado tiempo llevabas librándote.

–Voy a colgar –dijo Eamonn, mientras separaba el auricular de su cabeza.

–No te olvides de avisarme con tiempo para la boda...

–Te cuelgo. Adiós Pete, recuerdos a Marcy –colgó el teléfono con una sonrisa. Luego lo dejó sobre el mostrador y miró por la ventana.

¿Boda? ¡Ni pensarlo! Puede que ella le hubiera descolocado un poco, pero no lo había atrapado. Era más por curiosidad, incluso algo de celos, por la habilidad de ella para mostrarse tan firme ante la adversidad. Eso era todo.

La contempló unos minutos más mientras ella devolvía el caballo a la cuadra y sacaba otro para cepillarlo. Luego, sacudió la cabeza y salió a su encuentro.

No lo hizo por ningún motivo especial. Le apetecía y nada más.

–Vaya un modo de cuidarte. ¿Qué tengo que hacer? ¿Atarte?

–Me estoy cuidando –ella no se volvió hacia él, aunque sonrió–. Esto es pura terapia.

–¿En serio?

–Deberías probarlo –ella se giró ante el tono divertido de él y lo miró con sus brillantes ojos azules–. Adelante. A que no te atreves.

Él la miró a los ojos unos segundos y le devolvió la sonrisa. Últimamente se prodigaba mucho en sonrisas. Y no porque la encontrara divertida, aunque también.

–Me pones a prueba para evitar retirarte a descansar, ¿verdad, Colleen? No soy tonto.

–Y tú evitas el reto por culpa del enorme y terrorífico caballo –ella alzó la barbilla y arqueó una ceja–. ¿Verdad, Eamonn? Yo tampoco soy tonta.

–No, señora. Desde luego que no lo es.

–Adelante entonces –Colleen rió ante el acento afectadamente

americano de él mientras le ponía el cepillo en la mano.

El cepillo le resultó extraño tras tantos años. Pero todavía recordaba cómo utilizarlo. Sólo porque no le gustaran los animales tanto como a su padre o a Colleen no significaba que les tuviera miedo. Un cepillado no era para tanto, aunque no se resistía a devolverle la broma.

Contempló el cepillo, lo giró, ocultó una sonrisa, se acercó al caballo y lo pasó sobre el ancho cuello del animal.

–Cobardón –ella estaba junto a su hombro–. Así no. Así...

Ella alargó una mano y la colocó sobre la suya, apoyándola contra el cuello del caballo. Sus dedos se enroscaron sobre los de él y con el pulgar apoyado en su muñeca. Lo guió por la suave crin del caballo.

–Suave, pero firme –ella sonrió satisfecha, sin quitar la vista de las manos–. Y al final levantas el cepillo con un toquecito. Así.

Eamonn tenía la boca seca. Lo habían conseguido las palabras «suave, pero firme».

Ella lo miró de reojo y volvió a concentrarse en las manos mientras repetía el movimiento anterior. Le costaba tragar saliva.

–Así... Bueno, se estimula al caballo para que segregue grasa y tenga el pelo brillante e impermeable. El... –volvió a tragar saliva–, el pequeño toque al final sirve para eliminar el polvo.

–Sí, ya lo recuerdo –dijo él en voz baja y ronca cuando por fin recuperó el habla.

–Adelante –Colleen le soltó la mano y se retiró un poco–. Inténtalo tú solo.

–¿Tienes una almohaza? –él sonrió al observar la sospecha en la mirada de ella–. La necesito para limpiar el cepillo.

Ella se dio cuenta de que la había engañado y él soltó una carcajada al ver su mirada acusadora.

–Serás...

–Vamos, Colleen, no seas mala. Yo nunca dije que no recordara cómo hacerlo. Tú lo diste por hecho.

–Pues tú no me corregiste.

–No, no lo hice, ¿verdad?

Le divertía coquetear con Colleen. Hasta ese momento no había logrado atravesar su espinosa coraza exterior para poder intentarlo siquiera.

Desde su charla de madrugada, tras las revelaciones hechas, algo había cambiado en ella. Seguía siendo muy combativa y endemoniadamente terca, pero se mostraba más precavida con él. Y a Eamonn no le gustaba en absoluto. De modo que decidió

desarmarla a base de bromas, en lugar de provocar otra escenita.

Además, lo último que necesitaba ella era otra discusión emotiva. Se había informado.

Al investigar las contracciones Braxton Hicks, había averiguado muchas cosas sobre la hipertensión y la preeclampsia. Y Eamonn sabía que eso era malo.

Si le gastaba bromas, si reía con ella, flirteaba con ella, la ayudaría a relajarse. Y eso mantendría su presión arterial baja.

Bien por él. Era todo un tío. En serio.

Porque no tenía nada que ver con el hecho de que le encantara escuchar su risa musical, adorara el brillo de sus ojos cuando lo miraban. Le encantaba el hecho de que, a su lado, reía y sonreía más de lo que había hecho en años.

Pero la sonrisa de ella de repente se desvaneció y se puso tensa. Inclinada sobre la caja en la que buscaba la almohaza, ella colocó una mano sobre el pecho y torció el gesto.

–¿Qué sucede? –Eamonn arrojó el cepillo y la sujetó por un codo–. ¿Más Braxton Hicks?

Él la había obligado a leer los artículos que había encontrado. Había insistido en que ella entendiera por qué se empeñaba tanto en que descansara. Aunque al principio no fuera más que su manera de justificarse: intentaba ayudarla a relajarse.

–Al principio creía que sí –ella mascullaba entre dientes–. Pero ahora no estoy tan segura.

–¿Qué? –él se quedó helado–. ¿Qué quiere decir «al principio»?

–Llevo así todo el día –ella respiró con dificultad mientras lo miraba y sonreía con tristeza–. Va y viene.

–Va y viene... ¿con qué frecuencia? –él estaba tenso–. ¿Y a qué intervalos, exactamente?

–Más o menos –ella se irguió cuando el dolor remitió, y lo miró a los ojos–, diría que cada diez minutos.

Capítulo 13

EAMONN tocó el claxon con fuerza cuando un conductor hizo ademán de adelantarle y soltó un furioso juramento.

–No es culpa del pobre hombre –Colleen, sentada en el asiento del acompañante, sonrió al terminarse otra dolorosa contracción.

–Desde luego que no lo es. *Él* no esperó hasta que sus contracciones fueran cada diez minutos para comentárselo a alguien, ¿verdad?

–Al principio no tenía ni idea de que fueran contracciones, y ya te he prometido no dar a luz en tu coche alquilado.

–Ja, ja –él rió sarcásticamente mientras la miraba, furioso–. Puede que al principio no lo supieras, Colleen McKenna, pero después de seis horas así, ¡no me digas que no tenías ni maldita idea! Y sabes de sobra lo lejos que estamos del hospital. Pero, por si acaso no lo recuerdas, te refrescaré la memoria: ¡sesenta y cuatro kilómetros! Seis, cuatro.

–Bueno, leí en alguna parte que los partos primerizos pueden durar días –le ardían las mejillas y lo miró con furia por su regañina–, de modo que decidí que si estaba de parto, reduciría así el tiempo que pasaría en el hospital.

–Ni te atrevas a utilizar toda la información que te di como excusa –él separó una mano del volante y la señaló con un dedo acusador–. Sería culpa mía si al final das a luz en este coche alquilado, y no acepto esa responsabilidad.

–De acuerdo, si doy a luz aquí, después lo limpiaré todo. ¿Contento?

–Ni te atrevas –él la miró furioso cuando el tráfico se paró. Tenía la mandíbula apretada mientras miraba sus ojos desafiantes y su obstinada barbilla.

Aunque disimulaba bien, Colleen notó el breve destello de pánico en sus ojos.

Ella atribuía tanta intimidad a los días que llevaban juntos. Además era divertido. Hombres.

–Tú no eres quien va a dar a luz. Limítate a conducir –ella hizo una mueca.

–Ya me gustaría –él ladeó la cabeza–. ¡Pero no fui yo quien

decidió ponerse de parto en plena hora punta!

–¡Dios mío! –la carcajada de ella se cortó en seco por culpa de otra oleada de intenso dolor que la hizo gemir y agarrarse al asiento.

Eamonn soltó otro juramento.

Colleen volvió a gemir.

–Aguanta, cariño, aguanta –él desvió la mirada de las luces del tráfico y alargó una mano hacia la de ella, sujetándola con fuerza–. Ya casi hemos llegado. Respira.

–Estoy respirando –ella lo miró furiosa mientras apretaba los dientes–. ¡Si me pongo azul, sabrás que he dejado de hacerlo!

–Ya sé que duele –dijo él en voz baja con una mirada de angustia.

–¡No, no lo sabes! –ella se aferró con más fuerza a su mano mientras intentaba no gritar–. ¡No tienes ni idea!

–Casi hemos llegado –el semáforo cambió y él soltó su mano para cambiar de marcha.

–No me engañes.

Tardaron lo que para ella fueron los diez minutos más largos de su vida en llegar al hospital. Antes de que pudiera recuperarse de otra contracción, Eamonn había saltado del coche y abierto la puerta del acompañante. Ella intentó evitar que la sujetara, pero él reaccionó airado.

–¡Deja que te ayude! Ya hemos llegado, pero todavía tenemos que ir al ala de maternidad.

–No quiero tu ayuda.

–Sí que la quieres. Y aunque no la quisieras, la vas a recibir –él la había agarrado de una mano y tenía la otra apoyada en su zona lumbar mientras la guiaba por el aparcamiento.

En aquel momento, ella lo odiaba. Lo odiaba por tener razón. Lo odiaba por preocuparse tanto. Lo odiaba sobre todo por no ser el padre. ¡Le hubiera castigado dando a luz en ese coche!

De no haber sido por la esperanza de recibir alguna medicación que calmara su dolor, lo habría hecho. Sólo por vengarse de él por haberle roto otro pedacito de su corazón. ¡Señor! Si él hubiera sido el padre de ese bebé, a su hijo nunca le faltaría de nada. Era la clase de hombre que permanecería a su lado, que ofrecería su apoyo y protección y una mano firme. ¡No era justo!

Cuando por fin llegaron a admisión, ella agarraba la mano de él como un salvavidas. Como si pudiera absorber parte de su fuerza por ósmosis, para aguantar lo que aún faltaba por venir. Iba a necesitar esa fuerza. De repente se sintió completamente

paralizada de terror.

Él la ayudó a sentarse en una silla de ruedas que trajo un celador, y durante todo el tiempo mantuvo un tono de voz calmado y relajante.

Ya en el ascensor, Colleen no pudo evitar las lágrimas. Porque ella sabía que no habría podido llegar hasta allí sin él.

Cuando Eamonn se dio cuenta de su llanto se le encogió el corazón. Se sentía de nuevo desvalido, perdido. Lo que le sucedía a ella escapaba de su control, y eso lo mataba. Si hubiera habido algún modo de evitarle ese sufrimiento, de facilitarle las cosas...

Dudó un segundo antes de soltar una mano de la silla de ruedas para tocarla, como si pudiera eliminar parte de su dolor con la imposición de su mano.

Al tocarle el cuello, ella se relajó y sus hombros cayeron. Luego inclinó su rostro hacia la mano de él, que acarició su mejilla hasta que ella le agarró la mano.

Se quedaron así hasta que el ascensor se paró y las puertas se abrieron.

Segundos después, una enfermera y una comadrona se hicieron cargo de la silla de ruedas para llevar a Colleen, marcha atrás, hacia el paritorio.

–Podemos proporcionarle una bata para el paritorio –una de las enfermeras sonrió a Eamonn–. En cuanto la hayamos instalado.

Eamonn y Colleen se miraron y contestaron casi al unísono.

–En realidad yo no soy...

–No. Él no va a entrar...

Se miraron y sonrieron.

–De acuerdo. No pasa nada –la enfermera les devolvió la sonrisa–. Pero siempre preguntamos. No todo el mundo quiere pasar. Hay una sala de espera por el pasillo a la izquierda. Ya le informaremos cuando todo haya acabado.

Sin embargo, Eamonn no prestaba atención a sus indicaciones. Miraba a Colleen. Las puertas se abrieron tras ella mientras seguían tirando de la silla, y él notaba el pecho encogido y le costaba respirar.

Ella lo miró a los ojos y le dedicó una sonrisa.

–No me moveré de aquí –dijo él en apenas un susurro.

Colleen tampoco podía hablar. Asintió en silencio mientras intentaba reprimir sus lágrimas.

–Estarás bien, cariño. Sabes que estarás bien –dijo Eamonn mientras la enfermera se alejaba aún más con Colleen.

Ella tragó con dificultad y volvió a asentir. Intentó decir algo,

pero no pudo. Sólo consiguió vocalizar un silencioso *gracias*.

Mientras las puertas se cerraron, ella supo que su agradecimiento no era únicamente por llevarla a tiempo al hospital.

–¿Señor McKenna?

Eamonn miraba a través de las persianas, pero su mente estaba a miles de kilómetros de distancia. O mejor dicho, al otro lado del pasillo.

Había pensado que, al esperar tanto para ir al hospital, no tardaría demasiado después. Pero llevaba horas allí. Y cuanto más esperaba, peor se sentía. Las cuatro enfermeras a las que había preguntado hasta ese momento habían dicho que estaba bien. Pero ¿y si algo iba mal? ¿Y si había complicaciones y no habían llegado a tiempo al hospital?

Si algo le sucedía a Colleen o al bebé, él no se lo perdonaría jamás...

–¿Señor McKenna? –la mano en el hombro le sacó de sus pensamientos y dio un brinco, mientras miraba aturdido, sin ser consciente de que se había equivocado de apellido.

–¿Colleen? –ésa era su única preocupación mientras miraba a la chica vestida de enfermera, que no parecía tener la edad suficiente como para saber lo que hacía.

–Ella está bien. Ahora duerme –la enfermera sonrió–. Ha sido un parto difícil.

La mano de la enfermera pasó de su hombro al codo y él se dejó guiar, medio aturdido, hasta la sala de espera al otro lado del pasillo, mientras la chica no dejaba de charlar.

–Resulta que es un bebé bastante grande. Y no quería salir, según la comadrona. Pero están muy bien, no se preocupe. Aunque yo diría que su esposa dormirá unas cuantas horas.

Eamonn todavía no había asimilado las palabras «parto difícil» y «bebé bastante grande», mientras la enfermera lo guiaba a través de una puerta. De modo que las palabras «su esposa», no alcanzaron su cerebro hasta que ella le soltó el brazo y se adelantó.

Sacudió la cabeza y abrió la boca para corregir el error. Pero de nuevo se quedó sin habla cuando la enfermera se giró hacia él.

–Es preciosa, ¿verdad? –en sus brazos llevaba un montón de sábanas. Sábanas rosas. Se acercó a él mientras le entregaba al bebé.

Eamonn ya había sujetado antes otros bebés. Al menos los bebés de Pete. Su padre se los había lanzado a los brazos mientras le informaba del buen entrenamiento que sería para cuando le llegara su hora. De modo que sabía cómo sujetarla, cómo proteger su cabecita mientras la acercaba a su pecho. Un pecho en el que el corazón martilleaba fuerte y erráticamente.

Lo que no sabía era lo que le haría sentir.

Porque en el instante en que tocó su pecho, ella pestañeó y abrió los ojos. Unos ojos perfectos e increíblemente azules como los de su madre.

Todo se paró. Su respiración. Su corazón.

–Hola –consiguió decir tras suspirar cuando todo se puso en marcha de nuevo.

Ella volvió a pestañear, movió su boquita y le enseñó la punta de la lengua. Eamonn rió suavemente.

Fue un momento mágico. El más perfecto que hubiera vivido jamás. Tenía en sus brazos al bebé de Colleen.

Una muerte lo había llevado a su casa. Y ahora sujetaba una nueva vida entre sus brazos. El ciclo de la vida en un microcosmos.

–Desde luego se le da un aire –la enfermera apartó la sábana, sonrió, miró a Eamonn y de nuevo al bebé–. Sobre todo la boquita. Enhorabuena. Volveré en unos minutos –dijo mientras él seguía ensimismado–. Así tendrán tiempo para conocerse. Si su esposa está despierta, volveré a buscarles a los dos. Pero lo dudo.

Mientras la enfermera se alejaba, Eamonn sintió una punzada de culpabilidad por no sacarla de su error. Tenía que haberlo hecho. Era normal que se hubiera equivocado, pero él no era el padre de ese precioso bebé. Aunque, durante un breve momento, deseó serlo.

Pero él sabía, mientras ella seguía mirándolo, que siempre estaría allí para ella. Si necesitaba algo, él se aseguraría de que lo tuviera. Si necesitaba su ayuda, él embarcaría en el primer avión. No sabía por qué se sentía así, y no quería saberlo. Era lo que había, sin más. Estuviera la madre de acuerdo o no.

Mientras se lo explicaba en voz baja al bebé, la enfermera reapareció.

–Lo siento. Está despierta y quiere ver al bebé. Le dije que vendría a buscarles a los dos.

–¿Puedo llevarla yo?

–Bueno –la enfermera sonrió–. Se supone que no debemos dejarle hacerlo. Deben ir en la cuna –ella se echó hacia atrás y

adoptó un tono de voz más misterioso–. Pero su habitación está ahí mismo.

Colleen estaba agotada, emocional y físicamente. Nunca se había sentido tan exhausta. Ella supuso que ésa fue la causa de las lágrimas que brotaron cuando vio entrar a Eamonn en la habitación con su hija en brazos. Sus sueños de adolescente reaparecieron en un instante.

Él se quedó en la puerta con el bebé en brazos y le sonrió con ojos brillantes. Era la visión más bella y a la vez desgarradora que Colleen hubiera visto jamás.

Si él fuera...

–Hola, mami –su voz sonaba ronca mientras se acercaba hasta la cama sin dejar de mirarla–. Encontré este bebé en el pasillo y pensé que a lo mejor te gustaría.

–La cigüeña no la trajo –Colleen consiguió sonreír a través de sus lágrimas–. De eso doy fe.

Eamonn se acercó y, suavemente, depositó al bebé en los brazos de ella. Luego se sentó en el borde de la cama mientras miraba a las dos, apartando la sábana para ver el diminuto rostro.

Tras asegurarse de que su hija estaba cómoda, Colleen levantó la mirada hacia Eamonn. Él miraba al bebé con admiración, casi reverencia. Cuando sus miradas se cruzaron, él sonrió.

Para Colleen fue demasiado. Mientras miraba a su bebé, emocionada por el vínculo que sentía con ella, también era profundamente consciente del largo dedo sobre la sábana, el dedo de un hombre que contemplaba a su hija con la misma emoción.

Él la miró de nuevo a los ojos y ella intentó reprimir sus lágrimas. Pero esta vez eran demasiadas. Un maldito torrente.

Pero la emoción aumentó todavía más cuando él acercó su otra mano para acariciar su mejilla antes de enroscar los dedos alrededor de su cuello y sus cabellos y de acercar su rostro para depositar un tierno beso sobre su frente.

–Eres increíble –dijo él mientras apoyaba su frente contra la de ella.

–No, no lo soy –Colleen tragó con dificultad–. Millones de mujeres dan a luz cada día.

–Pero ellas no son tú.

Aquello tenía que parar. Ella estaba demasiado cansada para luchar contra él, o con él. Y ahora tendría otro doloroso recuerdo para añadir a su colección después de que él se marchara.

Ella se separó de él y volvió a concentrarse en su bebé. Al menos eso lo haría bien. Inundaría a su preciosa hija de todo el

amor y los cuidados que pudiera necesitar. Durante el embarazo se sintió preocupada ante la duda de poder sacarla adelante ella sola. En esos momentos sabía que lo haría.

A pesar de que no le hubiera dado un padre que la mirara como hacía Eamonn Murphy.

Ese bebé nunca pagaría los errores cometidos por su madre antes de su nacimiento. Era un nuevo comienzo. Tenía que serlo.

–¿Cómo la vas a llamar?

–Evelyn –ella sonrió y se enjugó las lágrimas–. Significa «vida».

–Es perfecto –Eamonn asintió, satisfecho–. Ella es perfecta.

Colleen respiró hondo. Era el primer día del resto de sus vidas. Del resto de las vidas de Evelyn y de ella.

Lo primero que iba a hacer era hacerle saber a Eamonn que estarían bien. No hacía falta que se quedara más tiempo.

–Debes de estar agotado –ella sonrió y contempló los oscuros rizos mientras él no quitaba ojo de su bebé.

–Un poco –él la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa que acabó con su determinación durante unos segundos–. Pero no tanto como tú.

–Deberías volver –ella asintió–. Ahora estamos bien. Gracias, Eamonn.

La luz se apagó en los ojos color avellana. Durante un instante pareció dolido. Pero eso no podía ser. ¿Por qué iba a sentirse dolido? Ella no lo rechazaba. Porque para poder sentirse rechazado él tendría que sentir por ella algo más que amistad o compañerismo. Y eso era lo único que tenían.

–Has estado genial –añadió ella–. Nunca olvidaré lo que has hecho por nosotras.

–No hay de qué –él entornó lo ojos ligeramente antes de volver a contemplar a Evelyn.

Colleen no dejó de sonreír cuando él repasó la habitación con la mirada. Ni siquiera cuando frunció ligeramente el ceño.

–Te veré por la mañana –dijo él en un tono de voz frío y formal.

–Seguramente dormiré casi toda la mañana.

–Entonces vendré después de comer –sus ojos volvieron a posarse en su rostro, y después en Evelyn, que dormía, antes de dirigirse hacia la puerta–. Llámame si necesitas que te traiga algo.

Y, sin más, se marchó. Sin saber que se llevaba con él un pedazo del corazón de Colleen.

Si él fuera…

Capítulo 14

EL HOSPITAL tardó varios días en darle el alta a Colleen y a su bebé. Le siguieron unos días de encuentros fugaces entre Colleen y Eamonn, en la cocina o el pasillo, mientras ella se ajustaba a los horarios del bebé. Y algunos más antes de que volviera a comer a las horas habituales.

Para entonces, Eamonn estaba más que harto de la actitud que ella mostraba hacia él.

Al principio, había sido paciente con ella, consciente de que tenía que darle tiempo. Acababa de tener un bebé y no se le ocurría una experiencia que pudiera cambiar la vida más que eso. Implicaba reajustes, dudas, puro terror. Y ella se mostraba agotada y muy sensible.

De modo que la había dejado tranquila y había trabajado más en las cuadras para que ella tuviera un motivo menos de preocupación. Se había encargado de los pequeños detalles, algo que le frustraba sobremanera, porque quería hacer grandes cosas para ella. Pero de momento tendría que bastar, porque ella no le permitía hacer más.

Pasados diez días ya no aguantaba más. Su frustración se había convertido en ira porque no tenía ni idea de qué hacía mal. No sabía por qué Colleen le había cerrado la puerta, no sólo de su vida, también de la de Evelyn.

Se empezaba a volver loco.

Colleen se mostraba educada, tanto como era posible. Decía «gracias» y «por favor» y evitaba mantener conversaciones profundas. Todo ello con mucha amabilidad.

Educadamente, ella le preguntaba cómo iban las cosas, educadamente discutía lo que se necesitaba hacer, educadamente le enviaba con instrucciones para los mozos de cuadra.

Incluso hablaba sobre el tiempo de vez en cuando. Con la misma amabilidad con que le hablaría a un completo extraño.

Pero jamás participaba en una conversación más íntima, ni se quedaba sola con él en una habitación más de cinco o diez minutos. No le permitía estar más de unos segundos cerca de Evelyn, antes de llevársela a la otra punta de la casa.

Cualquier atisbo de la incipiente amistad que él creía que había surgido entre ellos antes del nacimiento de Evelyn no parecía ser más que producto de su imaginación. Y lo echaba de menos. Echaba de menos su risa, esa testaruda inclinación de su barbilla cada vez que él se metía con ella o discutían. Echaba de menos sus conversaciones. Y, por mucho que se decía a sí mismo que no debía importarle lo más mínimo, le importaba.

Tras la segunda semana en casa después del parto, Eamonn pensó que ya había mostrado bastante paciencia. Sobre todo cuando la encontró dormida sobre el plato de comida.

–Deberías procurar dormir mientras Evie lo haga –Eamonn estaba al otro lado de la cocina y estudiaba su reacción con los ojos entornados.

–Tengo un montón de cosas que hacer –Colleen se mesó los cabellos y parpadeó para intentar enfocar–, además, si ella se despierta...

–Puedo ir yo.

–No, está bien –dijo ella tras unos segundos de reflexión que enfurecieron a Eamonn–, de verdad. Yo la cuidaré. Al menos, mientras me ocupo del papeleo, puedo oírla.

–No voy a romperla, ¿sabes? –supuso que era una preocupación lógica en una madre primeriza.

–Ya lo sé.

–Y a pesar de lo que piensas, sé cómo tratar a un bebé. Pete tiene dos, de los cuales soy el padrino. Sé lo que hago.

–Gracias –ella lo miró antes de abrir la boca para dejar salir otra educada contestación–. Te lo agradezco, pero estoy bien. Sólo necesitamos acostumbrarnos a una rutina. Eso es todo.

–Y seguro que lo harás cuando al final caigas rendida de agotamiento y ni siquiera la oigas –Eamonn la miró con los brazos cruzados mientras ladeaba la cabeza de impaciencia.

–Duermo por las noches –dijo ella tras una larga pausa–. Puedo cuidar de mi propio bebé.

–Ya. Pero resulta que no duermes por las noches, ¿verdad? ¿Cuántas veces lloró anoche? ¿Cuatro? Eso significa que apenas duermes un par de horas del tirón. Y sé que aún te resientes. No me digas que no. Necesitas dormir.

Ella le dedicó una sonrisa asquerosamente educada. Falsa.

–Agradezco tu preocupación, pero...

–¡Quieres dejar de ser tan malditamente educada! –él se separó de la encimera mientras ella se levantaba para recoger el plato, con una expresión que le convenció de que todavía se resentía del

parto–. ¿Te importaría explicarme qué he hecho yo?

Sin mirarle, ella vació el plato, lo lavó y lo dejó sobre el escurridor, y todo mientras luchaba por mantener la calma. La estaba matando. Pero no tenía elección. Si no se centraba en mostrarse educada, en guardar la compostura, se vendría abajo. Estaba tan cansada. Y no sólo por cuidar de Evelyn. Gran parte de su agotamiento se debía a tener que estar siempre alerta, pendiente de dónde se encontrara Eamonn, de su manera de moverse, de mirarla. Ella sentía la necesidad de mantener una distancia de seguridad entre ellos.

–No has hecho nada malo. No seas tonto –ella hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y se giró hacia él con una sonrisa. Le costó todo un esfuerzo, y no sólo por lo cansada que estaba, o por la sensación de vivir dentro de un cuerpo que no era el suyo. Tenía mucho más que ver con la manera en que Eamonn la miraba.

Sus ojos color avellana entreabiertos, sus labios apretados y todo su cuerpo, indicaban que estaba decidido a hacerle hablar.

Desde que Eamonn entró en la habitación del hospital con Evelyn en brazos, ella supo que era demasiado. No sólo por Eamonn, sino por cómo se sentía ella cuando estaba a su lado. Y eso era lo que le ponía nerviosa.

A lo mejor era algo innato en las madres primerizas, una especie de radar que la hacía ser más consciente de todo lo que sucedía cerca de su bebé. En otros tiempos, seguro que era un mecanismo de defensa contra los depredadores.

Mientras Eamonn se acercaba peligrosamente a ella, Colleen pensó que seguía siendo el mismo mecanismo.

–¿Qué sucede?

–Nada –ella recogió un mechón de pelo tras la oreja mientras buscaba desesperadamente una explicación razonable a la vez que uno de sus sentidos estaba abrumado por el aroma que él desprendía–. Puede que esté un poco cansada –tragó saliva–, pero de verdad que no hay...

–Sí que hay. Y sé que estás algo más que un poco cansada. De modo que ¿por qué no me dejas ayudarte?

Ella volvió a tragar saliva, incapaz de sostener su mirada. Clavó sus ojos en la base del cuello y percibió un atisbo de vello oscuro que no había notado antes, donde latía un pulso que tampoco había notado antes.

Antes, ella había estado embarazada. Y aunque todavía no había recuperado del todo su figura, se parecía bastante a lo que

había sido, lo que significaba que sus cuerpos estaban más cerca de lo que habían estado jamás. Y eso le hacía centrarse en la idea de poner más distancia entre ellos de lo que había hecho nunca.

Sus doloridos pechos y las molestias que aún sentía, le recordaron que no estaba en forma para hacer nada con él, ni contra él.

–Es que necesito hacer las cosas yo misma –sólo tenía la opción de hablar con él–. No puedo depender eternamente de tu ayuda, porque eso sería...

–¿Confiar en alguien de nuevo? ¿Pensar que yo podría ser tu amigo?

A ella le molestó la voz ronca de él, que añadía intimidad a su conversación. Una intimidad que ella intentaba evitar a toda costa.

–No es cuestión de confianza...

–¿De qué, entonces? ¿Tienes miedo de que no sepa cuidar de Evie?

–Se llama Evelyn –ella lo miró, furiosa, a los ojos–. Y si dejaras de interrumpirme todo el tiempo, a lo mejor podría hablar contigo.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa. Pero no fue una de las sonrisas tiernas y casi afectivas que le había dedicado antes del nacimiento de Evelyn. Era una sonrisa mitad condescendiente, mitad sarcástica que la enfureció aún más.

–Porque últimamente has sentido una gran necesidad de hablar conmigo, ¿verdad? –dijo él.

–¡Para ya! He hablado mucho contigo últimamente, y lo sabes. Hemos hablado sobre la agenda, y las cuadras, y...

–De todo salvo de lo que te molesta desde que volviste del hospital.

–¡Deja de interrumpirme! –Colleen golpeó el suelo de la cocina con el pie–. Llevas haciéndolo semanas, y eso sí que me molesta.

–¿En serio? –dijo él mientras se acercaba a ella y la acorralaba contra el fregadero, pero sin tocarla apenas.

Porque él sabía que ella seguía con molestias tras el parto. Y, aunque estaba enfadado, seguía mostrándose atento con ella.

Y eso era lo peor. Porque Colleen se sentía rodeada por él, superada por él, abrumada por la sensibilidad que mostraba hacia sus necesidades.

Sus tensos y doloridos pechos subían y bajaban al ritmo de la agitada respiración. Su corazón martilleaba en los oídos, haciendo que se sorprendiera del sonido de su propia voz.

–¿Y qué podría ser si no? –¿de dónde había salido ese toque de

sensualidad? ¿Por qué se había transformado su ira en frustración y, que Dios la ayudara, en deseo?

Era como si mantener las distancias hubiera hecho que le deseara más, de un modo perverso. Pero su cuerpo ya no aguantaba más. Por lo menos aún no.

Ella levantó las manos y las apoyó en el pecho de él, y empujó. Fuerte. Fue su primer error.

Porque las manos de él apresaron las suyas y separó los pies para que ella no lo desequilibrara al empujarlo. Sus largos dedos levantaron esas manos y se entrelazaron con ellas. Por último, acercó su rostro, ladeándolo de tal modo que su ardiente aliento le acarició las mejillas.

–Podría ser que estuvieras enfadada conmigo por otra causa, y que intentes alejarme de ti. Pero no quieres alejarme de ti. Estás luchando contra ti misma. Y eso te enfurece aún más.

–O puede que esté enfadada contigo porque no paras de intentar pisotearme –el hecho de que él se acercara tanto a la verdad la enfureció aún más–. Porque tienes que ser tú quien mande. Tienes que ser tú quien domine, porque eres el hombre y yo la mujer. A lo mejor es la manera que tienes de arreglar lo que sucedió cuando no estabas aquí. Antes, no tenías control alguno sobre lo que sucedía aquí, de modo que ahora estás compensándolo al encargarte de todo –los ojos de él emitían destellos dorados. Colleen debería haber advertido la señal de peligro, pero siguió adelante. Segundo error–. Si es alguna manera inconsciente de castigarme, aunque afirmes haber comprendido...

Eamonn le hizo callar del único modo que podía. Tiró de sus manos para que su cuerpo se pegara al de él. Después, mientras ella abría la boca, sorprendida, él posó la suya sobre la de ella y la empujó hacia atrás hasta que quedó apresada entre su firme cuerpo y el fregadero.

El primer beso había sido suave y dulce. El recuerdo aún persistía en su memoria, pero el segundo fue completamente distinto.

Podría ser un beso surgido de la ira, pero reflejaba mucha frustración. Al menos por parte de él. Desde que había vuelto a casa, ella se le había metido bajo la piel, ocupado sus pensamientos, volviéndole del revés. Cuando había tenido a su bebé en brazos por primera, y única, vez, se había sentido conectado con Colleen como jamás se había sentido con otra mujer. Como si, de algún modo, Evie se hubiera convertido, en parte, en algo suyo.

Y luego le había echado, le había mantenido alejado, le había hecho tragar la amarga píldora de la educación...

Le volvía loco.

Había hecho que Colleen pagara por ello en los primeros instantes del beso. Con los labios como única arma, había recorrido la boca de ella en rápidos y duros movimientos que no pedían, sino que exigían, que ella se rindiera. Que dejara de luchar contra él.

Durante un instante ella se quedó helada y le dejó hacer. Dejó que él exigiera sin la más mínima queja o protesta. Pero cuando él separó su boca para cambiar de posición, ella levantó la suya y buscó la de él. Y la encontró, siguiendo cada movimiento, cada caricia. Fue la señal para que él suavizara el beso, para que lo convirtiera en algo más que en un castigo.

El ritmo cambió. Y fue entonces cuando Eamonn soltó sus manos y la rodeó con sus brazos, mientras la sujetaba tiernamente y sus respiraciones entrecortadas llenaban el silencio de la habitación. Su lengua recorrió su boca, y ella le ofreció la suya, se encontraron a medio camino, y bailaron.

Pero cuando él acarició su espalda por debajo de la camiseta, tocando su piel, ella dio un respingo y se quedó helada.

Eamonn supo enseguida que había ido demasiado lejos, demasiado deprisa. No quería hacerle daño y sabía que era demasiado pronto para pedirle nada a su cuerpo, a pesar de lo que su propio cuerpo le pedía en ese momento. Y se maldijo en silencio por su estupidez.

–Para –dijo ella con la boca presionada contra la de él, con los ojos aún cerrados y mientras rezaba para que él lo hiciera. Porque si continuaba, no estaba segura de tener la fuerza suficiente para evitar que la besara de nuevo. Y la necesidad no podía compensar la fragilidad de su cuerpo. Como de costumbre, su sentido del tiempo era nefasto.

Él paró. Sus dedos se deslizaron por la espalda y luego se separó de ella. Dio un paso atrás, mientras contemplaba su rostro y esperaba a que abriera los ojos. Fue la espera más larga de su vida. Quería tener el derecho a abrazarla, a consolarla con su voz, sus labios y sus caricias hasta que ella lograra confiar en él. Quería que ella le volviera a dejar entrar por la puerta que le había cerrado.

Él no recordaba haber deseado tanto ninguna otra cosa.

Sus ojos recorrieron el rostro de ella, sus pestañas, sus mejillas sonrojadas, sus labios inflamados, el movimiento ascendente y

descendente de su pecho. Hasta que al final ya no aguantó más.

–Colleen...

–No –ella abrió los ojos y lo miró–. No. Esta vez soy yo quien interrumpe. Porque esto no tiene sentido, y lo sabes tan bien como yo. No vamos a llegar a ninguna parte. Aunque mi cuerpo estuviera dispuesto, que no lo está.

Eamonn frunció el ceño ante su razonamiento.

–No sirve de nada que me acostumbre a tenerte por aquí –ella respiró hondo y continuó–, que aprenda a apoyarme en ti, o que confíe en que tú cargarás con el peso de todo cuando te necesite. O... o cualquier otra cosa.

Su duda antes de pronunciar «cualquier otra cosa», hizo sonreír a Eamonn. El hecho de que hubiera dudado, de que hubiera hablado con voz ronca, de que ella hubiera respirado hondo varias veces para mantener el control, señalaba hacia lo que él quería ver.

Porque, al margen de que el impulso de besarla hubiera surgido repentinamente, había algo entre ellos. Y ella sentía lo mismo. Las señales eran claras. Eamonn no era un adolescente incapaz de reconocer las señales de la atracción física entre un hombre y una mujer.

Levantó de nuevo una mano y rozó el costado de Colleen, desde la cadera hasta la curva de su cintura.

–Por favor, no lo hagas –ella dio un respingo, como si el contacto la quemara. Respiraba agitadamente y tenía las mejillas encendidas–. De verdad que no estoy presentable como para que me toques.

–O sea, que no es que no quieras que te toque.

–A veces las personas desean algo a pesar de que saben que no es bueno para ellas –su gesto era de contrariedad y tuvo que respirar hondo una vez más antes de hablar–. Si algo he aprendido este último año es a protegerme. Tú no te quedarás aquí, Eamonn. Los dos lo sabemos. Tu vida está al otro lado del océano. Y no soy la clase de chica que se conforma con rellenar parte del tiempo de alguien. De modo que esto se acaba aquí. Se acaba ahora. Debe hacerlo.

–¿Y qué pasa si no me marcho? –preguntó Eamonn al instante–. ¿Entonces qué?

Capítulo 15

COLLEEN se quedó tan estupefacta como Eamonn al oír sus propias palabras.

–¿Qué quieres decir con que si no te vas? No seas ridículo –ella soltó una risa nerviosa–. ¡Pues claro que te vas a marchar!

Él tragó con dificultad mientras ella lo miraba, sorprendida. Durante un momento no supo qué decir. No es que hubiera reflexionado profundamente sobre la posibilidad de abandonar su vida en Nueva York para instalarse en el diminuto lugar en el que había nacido.

Con Colleen y su bebé.

Se trataba de un compromiso muy serio. Uno que nunca antes había sentido la necesidad de adoptar. Y un compromiso de esa clase requería un proceso reflexivo en profundidad. No era algo que se pudiera soltar sin más en medio de una discusión.

Su silencio lo delató.

–Dirías cualquier cosa para salir airoso de la discusión, ¿verdad? –Colleen volvió a reír mientras evitaba su mirada–. Ambos sabemos que tienes tu vida, y que incluye una profesión que amas por encima de cualquier cosa. Y todo eso está muy lejos de aquí.

–Ya lo sé.

Ella lo miró a los ojos. ¿Qué pretendía?

Ella esperaba que él se hubiera alejado al oír sus palabras. Porque tenía que reconocer que ella tenía razón. Y, para ser sincera, si él no la hubiese besado, nunca le habría hablado así. Habría seguido siendo educada, y sonriente cuando fuera necesario. Hasta que él se marchara para siempre.

Control de daños. Ése había sido su plan.

Pero en el momento en que la boca de él se acomodó sobre la suya, ella supo que estaba perdida. De adolescente, ella le había entregado su corazón, pero no era nada comparado con la oleada de emociones que sentía por él en ese momento.

A lo mejor si él no se hubiese mostrado tan atento. A lo mejor si no hubiera dado la sensación de que le importaba de verdad sacar adelante Inisfree. A lo mejor si se hubiese enfadado con ella.

A lo mejor si no la hubiese tomado en sus brazos para besarla con una dulzura que la había dejado anhelante de recibir más. A lo mejor si no le hubiese hecho sentirse segura y protegida. A lo mejor si no hubiese llevado a su hija en brazos.

A lo mejor entonces ella no se hubiese enamorado de él.

Si algo había aprendido Colleen, era que no podía basar su vida en un simple a lo mejor. Había lo que había, y lo que no había, no estaba ahí. Ésos eran los sencillos hechos de su vida.

Y el hecho más pertinente era que ningún plan de control de daños podría haberla protegido de algo que ya había sucedido. En realidad, se había gestado hacía una década, cuando él le rompió el corazón al marcharse.

Y lo volvería a hacer.

–Odias este lugar –ella negó con la cabeza–. Aquí nunca serías feliz.

–No es que lo odie. Ya te lo he explicado. Quería algo más.

–Y tienes algo más. En Nueva York.

–Que seguirá ahí independientemente del lugar en el que yo elija estar. No sería la primera vez que me marcho una temporada de allí.

El corazón de Colleen batía con fuerza. No podía ser cierto lo que oía. Debía de ser su imaginación. Su corazón quería tan desesperadamente que fuera cierto, que su mente malinterpretaba lo que él decía.

Había mencionado pasar una temporada. Eso era todo. Sin promesas ni garantías. Y ella arriesgaría demasiado, por mucho que lo deseara.

–Reconozco que no he reflexionado a fondo sobre ello –Eamonn respiró hondo y la miró.

–Pues claro que no te lo has pensado bien. Cielo santo, ¿tan sosas son las mujeres en Nueva York, que un simple beso te convence para que hagas las maletas y te instales una temporada en la vieja Irlanda? El lugar que abandonaste tan deprisa, que apenas rozabas el suelo.

–Hay algo más que eso –él entornó los ojos–, y ambos lo sabemos.

–Yo no sé nada –ella rió, nerviosa.

–Sí –dijo tajantemente y con una mirada implacable–. Lo sabes. ¿No sabes que llevamos tiempo acercándonos a este momento? ¿Crees que me dedico a recorrer el mundo en busca de embarazadas a las que cuidar? Mi padre ya no estaba y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo, ni el hecho de que no

estuve aquí para despedirme. Pero vine de todos modos. Podría haberlo dejado todo listo en un día. Pero no lo hice, ¿verdad?

–Sólo porque no sabías lo que te ibas a encontrar. No me digas que si hubieras vuelto para encontrarte el lugar funcionando como un reloj, y yo no hubiera parecido una pobre vagabunda embarazada, no te habrías marchado en un día.

–Eres de todo menos una pobre vagabunda embarazada –la descripción de ella le hizo sonreír–. Eres una de las mujeres más valientes que he conocido jamás.

Eso demostraba lo poco que la conocía. Pero antes de que ella pudiera responderle, él se apoyó en la encimera, de modo que ella quedó atrapada entre sus brazos de acero.

Ella miró a los lados, con el ceño fruncido, mientras calibraba sus posibilidades de escapar. Si pudiera aumentar la distancia entre sus cuerpos, a lo mejor mantendría la mente fría.

–Me has conquistado –él habló de nuevo, con el rostro muy pegado al suyo y una voz gutural–. Empezaste a conquistarme desde el día que llegué. Y no sabría decirte por qué. Sucedió. Y tus intentos de los últimos días de echarme han convertido mi vida en un infierno.

–No intentaba echarte…

–Ya, claro.

–Intentaba hacerte ver que seguía adelante con mi vida –ella seguía con el ceño fruncido mientras pestañeaba y se arriesgaba a mirarle directo a los ojos–. Que nada te retenía aquí.

–Pues ya ves –levantó una mano para acariciar el mechón rebelde que se había vuelto a soltar. Luego la miró a sus azules ojos–. Eso no es del todo cierto.

–Ni te atrevas a volverme a besar

–¿Me estás desafiando? –él sonrió, marcando los hoyuelos de sus mejillas.

–No. Te digo que no lo hagas –ella alzó su barbilla.

Ese gesto, lo pretendiera ella o no, era toda una invitación para que él hiciera lo contrario. Pero, tras hacer acopio de más autocontrol del que hubiera tenido jamás, Eamonn dejó que sus dedos se deslizaran por el mechón de rubios cabellos. Después continuaron por la suave piel bajo su oreja y por su mandíbula, hasta detenerse bajo la barbilla.

–Cuando te beso no protestas. Me devuelves el beso –él acarició con su pulgar el hoyuelo bajo la boca de ella y observó cómo sus labios se entreabrían–. ¿Tan malo sería que lo intentásemos? ¿Ver adónde nos lleva?

¿Adónde les llevaba? A ella sólo podía llevarle al cielo o al infierno. Para él no sería más que llenar su tiempo hasta que se volviera a marchar.

Pero que le ofrecieran su sueño de adolescencia en bandeja, era la mayor tentación a la que había tenido que hacer frente.

–¿Y qué pasa si no funciona? –a pesar de sus esfuerzos, su labio inferior temblaba–. ¿Entonces qué? Tú te subirías a un avión y te marcharías de aquí, pero yo me quedaría sola. Otra vez. No quiero otra complicación en mi vida.

–No sabemos si saldrá mal. Correré el riesgo si tú lo haces.

–Tampoco sabemos si funcionará. Y correr el riesgo podría complicar nuestras vidas más de lo que queremos.

–Ése es el riesgo que corre todo el mundo ¿no crees? –él le dedicó una sonrisa demoledoramente sensual y bajó el tono de voz hasta un susurro íntimo–. Al menos eso es lo que he oído. Hay que correr grandes riesgos para obtener grandes ganancias. Soy un jugador, Colleen. La pregunta es: ¿lo eres tú también?

Colleen cerró los ojos y respiró hondo mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Cuando los volvió a abrir, su mirada era casi de angustia, y a Eamonn le partió el corazón.

–Aunque funcionara, no serías feliz si no te largaras a la Patagonia o a algún otro lugar cada pocos meses. Ahí fuera hay un mundo que te encanta conocer. Yo no puedo competir con eso.

Ella alzó una mano y retiró el pulgar de su cara. Él la dejó hacer, pero sin despegarse de ella.

Aunque él sabía que sus palabras tenían sentido, no soportaba perder una discusión. De manera que siguió buscando respuestas que demostraran que estaba equivocada.

–Podrías venir conmigo. Visitar esos lugares conmigo. Ampliar tus horizontes.

–¿Cargando con un bebé? –Colleen sonrió con tristeza–. Y aunque fuera lo bastante mayor para viajar, ¿qué haríamos cuando fuera al colegio? Suponiendo que para entonces siguiéramos juntos. No funcionaría. Quiero que mi bebé sepa de dónde vino. Quiero que conozca sus raíces y su herencia. Si decide conocer el mundo cuando sea mayor, será su decisión. No puedo arrastrarla de un lugar a otro. No sería justo. No se puede apostar cuando eres responsable de un niño, Eamonn.

Eamonn pensaba igual que ella, hasta cierto punto. Por mucho que hubiera viajado, y viviera donde viviera, siempre sería irlandés. Le daba raíces y una historia que iba más allá de su vida. Y también quería eso para Evie. Pero admitirlo suponía perder un

punto en el debate.

¿Sería capaz de tanto sacrificio por Colleen? ¿Sería feliz si se quedaba? ¿Le estaba pidiendo demasiado a ella? ¿Era demasiado egoísta?

Él siempre había tomado lo que deseaba, lo había perseguido y se había aferrado a ello. Pero nunca había deseado algo tan inmenso y que le cambiaría la vida para siempre. Al menos no desde un punto de vista emocional.

Pero sabía que si no lo intentaba, pasaría el resto de su vida preguntándose qué habría sucedido.

–Podemos discutir el tema de los viajes si se convierte en un problema. Pero en cuanto a mi marcha de aquí, tendrás que echarme, Colleen, porque yo me quedo. Quiero que lo intentemos. ¿No te preguntarías qué habría sucedido si no lo hacemos? Yo sí.

Colleen lo miró. Él no tenía ni idea de lo que le pedía. Porque, para ella, cada minuto, hora y día juntos haría más dolorosa su marcha. Porque se marcharía, ¿o no?

Al mismo tiempo, una minúscula parte de su corazón se preguntaba qué sucedería si él no se marchaba. Si los frágiles cimientos de su relación, la propiedad que compartían y parte del pasado, bastarían para seguir adelante. Casi no se atrevía a desearlo. ¿Sería posible que sus sueños de adolescente pudieran hacerse realidad de adulta?

¿No sería mejor intentarlo mientras Evelyn fuera un bebé? Porque tener una figura tan importante en su vida siendo más mayor conduciría inevitablemente a un apego que destrozaría más de un corazón si al final él se marchaba.

Además, él tenía razón. Ella se preguntaría qué habría sucedido. La cuestión era si sería capaz de guardar fuerzas para recomponerse y sobrevivir si salía mal.

La confusión de sus pensamientos debió reflejarse en su rostro, porque Eamonn volvió a levantar las manos y las posó con decisión a ambos lados de su cara. Con los pulgares, acarició la comisura de sus labios mientras sus pupilas se dilataban al mirar su boca. Al ver que ella no protestaba, se agachó para besarla de nuevo.

Fue un beso firme y lento que la dejó sin aire en los pulmones y llenó de esperanza su corazón. No podía luchar contra él cuando la besaba. Sencillamente no podía. Porque la sangre era un torrente en sus venas, las rodillas le fallaban e incluso se mareó durante un segundo. Y en un instante, supo que estaba más viva que nunca.

¿Cómo iba a luchar contra algo así?

–Veamos qué sucede –él separó la boca de sus labios y habló en un susurro apenas audible–. Por favor –de nuevo le dedicó *esa* sonrisa–. Sabes que quieres hacerlo.

Ella no le había escuchado decir «por favor» muy a menudo. Y cuando lo dijo en ese tono, con los destellos dorados en su mirada, tan cerca de ella que casi la quemaba...

¿Cómo iba a poder decir que no?

Evelyn eligió ese preciso instante para llorar desde el dormitorio.

–¿Me dejas que vaya yo? –Eamonn miró inquisitivamente a Colleen.

Era la primera prueba. La primera señal de que ella estaba dispuesta a dejarle entrar en su vida.

Con un profundo suspiro, ella asintió.

Él pareció comprender el gran paso que había supuesto para ella, lo que significaba. Y la sonrisa de victoria que le dedicó iluminó la habitación. Sólo se entretuvo para plantarle un fuerte y sonoro beso en la boca.

–Volvemos enseguida. A ver si confías en mí lo bastante como para descansar algo. Necesito que recuperes tus fuerzas. Pronto.

Colleen no respiró hasta que él hubo salido de la cocina. Y su corazón latió a mil por hora hasta que volvió.

¿Necesitaba que recuperara sus fuerzas? ¿Pronto?

Su corazón latía con intensidad. Sentía un cosquilleo en los pechos. Ella sabía que no era solamente una respuesta biológica hacia su bebé. De eso nada. Ella sabía muy bien de qué se trataba.

Por el brillo que había visto en su mirada, ella sabía lo que él tenía pensado para cuando recuperara sus fuerzas.

Mientras tanto, ella tendría que cerrarle una parte de su corazón. Aprender a sobrevivir. Pasara lo que pasara.

Capítulo 16

Y QUIÉN es exactamente ese hombretón?

Colleen miró por la ventana de la cocina hacia donde Eamonn daba instrucciones a los nuevos trabajadores que había contratado. Los inmaculados vaqueros que había traído con él estaban raídos, como muchas de sus exclusivas camisas. Pero no parecía importarle lo más mínimo. De hecho, su entusiasmo por volver a levantar el negocio era ilimitado. Y eso era lo que más esperanzas le daba a ella.

Eso, en el caso de que hiciera bien en tener esperanzas. Porque no hacían sino derribar la barrera que ella tan cuidadosamente había levantado para ocultarle una parte de su corazón.

Soltó un suspiro y se volvió hacia su amiga. Habían pasado muchas cosas desde la última vez que habló con Becky. Necesitaba ponerse al día.

–Es el hijo de Declan.

–¿Ése es Eamonn Murphy? –Becky abrió desmesuradamente los ojos–. ¡Estás de broma! ¿Qué hace aquí? ¿No vivía en América? ¿Lleva aquí mucho tiempo?

–Sí, lo es –Colleen sonrió ante la cascada de preguntas–. No, no estoy de broma. Se va a quedar una temporada. Sí, vive en América... y hará unas siete semanas. ¿Algo más?

–¿Está soltero?

Ésa sí que era una pregunta.

–No está casado, si es eso lo que quieres decir.

–Vaya –Becky abrió la boca y sonrió–. Eso es muy interesante.

Durante un segundo, Colleen odió a su amiga. Becky era un tipazo. Amazona profesional desde hacía años, tenía un cuerpo bien tonificado. Era exactamente la clase de chica a la que Eamonn habría perseguido en el pasado.

–Mantén tus zarpas alejadas de él. ¿Me oyes? –Colleen, por fin, dijo lo que tanto había deseado decir a las demás chicas siendo adolescente.

–Está bien –Becky rió–. Ya lo entendí cuando dijiste lo de «si es eso lo que quieres decir». Eres tan transparente. Cuéntamelo todo.

–No hay nada que contar.

Era una mentira descarada. Había demasiadas cosas que contar. Lo que no había era tiempo suficiente para contarlas antes de que Eamonn volviera a la casa.

Además, ¿por dónde iba a empezar?

Podría empezar por contar que en su vida había sido tan feliz, y que, al mismo tiempo, tenía el corazón destrozado. Cada día junto a él era como una montaña rusa. Ella se sentía, a la vez, protegida y en grave peligro.

Sus ojos se desviaron de nuevo hacia el patio al oírle reír. Parecía disfrutar con arreglar ese lugar, mientras trabajaba con ella para convertir a Inisfree en algo aún mejor de lo que había sido antes. Y ella lo amaba todavía más por ese entusiasmo. Porque no se limitaba a cuidar el negocio, inundaba de amor el lugar que ella tanto amaba. Si acababa por importarle tanto como a ella, habría esperanzas...

Ella volvió a sonreír. Ya estaba de nuevo con sus esperanzas.

–¡Vaya! Parece que te ha dado fuerte.

–Sí, pero es demasiado pronto para describirte los detalles en una conversación.

–No puedo evitar ser protectora –Becky se encogió de hombros.

Colleen apreciaba su gesto de verdad. Becky había sido el hombro sobre el cual llorar antes de que se marchara a competir en el circuito británico, y ella la echaba de menos. Pero aun así, no estaba preparada para discutir sobre algo que se sustentaba sobre una base tan frágil.

–Esta vez estoy bien, Becky... en serio –dijo mientras sonreía de una manera que ella esperaba resultara convincente–. Y ahora cuéntame buenas noticias sobre el campeonato.

–Pues sí que tengo buenas noticias –el rostro de Becky se iluminó–, pero no sólo para mí.

–¿Eso significa que los caballos de Inisfree tendrán más valor?

–Desde luego ayudará –Colleen sonrió a Eamonn desde el sofá, llena de entusiasmo–. La yegua de Becky ha conseguido muchos puntos en el circuito, pero si un jinete internacional la compra para las Olimpiadas y consigue buenos resultados, la gente empezará a considerar la cría. Y ahí entramos nosotros.

–Es buen momento para montar una página Web –Eamonn asintió mientras acariciaba las piernas de ella, que estaban apoyadas en su regazo.

Ella intentó ignorar el calor que ascendía por sus piernas

mientras él la tocaba. Tras abrir un poco más la puerta al contacto físico y, aunque limitado éste por las molestias que aún sentía, cada caricia era una excitante promesa de lo que se avecinaba. Lo mejor para distraerse era hablar sobre Inisfree.

Eamonn parecía llevar muy bien la falta de relaciones físicas. Y eso le ponía nerviosa. ¿Por qué no estaba tan ansioso como ella? Ella sabía que no era un tipazo, aunque estaba en buena forma. Pero si aún no se sentía del todo a gusto consigo misma, ¿cómo iba a pretender resultarle atractiva a él? A ella le ponía furiosa pensar así.

Cuando recuperara su figura, recuperaría también su confianza. Y entonces podría ofrecer todo lo que tenía.

Pero, aunque le faltaba poco, todavía no estaba físicamente en condiciones.

Si pudieran hacer el amor, ella se sentiría más unida a él. Eso, añadido a la preocupación de él por Inisfree, podría bastar. Incluso podría llegar a pensar que su relación no era tan frágil.

A lo mejor si lo hablara con él...

Pero ¿cómo se empezaba una conversación de esa clase? No quería parecer una de esas mujeres que analizan cada fragmento de una relación para que funcione. Nunca lo había hecho, pero claro, nunca había mantenido una relación que le importara tanto.

Una parte de su mente seguía convencida de que su relación vivía de prestado. Cualquier día, su apuesta por ese sueño terminaría. Y ella tendría que seguir adelante sola, tras haber perdido al hombre que más amaría en su vida. Ningún otro podía compararse a él. Sobre todo teniendo en cuenta al último que ella había elegido.

Era más sencillo centrarse en Inisfree, cobarde quizás, pero más sencillo. Todavía tenía que inculcarle a él el entusiasmo por ese lugar. Era un punto de partida constructivo, lo que significaba que ella hacía algo positivo. Aunque no se lo creyera del todo.

–Suena bien –ella jugaba con los rizos de él–. En cuanto vendamos las parcelas, nos ocuparemos de ello. Y esta vez lo haremos bien.

–No hace falta esperar –los ojos de Eamonn brillaron–. Le pediré a los tipos que me hicieron la página Web en Nueva York que la pongan en marcha.

–Creí que estábamos de acuerdo en que ya no pondrías más dinero –ella dejó de acariciar sus cabellos, pero no de sonreír–. Este lugar tiene que levantarse por su propio pie. Y si no puede, no tiene sentido que te arruines por intentar salvarlo.

–En realidad, no recuerdo que estuviéramos de acuerdo. Y no hay nada malo en especular para ganar.

–Pero sólo si el lugar merece la pena que se especule con él.

–¿De modo que no puedo invertir en aumentar el valor de algo que me pertenece a medias?

Era un buen punto de vista. Algo que Colleen ni siquiera había considerado, pero, en justicia, ella nunca pensaba en cómo saldrían las cosas si Eamonn decidía mantener sus intereses allí. Su sueño siempre había sido dirigirlo ella sola. Era su niño bonito, siempre lo había sido. Incluso Declan la había preparado para ello tras la marcha de Eamonn y la muerte de sus padres.

Mantener una relación laboral con Eamonn sería todo un reto para los dos. Muchas relaciones fracasaban porque la pareja vivía y trabajaba junta. En el caso de que duraran tanto tiempo.

Tenían tan poco para mantenerse unidos, y tanto para separarles.

–No tiene sentido si no sale adelante por sí mismo en un par de meses –con gesto contrariado, ella desvió la mirada y se centró de nuevo en jugar con sus cabellos–. Ya veremos lo que sucede.

–Ahora ya no hablamos de negocios, ¿verdad? –las manos de él habían dejado de acariciarla.

–Sí.

–Pero no del todo –su voz era tranquila mientras la miraba a los ojos–. No quieres que yo invierta por si lo nuestro sale mal.

A veces, Colleen lo odiaba por saber leer tan bien en su mirada. La desconcertaba. La obligaba a permanecer en guardia todo el tiempo, y eso era agotador.

De alguna manera, ella consiguió mantener la calma. Se había empezado a esforzar en ello desde que habían decidido embarcarse en una «relación». Fuera la que fuera.

–Creo que lo mejor es no complicar las cosas. ¿No te parece?

–No tendremos la más mínima posibilidad si sigues apostando por lo peor. ¿No te parece?

–¿No crees que es normal que sea precavida tras el año que he vivido? –ella lo miró mientras intentaba mantener la calma–. Si mezclamos los negocios con lo nuestro, al final se complicará.

–¿Sigues empeñada en que habrá un final?

Lo contrario sería esperar demasiado. Las probabilidades estaban en su contra.

–De acuerdo –ella dejó caer la mano y se irguió–. Reconozco que aún me cuesta creer que esto te bastará. Aunque pareces contento últimamente. Pero tu vida en Nueva York seguro que es

más interesante que arreglar unas cuantas vallas aquí.

–No sabes cómo es mi vida en Nueva York.

–Porque no me has contado casi nada –ella se acercó a él y ladeó la cabeza, desafiante–. Pero todavía te pasas media tarde ante el ordenador y al teléfono, de modo que te sigue ocupando tiempo, ¿no? Por fuerza tiene que llenarte más que este lugar.

Eamonn pareció ponerse tenso. Sus espesas pestañas rozaban las mejillas mientras miraba hacia abajo, donde sus manos acariciaban las piernas de ella. Tragó saliva mientras reflexionaba, algo que no se le escapó a Colleen, tan cerca físicamente, pero de repente tan separados. Ella sintió un escalofrío recorrer su columna y unos dedos helados presionar su corazón.

–La única manera que se me ocurre para que entiendas cómo es Nueva York es enseñándotelo –él la miró–. Podrías venir conmigo cuando vuelva allí.

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente. «Cuando vuelva allí». Las palabras eran tajantes y definitivas. Ya pensaba en volver. Entonces, ¿para qué esa conversación? A pesar de que él intentaba convencerla de tratar los temas importantes más adelante, no hacía más que alimentar sus miedos. Era como si ya hubiera planeado marcharse de allí.

–Tendré que volver. Si vienes de visita y la cosa va bien, podrías quedarte conmigo.

¿Dejar su hogar? Él sabía que era imposible.

–Ir y volver de un lado a otro al final saldría caro. Y, de todos modos, soy una chica de pueblo. Nunca he estado en ningún sitio que me guste más. Este lugar es el único hogar que necesito.

–No deberías encerrarte tanto. Hay todo un mundo ahí fuera.

–Puede, pero Evie…

–No hagas eso –él retiró una mano de su pierna y levantó su barbilla.

La exigencia, expresada en un susurro, y la caricia de sus dedos aceleraron el corazón de Colleen. Pero no vio nada en sus ojos, y ella necesitaba algo más.

–No utilices a Evie como un parapeto tras el que esconderse. Ella es demasiado pequeña.

–Pero yo no.

–Sí –asintió él–. Lo eres. Yo lo intento, Colleen, pero tendrás que reunirte conmigo en algún punto a medio camino.

¿A medio camino de qué? Porque aún no había escuchado las palabras. Palabras que hablaran de profundos sentimientos que los mantuvieran unidos. Palabras que dijeran que él se quedaría, que

ella podía confiar en él y contar con él. Completamente. Sin reprimirse.

Ella lo deseaba. Más de lo que nunca había deseado nada. Pero ¿bastaba para abandonar el único hogar que había conocido?

El teléfono sonó en la habitación contigua.

–Es tarde –Eamonn frunció el ceño–. Tiene que ser Pete.

–Será mejor que contestes –Colleen bajó los pies al suelo.

–Aún no hemos terminado –él dudó, mientras se inclinaba hacia ella para besarla.

–Lo sé.

–¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí? –el teléfono no dejaba de sonar, pero Eamonn no se movió y permaneció con el rostro pegado al de ella mientras buscaba respuestas en sus ojos.

«Amarme tanto como yo te amo a ti».

Eso bastaría. Pero pedirlo era otra cosa. Ella no podía hacer que él sintiera algo que no sentía. No se humillaría intentándolo.

El teléfono no paraba de sonar. El ruido despertó un llanto en el piso de arriba.

–Contesta al teléfono –Colleen sonrió con tristeza–. Yo atenderé a Evie.

Eamonn frunció el ceño. Luego se levantó, pero al llegar a la puerta volvió a dudar de nuevo.

–No me voy a marchar. Lo digo en serio. Tendré que demostrártelo quedándome clavado aquí hasta que me creas. Tengo tiempo. Después, hablaremos seriamente tú y yo.

Pero al contestar el teléfono, las palabras de Pete lo dejaron por mentiroso. Le arrancaron del surrealista mundo de su hogar y le devolvieron a la cruda realidad.

–Necesito que vuelvas, pronto. Tenemos problemas.

Capítulo 17

EL LA ENCONTRÓ en la habitación del bebé. Estuvo a punto de marcharse, pero sus pies estaban pegados al suelo. Se quedó en la puerta, maravillado.

Desde su vuelta, se pasaba la vida en la puerta mientras observaba a Colleen. Lo había hecho el día de su llegada, el día que llevó a Evie hasta la habitación del hospital. Y ahora lo hacía de nuevo. Mientras ella daba de mamar al bebé.

Sintió una reacción más poderosa y primitiva, que cualquier otra que hubiera sentido jamás. Si le hubieran dicho que un acto tan sencillo y natural pudiera despertar tantas emociones, no lo habría creído.

¿Tenía ella la menor idea de lo preciosa que era? Con su bebé en brazos, esa diminuta versión de ella misma que se había hecho un hueco en su corazón desde la primera vez que la vio. Igual que Colleen desde que posó sus ojos en ella, sentada tras el escritorio del despacho.

Con Evie había sido amor a primera vista, pero la profundidad de los sentimientos que iba desarrollando hacia Colleen lo invadía lentamente.

De repente tuvo la sensación de estar contemplando a las dos personas que más le importaban en el mundo. Quería cuidarlas, mantenerlas alejadas de cualquier peligro o maldad. Quería tener a Colleen a su lado mientras presenciaban la primera sonrisa de Evie, sus primeros pasos. Por primera vez en su vida, le tentaba la idea de echar raíces, un lugar que fuera algo más que un sitio donde vivir y pasar el tiempo entre viaje y viaje. Un lugar que pudiera llamar hogar.

Pero ¿qué era un hogar para él? Durante gran parte de su vida había evitado la respuesta.

Puede que en parte fuera lo que él sentía en esos momentos mientras devolvía a Inisfree su antigua gloria. No era sólo aumentar el valor de una inversión, y él lo sabía. Lo sabía desde hacía semanas. Intentaba construir un hogar para Colleen y Evie. Pero, mientras lo hacía, era consciente de que el gran reto era Colleen. Y también era el gran premio.

¿Qué podía hacer para convencerla de que merecía la pena comprometerse por lo que ya tenían?

¿Cómo podía convencerla de que quería quedarse una temporada para ver si lo suyo funcionaba cuando, al mismo tiempo, iba a tener que decirle que se marchaba?

De pie, en la puerta, se sintió completamente perdido. En el momento en que más falta le hacían las palabras, no sabía qué decir. No podía entrar ahí, interrumpir una escena tan perfecta y obligarla a sentir algo que ella no sentía, ¿o sí?

Iba a necesitar tiempo. Una vez solucionados los problemas en Nueva York, iba a conseguir ese tiempo, por largo que fuera.

Ella alzó la vista y lo miró. No dijo ni una palabra. No parecía molesta porque él estuviera presenciando algo tan íntimo.

Y entonces sonrió.

Eamonn entró en la habitación y se agachó junto a ella, sin dejar de mirar esos ojos azules antes de responder con una sonrisa.

El sonido de Evie al mamar llamó su atención y contempló su cabecita apretada contra el aterciopelado pecho de Colleen. Era increíble. Precioso. Sintió una opresión y una debilidad como nunca antes había sentido.

Sus ojos, avellana con azul, se fundieron. Los avellana absorbieron las oscuras pupilas de ella, el calor de su mirada. Su manera de mirarlo, con tanta ternura, hizo que se sintiera triunfador, como si midiera tres metros aunque estuviera agachado junto a ella.

Cuando volvió a mirar hacia abajo, no pudo reprimirse y alargó su dedo índice para retirar la camisa de Colleen y poder ver mejor.

Los pechos seguían el movimiento de su respiración mientras él acariciaba la cabecita de Evie.

Conocía cada mechón de su pelo rubio, casi blanco, sabía lo que se sentía cuando ella lo miraba con sus ojos increíblemente azules, sabía por qué sentía esa opresión en el pecho cuando ella agarraba con fuerza su dedo extendido, con una fuerza y determinación muy superiores a su tamaño. Él conocía a Evie, porque desde que Colleen le permitió pasar más tiempo con ella, él lo había memorizado todo sobre ella, sin querer perderse nada.

Pero su madre seguía siendo un misterio sin resolver, como el primer día.

Volvió a dirigir su mirada hacia arriba y se centró en los labios entreabiertos y en el ligero rubor de sus mejillas. Todo en ella tiraba de él con hilos invisibles.

Evie mamaba mientras Eamonn le acariciaba la cabecita, sin

dejar de mirar a Colleen.

Sólo tuvo que inclinarse un poco hacia delante para depositar un suave beso sobre la boca de Colleen. Cuando por fin habló, su voz era un profundo susurro.

–¿Cuánto dices que tardará tu cuerpo en recuperarse del parto?

–Demasiado tiempo por lo que a mí respecta –Colleen le dedicó una sonrisa femenina y sexual.

–A mí me pasa igual –su risa la inundó–. Pero quiero que tengas el permiso del médico. No quiero hacerte daño.

–Lo sé –susurró ella, como si entendiera que se refería a un daño físico.

–No te meteré prisa.

¿Meterle prisa? Colleen arqueó una ceja. Ah, claro, quince años no eran más que un suspiro.

–¿Pensarías mal de mí si te dijera que no me importaría que me metieras un poco de prisa? –con la mano que ella tenía libre acarició su mejilla.

–De hecho, pensaría muy bien de ti –respondió él con una sonrisa llena de sensualidad.

Colleen rió.

Él la volvió a besar. Un beso lento que anticipaba lo que quedaba por llegar.

–Sí –Colleen suspiró satisfecha cuando sus labios se separaron–. Cuando me recupere, seguramente no necesitaré más de diez minutos la primera vez. Sólo para que lo sepas.

–Cariño... –agarró la mano de ella y depositó un dulce beso en su palma. Después la miró ardientemente–. Tendrás que confiar en mí cuando te diga que tardaremos más de diez minutos. Yo estoy pensando en horas. Incluso días. En cuanto empiece a tocarte no pararé. Y créeme: te explicaría con todo lujo de detalles lo que me apetece hacerte, si no fuera porque hay niños aquí.

Ella era consciente de que, por su manera de mirarlo, él tenía que darse cuenta de cómo se sentía. Porque sentada ahí, con su bebé en brazos mientras hablaba de hacer el amor con él era seguramente lo más parecido a la perfección que ella hubiera vivido jamás.

Eamonn era el amor de su vida. Pudo ser el destino lo que la hizo enamorarse de él siendo adolescente. Pudo ser el destino lo que le trajo a ella cuando más lo necesitaba. En cualquier caso, ¿por qué no ayudar al destino para que sucediera?

¿Por qué luchaba contra aquello que más quería?

Tenía a Evie, y tenía a Eamonn que hablaba de quedarse, de

hacer el amor con ella y, como colofón, tenía Inisfree, incluso después de lo ocurrido.

¿Qué más podía necesitar?

–Confío en ti cuando dices que no quieres hacerme daño –dijo ella con voz ronca–. Y te deseo. Muchísimo. Puede que no se me dé muy bien hablar de estas cosas, pero eso no quiere decir que no las sienta, Eamonn. Quiero que lo sepas.

–Ya lo sé –él sujetaba su mano con fuerza.

Colleen sonrió con el corazón latiendo alto y fuerte contra su pecho. A lo mejor, pero sólo a lo mejor, había una posibilidad de que la felicidad eterna existiera...

Casi estuvo a punto de creerlo, hasta que volvió a dejar a Evie en la cuna.

Dudó un instante en el pasillo, mientras miraba hacia la luz que salía del dormitorio de Eamonn.

Con la sonrisa en los labios, ella se acercó sigilosa, el ruido de sus pasos amortiguado por la alfombra. A lo mejor no podía hacerle el amor, pero tras la belleza de sus confesiones en la habitación de Evie, quería estar con él. Que él la abrazara. Dormirse en sus brazos y despertarse junto a él. Demostrar que estaba dispuesta a intentarlo, en serio. Aferrarse a lo que ya tenían.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta y miró dentro de la habitación se quedó de piedra. Sobre la cama había una maleta abierta en la que él metía pantalones y camisas.

En ese instante ella sintió que le arrancaban el corazón.

Después de todo lo que había dicho, ¿se marchaba? ¿Cómo era capaz de hacer que ella confiara en él por primera vez en mucho tiempo y estropearlo en un segundo?

Era como el día en que encontró a Adrian preparando su maleta. Ella había entrado en el dormitorio, en la casa del guarda, a la que nunca había vuelto, mientras él hacía el equipaje. Fue el comienzo de una espiral cuesta abajo que la había conducido al mismo punto otra vez. El hombre al que ella amaba con toda su alma, preparaba la maleta para abandonarla.

Pero el dolor que sentía en esos momentos era diez veces superior al que sintió con Adrian, porque ella nunca había amado a Adrian tanto como amaba a Eamonn. Nunca había deseado a Adrian como deseaba a Eamonn. Adrian nunca le había hecho creer en la felicidad eterna.

Aunque esa creencia no hubiera durado más de veinte minutos.

–¿Sales en el primer vuelo, cariño?

–Te lo iba a decir, pero... –Eamonn se quedó helado. Cerró los ojos y soltó un juramento en voz baja antes de volverse hacia ella.

–Pero antes probaste suerte, a ver si yo estaba lista para un poco de diversión antes de partir, ¿verdad? –ella arqueó sarcásticamente una ceja.

–¡Eso es mentira! –soltó un juramento en voz alta–. Subí para contártelo, pero cuando te vi allí, con Evie...

¿Cómo iba a explicarle lo que había sentido apoyado en esa puerta? No había palabras suficientes. Y tampoco se lo podía explicar cuando él ni siquiera tenía las ideas claras.

Ella lo vio dudar y se cruzó de brazos. Y esperó. Su mirada lanzaba miles de acusaciones.

Eamonn se escandalizó. ¿Sería ella capaz de pensar que él se marcharía para no volver? ¿Después de todo lo que había sucedido entre ellos?

¿Dónde estaba la combativa Colleen de la que él se había enamorado? La que no dejaba de luchar con uñas y dientes para aferrarse al lugar que tanto amaba. Si ella lo amara a él la mitad de lo que amaba a Inisfree, nada podría separarles jamás. Porque ella lucharía por él.

En cierto modo, era revivir la historia de sus padres. Una persona que amaba tanto el lugar, que se aferró a él más que a la persona con la que pretendía pasar el resto de su vida.

–No me mires así –él luchaba contra su rabia mientras daba un paso hacia ella–. Tendrás que confiar en mí para que tengamos alguna posibilidad de que esto funcione.

–¿Cómo puedo confiar en ti si no hablas conmigo? ¡Te has puesto a hacer la maldita maleta antes siquiera de decirme que te ibas! –ella señaló la maleta con una mano–. Lo siguiente que me dirás será que ya has reservado el vuelo.

Maldición. Eso era exactamente lo que había hecho. Pero no lo había hecho a sus espaldas ni para huir de ella. Lo había hecho por costumbre.

Durante media vida había sido un hombre de acción. Cuando había que hacer algo urgentemente, él saltaba a la palestra y lo hacía. Únicamente en el caso de su relación con Colleen parecía lograr meter la pata sin siquiera intentarlo.

A lo mejor era, precisamente, por lo importante que era. Si salía mal, tenía mucho que perder. Y por eso, justo cuando mejor debía hacer las cosas, las estaba estropeando.

–Hay una huelga del sindicato –la evidente poca fe que ella mostraba hacia él le hizo evitar responder directamente a la

pregunta, o admitir su error–. No me marcharía si no fuera importante. Pero... –se acercó un poco más a ella–. El contrato que tenemos con el ayuntamiento incluye una cláusula de penalización si nos retrasamos. Si no se soluciona la huelga, no sólo tendremos que pagar la multa, sino que afectará a las posibilidades de la empresa de obtener más contratos con el ayuntamiento. A largo plazo, podría suponer la pérdida de millones de dólares. Y no puedo permitirlo.

–¿Millones de dólares? –Eamonn había pretendido conseguir un efecto tranquilizador con su explicación, pero logró lo contrario–. ¿Qué significa millones de dólares? ¿Exactamente cuánto prestigio tienes en Nueva York?

–Dijiste que habías seguido mi carrera –él se quedó parado.

–Los artículos no hablaban del saldo en tu cuenta corriente.

–¿Ahora vas a utilizar mi dinero en contra mía? –Eamonn suspiró–. Demonios, Colleen, sólo tú harías una cosa así.

–Me dejas que te diga que no deberías gastar dinero o invertir en este lugar. Incluso me preocupé por el maldito gasto de los vuelos de aquí a América, ida y vuelta. ¡Ni una sola vez me corregiste, ni me dijiste que eras una especie de maldito millonario!

–¿Estás enfadada conmigo porque no te corregí? ¿O es porque no voy por ahí vestido de Armani y lanzando fajos de billetes a mi alrededor? Dime qué pecado he cometido. Me responsabilizo por no haberte dicho antes que me marchaba, pero de otra cosa no creo que tenga que disculparme. No hace ni veinte minutos que me decías que yo te importaba, que me deseabas. ¿Vas a decirme que eso ha cambiado porque tengo dinero?

–Lo que te digo es que eso demuestra lo poco que te conozco –ella había dudado un instante antes de contestar–. En realidad, no te conozco nada. Y no puedo saber cómo me siento realmente si no te conozco de verdad.

Lo que más le dolió no fueron sus palabras, sino la mirada de dolor y de desconfianza. Una mirada que indicaba que sus sentimientos hacia él habían sido puestos a prueba y que no habían salido muy bien parados.

Maldita sea. ¡Él no había hecho nada malo! ¿Por qué tenía que justificarse ante ella? ¿No bastaban sus evidentes esfuerzos por lograr que ella creyese en él?

–No sé qué hacer. No consigo salir victorioso.

–No se trata de competir.

–No. Se trata de confiar. De arriesgarse por algo que puede ser

fantástico –su corazón martilleaba en el pecho y su enfado aumentaba–. No te atrevas a juzgarme por lo que te hizo tu ex cuando te abandonó tras hacer unas promesas que no tenía intención de cumplir. Yo no prometo nada que no vaya a cumplir. De modo que no te quedes ahí mientras buscas un millón de excusas para justificar el echarme. Porque eso es exactamente lo que estás haciendo, Colleen. Y si al final no vuelvo, la única culpable serás tú.

–Huir es lo que mejor se te da, ¿verdad? –ella soltó una risa llena de sarcasmo y amargura–. La historia se repite. Sólo cambian los actores.

Fue un golpe bajo. De repente, Eamonn ya no tuvo más fuerza para luchar. No cuando ella era capaz de provocarle un dolor físico sólo con palabras. Podía hacer frente a sus propios miedos, y también a algunos de los de ella, si ella lo ayudaba. Pero no podía hacerlo solo.

Mientras evitaba mirarla a los ojos, se volvió de nuevo hacia su maleta.

–Si algo he aprendido sobre ti estas últimas semanas, es que no sirve de nada discutir contigo cuando te pones terca. No tengo elección y, lo creas o no, me tengo que ir. Mientras estoy fuera, podrás decidirte sobre qué es lo que quieres.

Por el rabillo del ojo, él la vio ahí, quieta. De modo que intentó olvidar su ira por la falta de confianza de ella y siguió con la maleta. Hasta que la vio girarse hacia la puerta.

–Quiero creer que hablabas en serio en la habitación del bebé –él no quería que ella olvidara lo último que iba a decirle–. Ya no puedes echarte atrás. Puede que haya muchas cosas que desconoces de mí, igual que yo desconozco muchas cosas de ti, pero quiero conocerlas. Si tú quieres lo mismo, házmelo saber y volveré. No puedo hacer mucho más.

Capítulo 18

A LO MEJOR.

Su vida se reducía, de nuevo, a lo mismo. Al maldito a lo mejor. Y eso le hizo preguntarse cuándo se había vuelto tan introvertida, a la defensiva y asustada. ¿Adrian le había hecho eso?

De ninguna manera. La sola idea la mataba. Ese hombre ya se había llevado bastante. No era él. Aparte de arrepentirse por haberle dejado entrar en su vida, no sentía nada por él.

No. Su inseguridad provenía del hecho de desear tanto una cosa, que le daba miedo conseguirla.

Colleen McKenna no era cobarde, ¿o sí? Al menos, no solía serlo.

A lo mejor si no acabara de convertirse en madre, habría estado más preparada para correr riesgos. Evie le había hecho ser más cautelosa. Eamonn tenía razón: se escondía tras su hija. Evie se merecía una madre feliz. Y sin Eamonn, Colleen no era feliz. Así de sencillo.

A lo mejor si se hubiera dado cuenta de ello antes de su marcha. A lo mejor le habría dicho cuánto lo amaba, aunque no le conocía bien aún. Pero sabía lo que necesitaba saber.

A lo mejor si ella no hubiese recibido esa llamada antes de volver a hablar con él.

–Yeguada Inisfree.

–Hola. Quisiera hablar con el señor Eamonn Murphy, por favor.

–Lo siento. Eamonn ha vuelto a los Estados Unidos. ¿Quiere dejar algún mensaje?

–Sí, gracias. Soy Breige O'Connell, de O'Connell y Dempsey, los auditores. Llamo por la consulta que hicieron sobre la tasación de la yeguada para su venta...

Tras aquello, Colleen no escuchó casi nada. Dijo algo sobre haber pasado ante la propiedad y cómo las mejoras aumentarían su valor. Incluso había hablado de especular para acumular, igual que Eamonn. Pero Colleen estaba concentrada en ver derrumbarse el mundo a su alrededor.

Cuando colgó el teléfono, se sentía mareada. Y luego vomitó.

Después Evie despertó.

Le dio de mamar, mientras la acunaba en sus brazos y lloraba en silencio.

Para cada explicación desesperada que encontraba su corazón, su mente encontraba otra más racional. Desde el principio, no, desde antes, ella sabía que él volvería al morir Declan. Y sabía que, en parte, sería para arreglar sus asuntos para no tener que volver nunca más.

Él dijo que el viaje podría haber durado unos días nada más. «Lo justo para organizar la venta», dijo su mente. «Antes de conocerte y ver que necesitabas ayuda», respondió su corazón. «Entonces comprobó el estado del lugar y se dio cuenta de que habría que hacer mejoras para conseguir una buena venta», dijo su mente. «Pero tú le explicaste por qué estaba así, y él no tuvo valor para decirte lo que iba a hacer», insistió el corazón.

«En algún momento, empezó a sentir algo por ti», intentó convencerla el corazón.

«Sí, pero de ser eso, intentará vender la propiedad para que te vayas con él», sugirió su mente.

A Eamonn nunca le había gustado Inisfree. Aunque de verdad la quisiera a ella, eso no significaba que automáticamente querría a ese lugar.

Él era un constructor millonario. Un hombre de negocios. ¿Para qué iba a querer una yeguada en un rincón perdido de Irlanda?

Ella nunca se había sentido tan defraudada por nadie. Ni siquiera por Adrian. Claro que Adrian no había compartido su legado con ella desde que nació, ni había sido nunca el amor de su vida. Eamonn Murphy tendría que haber estado más a la altura.

Se había equivocado al elegirla a ella para jugar. Si la conociera bien, sabría que ella no le permitiría vender Inisfree ni por todo el oro del mundo.

Siete horas de avión, directo a la oficina, puesta al día con Pete, una ducha, ropa limpia y a negociar con los sindicatos. No podía parar.

Cuanto antes solucionara todo, antes podría volver con Colleen.

Se sentía morir.

No sólo por el cansancio, sino porque su ausencia le dolía. Por eso no hacía honor a la fama que tenía como negociador. Y eso no hacía más que retrasarlo todo.

Para cuando se dio cuenta de la diferencia horaria, ya era tarde para llamar, y se maldijo una y otra vez por el fallo.

¿Cómo iba a convencerla de que iba en serio si ni siquiera se tomaba el tiempo para llamarla? Por eso la llamó en cuanto se despertó. Fue Lorna quien contestó.

–No está.

–De acuerdo. ¿Le dirás que llamaré más tarde?

–Por supuesto.

–Colleen, soy yo –más tarde fue el contestador quien contestó–. Te llamé antes, pero no estabas. Espero que Evie y tú estéis bien –Eamonn odiaba hablar con máquinas, pero necesitaba dejarle claro que no la había abandonado–. Las negociaciones no van muy bien, pero intentaré llamarte en un descanso. Cuanto antes lo solucione, antes volveré. Si no te llamo, es que estoy intentando acabar aquí lo antes posible. Hablaremos pronto.

Durante el descanso, volvió a escuchar el contestador. Y así durante días.

Eamonn se volvía loco.

El cuarto día, puso el despertador y durmió un rato, así se aseguraría de pillarla.

–Yeguada Inisfree.

–Hola, forastera –él sonrió aliviado al oír su voz.

–Hola –contestó ella tras una pausa.

–¿Qué sucede? –incluso a miles de kilómetros de distancia, él notaba la frialdad en su voz.

–¿Por qué tiene que haber sucedido algo?

–No lo sé. Pero algo ha pasado. ¿Qué es?

–Todo va bien –su tono de voz no había cambiado–. No te preocupes.

–Genial –Eamonn soltó el aire que había retenido sin darse cuenta–. ¿Evie me echa de menos?

–Es demasiado pequeña para echarte de menos.

–¿Y tú qué?

–¿Cuándo crees que volverás? –preguntó ella tras otra pausa.

–En cuanto pueda –suspiró él–. Pero a este paso podría tardar un par de semanas. El sindicato…

–Bueno, ya me lo harás saber. Tengo que irme. Evie se ha despertado, y uno de los caballos sufrió un cólico anoche. El veterinario está en camino.

–Colleen, ¿qué sucede? –esta vez su voz era firme–. ¿Sigues enfadada porque no te dije que tendría que volver tan pronto?

–No. No estoy enfadada por eso. Estoy segura de que no lo

planeaste. Además, tienes trabajo allí. Alguna vez tenías que irte.

–Volveré en cuanto pueda –dijo él, aliviado de ver que ella empezaba a entenderlo.

–Sí, porque aquí tienes algunos negocios inacabados, ¿verdad?

–Puedes apostar que sí –el almibarado tono de su voz provocó en él una reacción física.

–Yo también tengo negocios inacabados contigo.

–Pues entonces será mejor que termine cuanto antes con estas negociaciones para volver y atender esos negocios –se recostó en la cama mientras su cuerpo reaccionaba a la idea de una conversación más íntima sobre sus «negocios inacabados».

–Me sorprende que no me mandes los papeles y lo dejes zanjado desde allí. Eso te evitaría volver, ¿no?

–Pero ¿de qué hablas? –de repente, se puso rígido mientras las furiosas palabras de ella llegaba a sus oídos–. ¿Cómo demonios puedo hacerlo desde aquí? ¿A qué papeleo te refieres?

–El día que te marchaste, tuve una agradable charla con Breige O'Connell...

–¿Con quién? –su mente agotada intentaba asociar ese nombre a un rostro.

–Una de las auditoras que contrataste para vender la propiedad.

–Para empezar, hablé con ella antes de ir allí –lo que faltaba. *Esa* Breige O'Connell.

–¡Menudo prodigio de organización!

–No he llamado para volver a discutir contigo.

–Pues qué pena. Y venderás Inisfree sobre mi cadáver. ¿Me oyes?

–Espera un momento...

–No. No esperaré ni un minuto. Puede que este lugar no signifique nada para ti, Eamonn, pero es mi hogar, y no permitiré que lo vendas. Es mi destino enamorarme de alguien tan estúpido como para no darse cuenta de algo así.

Después colgó.

Eamonn arrojó el teléfono al otro extremo de la habitación. Nunca, en toda su vida, había conocido a una mujer que le enfureciera tanto. Si hubiera esperado un maldito minuto, él le habría explicado que lo que tenía pensado cuando volvió a casa, no tenía nada que ver con lo que deseaba en esos momentos. Quería que se tasara la propiedad, para conocer su valor y así poder ofrecerle a ella comprar su mitad. No era más que sentido común.

Pero todo eso había sido antes de llegar allí. Antes de reencontrarse con Colleen. Antes de saber por lo que ella había pasado y de sentir la necesidad de ayudarla. Antes de conocerla y sentirse cautivado por ella.

Antes de haber sujetado a su hija en brazos y, por primera vez, haber deseado compartir su vida con alguien más. Deseaba algo que ni siquiera sabía que buscaba.

Se pasó la mano por los cabellos y por el rostro. A ella siempre le faltaba tiempo para dudar de él. Para pensar lo peor de él. ¿Por qué se empeñaba en perseguir a una mujer tan malditamente cabezota que ni siquiera se molestaba en hablar las cosas con él para aclararlas? Si ella sintiera tan sólo una mínima parte de lo que sentía él, lo intentaría.

Si tuviera dos dedos de frente, se olvidaría de ella y seguiría con su vida como antes...

Las grandes manos se detuvieron sobre su rostro. Luego cayeron sobre su regazo. Un momento.

Ella acababa de decir que lo amaba.

Capítulo 19

DECIDIDAMENTE, eso era lo que echaba de menos. La sensación de sentirse viva, libre, de ver desaparecer el resto del mundo a su alrededor mientras el viento azotaba su rostro y los cascos del caballo martilleaban en el suelo.

Mientras galopaba por el campo podía olvidarse de todo lo demás y centrarse únicamente en su unión con el animal. Su alma se liberaba y, si se concentraba en esa sensación, podía llegar a imaginarse que su dolor quedaba atrás con cada zancada de su caballo.

No era de extrañar que ella adorara a esos majestuosos animales. Eran una compañía mucho más agradable que muchas personas.

A lomos del caballo, ella era quien controlaba la situación y trabajaba junto con el animal para lograr los mejores resultados. Al acercarse al último seto, camino de su casa, no pudo reprimir el estallido de una carcajada. Se irguió sobre la silla, apretó las piernas contra los flancos del caballo y se preparó para el salto. Tras volar unos segundos en el aire, aterrizaron sanos y salvos al otro lado.

Si se dedicara a olvidar sus penas a lomos de un caballo, todos los de la cuadra estarían en perfecta forma en nada de tiempo.

Mientras aflojaba el paso del caballo, Inisfree reapareció ante sus ojos al fondo del valle, y junto con la imagen de postal reapareció también el dolor.

Eso era lo que Eamonn le había dejado: un dolor tan profundo, que cada vez que contemplaba la propiedad pensaba en él y el dolor la partía en dos. Inisfree ya no era lo mismo. Porque él no estaba allí.

No había vuelto a tener noticias suyas desde la última discusión por teléfono, cuando ella le confesó sus sentimientos en un ataque de ira. Y eso era lo que más dolía. Porque tras haberle abierto accidentalmente su corazón, él no había vuelto a dar señales de vida. Lo cual confirmaba su idea de que nunca había tenido intención de quedarse.

Para él había sido un juego. Otra conquista más, para

demostrar que conseguía lo que quería cuando lo quería. Ella deseaba no haberle amado nunca.

Porque el Eamonn que ella amaba no se hubiese comportado así con ella. No después de saber por lo que ella había pasado el último año.

Había mentido en cada atento gesto, en cada muestra de comprensión, cada sonrisa y caricia ardiente. Ella incluso se preguntaba si no se lo habría imaginado todo por el deseo que sentía de que fuera realidad.

De repente el caballo se movió inquieto.

–No pasa nada, Meg –ella se inclinó hacia delante para dar unas palmaditas en el cuello de la yegua mientras miraba a su alrededor para descubrir la causa de su inquietud.

Al ser el oído de un caballo mucho más fino que el de un humano, ella tardó un rato en averiguar el motivo. Enseguida reconoció al caballo. Conocía a todos sus caballos, y la enorme silueta de Bob era fácil de distinguir.

Pero tardó un poco más en reconocer al jinete. Y al hacerlo, se quedó sin aliento. ¡No podía ser!

A medida que Bob se acercaba, ya no había duda. Le hubiera sido más fácil distinguir la silueta de Eamonn si le hubiera visto alguna vez montado a caballo en los últimos veinte años.

A pesar del alocado latido de su corazón, ella sintió renacer su ira.

El hecho de que Eamonn hubiera decidido presentarse ante ella a caballo no significaba que fuera a recibir su perdón. Habían pasado casi dos infernales semanas desde que ella le colgó el teléfono. Y no iba a arreglarlo todo simplemente con montar a caballo por primera vez en más de veinte años.

–¿De repente has recordado todo lo que te enseñó tu padre? –ella tranquilizó a Meg.

–En realidad, me he apuntado a unas clases por culpa tuya –el sonrió, obviamente orgulloso de sí mismo–. Dos días en una escuela de Nueva York. Ahora mismo me duelen cosas que no te voy a decir.

–De modo que ahora eres John Wayne.

–No del todo –él acarició la crin del caballo–. Pero Bob y yo hemos llegado a un acuerdo. ¿Verdad, Bob?

Colleen pestañeó, incrédula.

–Si la montaña no viene a Mahoma... –sus miradas se encontraron.

–Podrías haber llamado.

–Es verdad –él estalló en carcajadas–. Porque como me encanta que me cuelguen el teléfono o que no contesten mis llamadas...

–Bueno, nunca sabes lo que hubiera hecho, ¿verdad? –ella alzó su barbilla y rió sarcásticamente–. Porque como no llamaste...

–Tenía que atender a las negociaciones, y luego tuve que esperar dos días para que estuviera listo el papeleo, dos días que dediqué a las clases de equitación. De todos modos, hay cosas que es mejor decirlas en persona.

–Pues podías haberte ahorrado el viaje –ella hizo avanzar a Meg–. No hay nada que puedas decirme que me apetezca escuchar.

–Puede que te sorprenda.

Ella observó cómo Eamonn se colocaba a su lado, y estuvo tentada de hacer galopar a Meg para comprobar cuánto había aprendido en sus lecciones. Recibiría su merecido si se dirigían al río. Bob odiaba el agua.

–De acuerdo –él la miró un momento y luego desvió su mirada hacia Inisfree–. Te lo diré y me lo quitaré de encima antes de la siguiente bronca. ¿Me escucharás?

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Porque si te has sentido la mitad de mal que yo estas dos últimas semanas, querrás aclararlo todo. ¿Me vas a escuchar? De lo contrario, tendré que redactar un informe que te llegue a través de alguien neutral, como Evie.

Colleen reflexionó. El río parecía una opción cada vez más atractiva. Pero él tenía razón. Ella se había sentido fatal, todavía se sentía igual, pero el hecho de que su traicionero corazón se alegrara de verlo, no significaba que estuviera todo olvidado.

–Te doy el tiempo que tardemos en llegar a los establos.

–Tienes razón –él suspiró de frustración, pero habló en un tono calmado–. Tenía pensado vender esto. Pero eso fue antes de venir aquí. De hecho, tenía pensado vendértelo a ti. Pero cuando vine me di cuenta enseguida de que no te lo podrías permitir.

–Pues ahora sí puedo. Una de las parcelas está vendida y la otra en venta. Y, si hace falta, venderé un par de ellas más para darte tu parte. De modo que, cuando quieras, hablamos de cifras.

–Ya no quiero vender. Si quieres la propiedad de todo para eliminar cualquier duda entre nosotros, adelante, es todo tuyo. Lo firmaré, pero no quiero que salga a la venta. Éste es nuestro hogar. Siempre lo ha sido.

Colleen no contestó. Había tenido dos larguísimas semanas para odiarlo, entre otras cosas, por querer vender y, por mucho

que le costara admitirlo, el esfuerzo que había hecho él al subirse a un avión y aparecer montado a caballo para darle una explicación, significaba algo. Igual que su oferta de cederle la propiedad de todo, cosa que no le iba a permitir hacer.

Le iba a escuchar, no podía evitar hacerlo, pero eso era todo. Sabía hasta qué punto podía herirla, y no estaba dispuesta a pasar de nuevo por lo mismo.

–De eso se trata –Eamonn continuó–. Es el único hogar que he conocido. Tengo un lugar en el que vivir, un lugar en el que trabajar, he hecho amigos, pero no había ningún sitio al que poder llamar hogar.

A medida que él hablaba, con su profunda e hipnótica voz, iba resolviendo todas las dudas que Colleen tenía sobre él, y ella sentía suavizarse las aristas de su endurecido corazón. A pesar de lo cual seguía decidida a estar enfadada con él.

–Hace unos años empecé a sentirme inquieto, sin saber por qué. Tenía éxito y no me sentía solo, al menos eso creo, pero supongo que necesitaba algo más en mi vida.

–¿De ahí los viajes al Amazonas? –ella se arriesgó a mirarlo y fue recompensada con una sonrisa.

–Pues resulta que jamás he estado allí, pero sí, de ahí tanto viaje. Supongo que buscaba algo –sus ojos brillaban–. Y tuve que volver aquí para encontrarlo. Resulta irónico. ¿No crees?

Colleen era incapaz de pensar en ese momento. Sólo podía mirarlo mientras respiraba agitadamente. ¿Cómo lograba que ella reaccionara de inmediato sólo con mirarla?

–Cuando dije que no odiaba Inisfree –él continuó mientras dirigía su mirada al lugar de destino–, no era del todo cierto. Hubo una época en que lo odié. Cuando mi madre se marchó le eché la culpa al lugar y no a la gente. Era más sencillo. Si mi padre la hubiese amado lo bastante como para dejar este lugar, a lo mejor ella se hubiera quedado más tiempo. Pero a medida que me hice mayor, me di cuenta de que el lugar no le hubiera impedido seguir manteniendo el contacto conmigo. Ésa fue su propia decisión. No creo que odiara el lugar tanto como lo que tenía aquí. No quería ser esposa y madre, de modo que poco importaba el lugar elegido por mi padre para vivir. Si ella lo hubiese amado, habrían alcanzado un acuerdo. Pero cada uno iba a lo suyo, y eso no fue culpa de Inisfree, sino de ellos.

Colleen lo miraba mientras pensaba que la historia se volvía a repetir. Salvo que esa vez era ella quien quería ser esposa y madre y quedarse en Inisfree. Eamonn fue quien se marchó.

A lo mejor había en él más de su madre que de su padre. Pero, a pesar de todo, él había intentado comprometerse. Había hablado de encontrarse a medio camino para intentar lograr que lo suyo funcionase.

Y ella le había echado, por miedo a que el sueño no se hiciera realidad.

Y no le faltaba razón, porque él se había marchado. A pesar del pequeño rayo de esperanza que atravesaba su corazón, ella no dejaba de recordarse que él se había marchado.

–Puede que cuando me marché, una parte de mí aún odiara este lugar. Pensé que tenía mejores cosas que hacer, que a lo mejor tenía más del amor por la aventura de mi madre que del apego hacia el hogar de mi padre. Siempre lamenté no ser lo bastante maduro como para darme cuenta de lo que me parecía a él. Aquel día discutí con él por mi propio sentimiento de culpabilidad al repetir lo que mi madre había hecho. Pensé que si me quedaba, viviría la vida que él había elegido para mí en lugar de la elegida por mí. Ojalá estuviera hoy aquí para ver que la vida que he elegido está aquí –la miró directamente a los ojos–. Contigo.

Colleen se sintió mareada. No sabía qué decir, inundada por la ternura de esos ojos, y temerosa de que si hablaba se rompería el hechizo y despertaría de otro sueño.

–Tú eres mi hogar, Colleen –su voz era profunda y ronca–. Donde tú estés, ahí quiero estar yo. Tú amas este lugar, y eso significa que yo también lo amaré. Porque lo que a ti te haga feliz, me lo hará a mí también. Eso es lo que hay.

–No puedes renunciar a todo por mí, porque yo quiera vivir aquí –su respiración se aceleró mientras la esperanza florecía con miles de posibilidades. Su corazón, triunfante, había acertado–. No es justo. Con el tiempo me odiarías por ello.

–Podríamos llegar a un acuerdo, a medio camino, como te vengo pidiendo desde hace tiempo. Podemos demostrar que somos más fuertes que mis padres y trabajar juntos.

–¿Cómo? –ella tragó con dificultad.

–Tendré que volver a Nueva York con asiduidad –Eamonn tiró de las riendas de Bob y se colocó junto a Meg–. Ya te lo dije. Podrás venir conmigo siempre que quieras. Y si no puedes venir, quiero que sepas que yo siempre volveré a casa contigo.

–¿Y qué pasa con tus viajes por el mundo?

–No sé por qué, pero creo que ya no necesitaré esos viajes –él sonrió–. Aunque todo el mundo se va de vacaciones de vez en cuando, y hay muchos sitios maravillosos que me gustaría

enseñarte. Son lugares especiales para mí que quiero volver a ver a través de tus ojos.

Una por una, él respondía a todas sus dudas y eliminaba sus preocupaciones, como si tuviera el listado de lo necesario para ser felices para siempre. ¿Era posible? ¿Era tan sencillo? ¿Sólo hacía falta arriesgarse un poco y ser sinceros?

Porque, al final del día, ofrecer el corazón era el mayor riesgo que uno podía asumir.

–¿Qué pasa con Evie? Ella no es tu...

–Ahí te equivocas. Ella es mía desde el primer instante en que la tuve en brazos. Le bastó con mirarme con esos ojos azules, idénticos a los tuyos. Aunque se case y tenga hijos, seguirá siendo mía. Si eso no es sentirse como un padre, no sé lo que será.

Colleen respiraba agitadamente mientras cedía a su corazón. No podía hacer otra cosa cuando él no paraba de decir todo aquello que ella quería escuchar. Él se había arriesgado a volver y ser rechazado por una mujer que no había hecho otra cosa ante cada paso que él daba. Si él estaba preparado para correr ese riesgo, si había hecho un viaje hasta allí sólo para convencerla de su sinceridad, ella no podía volver a echarle de su vida. Además, no era eso lo que ella quería.

Colleen acercó a Meg un poco más y sonrió a Eamonn.

–Sólo por si todavía no te has dado cuenta, Colleen McKenna –el le agarró una mano–, estoy enamorado de ti. Me costó un poco darme cuenta de ello. Pero aquella noche, cuando os contemplé a Evie y a ti en la habitación, supe que toda mi vida estaba allí. Llevo años buscando algo por todo el mundo, y todo lo que deseaba estaba aquí. Eres la mujer más testaruda, valiente, osada y bella que he conocido. Aunque dedicara toda mi vida a buscar, nunca encontraría a otra como tú.

–Ya te amaba a los quince años –las lágrimas inundaron los ojos de Colleen, pero ya no tenía que disimularlas–, eso ya lo sabes. Me rompiste el corazón cuando te fuiste, y todos estos años, creo que no he hecho más que rellenar mi tiempo hasta que volvieras. Lo compliqué todo cuando dejé que mis dudas me dominaran. Porque no fui lo bastante valiente para creer en la felicidad eterna, no después de lo sucedido.

–Pues ahora es nuestra –Eamonn rió–. De ambos. Si tú quieres.

–Sí –ella apretó su mano–. Te amo. Muchísimo.

–Ya sé que me amas –él volvió a reír–. Me lo dijiste por teléfono.

–Se me escapó –Colleen se echó a reír–. Y no sabía si lo habías

oído. Porque si lo hubieras oído, y si sintieras lo mismo que yo, ¡me habrías llamado!

–¿Y perderme el romanticismo de este momento?

–Bueno –ella asintió con un brillo malicioso en la mirada–. Todo sale mejor cuando hay caballos alrededor.

–Si me amas la mitad de lo que amas a estos animales, todo irá bien.

–Te amo diez veces más.

–¡Vaya! Ahora sé que es verdad –él se inclinó hacia delante, pero Bob eligió ese momento para avanzar–. Si de verdad me amas, me dirás cómo conseguir que esta bestia se esté quieta para que pueda besarte.

–Bob, quieto –ella sonrió y habló con voz tranquila.

–Si ya puedes montar a caballo, ¿quiere decir que estás mejor? –Eamonn le dedicó una sonrisa sensual con un brillo dorado en su mirada mientras pegaba los labios a su boca.

–Pasé la revisión de las seis semanas y, al parecer, estoy bien –ella soltó su mano y la pasó por los oscuros rizos de su nuca.

–Gracias, caballos. Aprenderé a amarlos, aunque sólo sea por eso –se acercó un poco más y cubrió la boca de ella con la suya–. Aunque a lo mejor, después de todo el tiempo que hemos esperado, deberíamos dejarlo para la luna de miel...

–Eso es lo que tú te crees –ella rió mientras le obligaba a bajar la cabeza–. Yo llevo esperando quince años.

Sus labios se fundieron, y él la besó con el deseo acumulado durante semanas, y las promesas acumuladas durante años. Y Colleen le devolvió el beso, sin reservas, sin respirar hasta que el pulso latía ferozmente en sus venas y su cuerpo alcanzó el punto de ebullición.

Después, volvió a sonreír mientras lo miraba llena de amor.

–Bienvenido a casa, Eamonn.